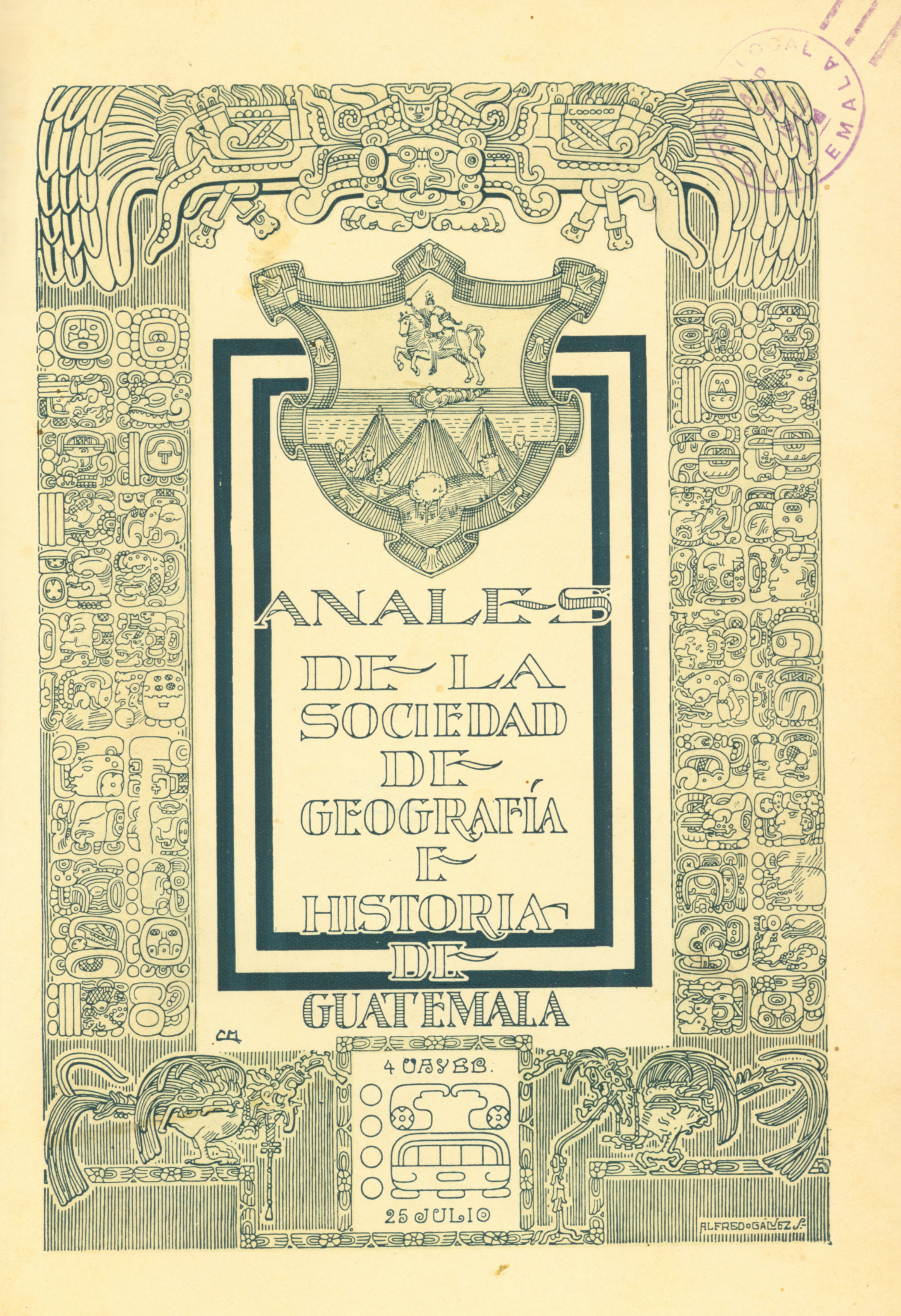

ANALES
DE LA
SOCIEDAD
DE
GEOGRAFÍA
E
HISTORIA
DE
GUATEMALA
CM
4 UAYEB.
25 JULIO
ALFREDO GALVEZ S.



GUATEMALA

THE LAND OF THE MAYAS

To the tourist or traveller seeking new sights, and scenes strange and exotic, no region offers greater opportunities and variety of interest and charm than the Republic of Guatemala.

The palacial, twelve-ton steamers of the United Fruit Company sail from New York every two weeks, and the voyage to Guatemala, via Havana, comprises eight days of healthful recreation and enjoyment. The United Fruit Company also operates steamers out of New Orleans, sailing every Saturday, on a 72 hour schedule to Puerto Barrios, Guatemala.

Scenery of Marvellous Splendor

As Guatemala offers nearly every variety of temperature, from the tropical coast regions to the highland plateaus, so too it presents a variety of natural scenery amazing to even those travellers who have visited all lands and all climes: towering mountains, gigantic volcanoes, great stretches of forest and jungle, beautiful lakes, water-falls and dashing mountain torrents.

Indians, Ancient and Modern

The wonderful Maya ruins at Quirigua and other parts of the Republic are attracting the attention of archeologists and scientists from all over the world; the ruins of the great Cathedrals built by the early Spaniards are an unfailing source of interest to tourists, as are likewise the Indians of today in their picturesque raiment, and with their strange tribal customs, occupations and pastimes.

The Palace Hotel

In Guatemala City is one of the finest hotels in Latin America with every modern convenience, from which excursions can be made to Antigua, with its ancient ruins, volcanoes and coffee fincas; to Lake Amatitlán, the Río Dulce, Quezaltenango, and many other trips of great interest and beauty. Don't fail to visit this marvellous.

"LAND OF MOUNTAINS, LAKES, AND TURQUOISE SKIES"

ANALES DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

REVISTA TRIMESTRAL

AÑO I	GUATEMALA, C. A. — ENERO 1925	TOMO I

NUMERO 3

Oficinas: 11 Calle Poniente, Nº 2 Suscripción: $2 oro Am., por año

DIRECTORES DEL PRESENTE NÚMERO:

Ing. Fernando Cruz. Lic. J. Antonio Villacorta C.

SUMARIO



TIPOGRAFIA NACIONAL.——GUATEMALA, CENTRO AMERICA

UNA POETISA DE LA COLONIA

SOR JUANA DE MALDONADO

La instrucción de la mujer en los colegios coloniales

(Discurso de recepción de la señorita Ana R. Espinosa, directora del Colegio Centro-Americano de Señoritas, leído en la sesión pública del 14 de septiembre de 1924.)

Señor Presidente de la República:

Señoras:

Señores:

Ofrece Guatemala el único caso, tal vez, en Hispanoamérica, donde el conquistador hizo venir muchas mujeres de España con las cuales casarse y acrecentar en estas tierras la población europea. Conocidos de todos vosotros es el típico caso de don Pedro de Alvarado, quien habiéndose casado sucesivamente con dos hermanas, doña Francisca y doña Beatriz de la Cueva, trajo consigo de España, cuando vino casado la segunda vez, catorce damas de alta alcurnia, para que hiciesen compañía a su esposa. En carta que dirigió a sus compañeros de armas en Guatemala, anunciándoles su llegada, les participaba alegremente la buena nueva y en tono de broma los incitaba a disputarse aquella magnífica mercadería. Por desgracia, en ésto como en tantas otras cosas, los sueños del Conquistador se frustraron y esta vez, fué el Volcán de Agua el encargado de hacerlo, porque, como todos sabéis, en una terrible noche de septiembre, cuando la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala tenía apenas catorce años de fundada, entre los clamores de un furioso terremoto, un torrente de agua impetuoso e irresistible bajó del volcán, arrancando de cuajo árboles y enormes peñas, y precipitándose sobre la ciudad naciente, la arrasó, haciendo perecer entre las cenagosas aguas a *La sin Ventura* doña Beatriz de la Cueva y a once de sus damas.

No se sabe hasta ahora, a excepción de doña Leonor de Alvarado, que contrajo matrimonio con don Francisco de la Cueva, hermano de doña Beatriz, cuál haya sido el paradero de las tres damas españolas sobrevivientes; pero es de suponer, y así parece deducirse de las novelas del ilustre historiador don José Milla, que también contrajeron matrimonio con los conquistadores, siendo ellas las fundadoras de la nueva población española de Guatemala.

Pero España, despoblada por sí misma, no podía dar madres a sus colonias; y por otra parte, los conquistadores y primeros pobladores alegaban que las indígenas tenían enfermedades contagiosas, por lo cual no podían casarse con ellas. A principios de la colonia estuvo muy de

moda traer mujeres de España y el cronista García Peláez nos cuenta de uno que en el viaje de venida de su mujer, gastó más de cinco mil pesos de oro de minas.

Pero esto no era lo corriente: la necesidad se impuso y la población gruesa se originó en el casamiento de españoles con indígenas. Esta progenie mestizada constituyó la masa de nuestra población y en su espíritu se mezclaron "las supersticiones ingenuas del mito autóctono con las complicadas supercherías del fanatismo peninsular", según gráficamente dice un insigne pensador sudamericano.

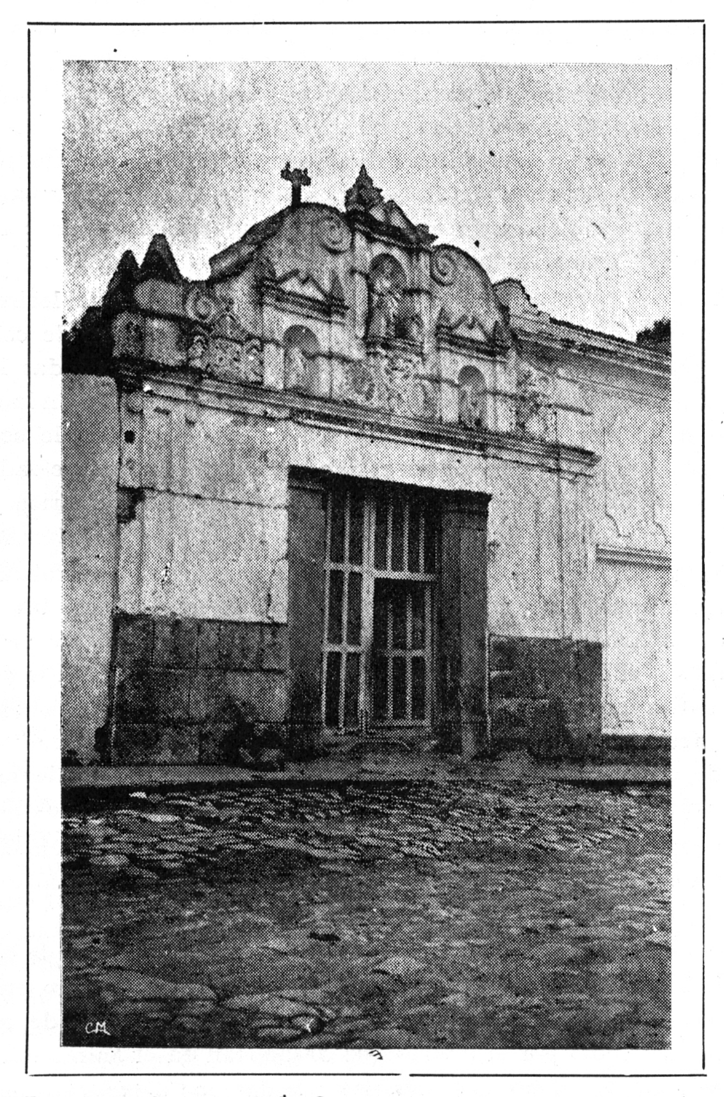
Hubo en Guatemala un varón benéfico y hombre superior bajo todos conceptos, que, no sólo por amor a la humanidad, sino en previsión del porvenir de esa nueva progenie, tuvo el feliz pensamiento, en la iniciación misma de la vida colonial, de fundar escuelas tanto para los niños indígenas como para los españoles. Este varón benéfico fué el célebre padre Francisco Marroquín, Cura de la ciudad de Guatemala y luego su primer Obispo. La figura de este hombre piadoso es la más blanca, probablemente, de toda la colonia: amaba a su prójimo sin distinción de razas ni de creencias particulares, hizo cuanto pudo por liberar a los indígenas del duro tratamiento que les infligían los encomenderos, esclavizándolos y haciéndolos trabajar como bestias en la mina, en la hortaliza, en el campo, en la fabricación de las casas y en los quehaceres domésticos. Era hombre, riquísimo en España, hizo traer parte de sus caudales, empleándolos en la fábrica de la Catedral, en la de la iglesia de San Juan, hoy conocida con justicia con el nombre de San Juan del Obispo, y de otros tantos establecimientos. Pero desde el punto de vista en que me corresponde colocarme en el presente trabajo, sus obras más meritorias fueron la citada fundación de las primeras escuelas y el legado que hizo para la fundación de un colegio de estudios superiores y el cual, con el legado que más tarde dejara el Correo Mayor Pedro Crespo Suárez, sirvió de base para fundar la Universidad.

Fácil es comprender, dada la época, que en aquellas escuelas no se aprendían sino las nociones más elementales de la Aritmética y la Gramática. Esto, en lo que se refería a los hijos de españoles, que en cuanto a los indígenas, se concretaban a enseñarles los rudimentos del castellano.

Ocurrió con aquellas nuestras primeras escuelas, un fenómeno sumamente curioso del cual nos hacen amplia relación los cronistas coloniales y muy en especial, el apreciabilísimo y simpático fraile dominico Antonio de Remesal, quien, entre paréntesis, sufrió a causa de haber escrito su historia, la primera que de estas tierras se escribiera en el país, indecibles persecuciones por parte de la intransigencia y el fanatismo feroz, al punto que puede decirse que Remesal murió en la cárcel como consecuencia de haber escrito aquella obra tan imparcial y serena. Decía que en aquellas primeras escuelas se verificó el fenómeno de que los maestros se convirtieron en alumnos.

¿Cómo pudo ser ésto? me diréis con cierta sorpresa. Pues muy sencillamente: los primeros frailes que vinieron al país, hombres de un celo religioso extraordinario y, sobre todo, de un inmenso amor a los

indios, encabezados por Bartolomé de las Casas, Pedro de Betanzos y Juan de Torres, congregados en torno del suave Obispo Marroquín, se dieron a aprender las propias lenguas de los indios para poder llevar mejor a todas partes la semilla de la religión y convertir al cristianismo las numerosas tribus del país. La mayor parte de esos frailes eran



Portada del Convento de La Concepción, célebre en los fastos coloniales. En este Convento vivió y escribió sus poesías Sor Juana de Maldonado, famosa poetisa a quien se refiere el presente discurso.

consumados latinistas y llegaron a apasionarse por el estudio de las lenguas indígenas. Dicen los críticos que eran estimulados en tan ardua y noble tarea por la hermosura y sonoridad de las lenguas aborígenes, en su mayor parte, dialectos de la primitiva lengua Maya, y que ofrecen maravillosas afinidades con las lenguas sabias de la antigüedad. Era de verse, cuenta Remesal, a esos primeros frailes, muchos de ellos car-

gados de años y sabiduría, bajarse material e intelectualmente hasta los niños indígenas inquiriendo de ellos con maña y dulcedumbre, el nombre indígena de los objetos más triviales. Aprendían ellos esos nombres y luego les hacían aprender a los niños indígenas, su significado en español y de esta suerte, en un continuo intercambio de lecciones, los segundos llegaron a aprender el castellano y los frailes se hicieron sabios en las lenguas de los indios. Así fué como pudo formarse en Guatemala una colección de gramáticas y vocabularios en lengua indígena, tan rica y numerosa, como se cree no hay otro ejemplo en Hispanoamérica. Por desgracia, la mayor parte de esas primeras obras que son no sólo un primor desde el punto de vista literario, sino que constituyen una presea de la historia sociológica de nuestro país, quedaron inéditas o se han perdido en el transcurso de los tiempos.

Después de estas primeras escuelas vinieron otros establecimientos de mayores alcances e importancia. Los monarcas daban de continuo órdenes reiteradas para que se establecieran escuelas en todas las poblaciones numerosas. Pero por lo general, sólo se fundaban en la ciudad de Guatemala, corriendo la educación de las poblaciones de segundo orden y rurales, a cargo de los curas: en la casa conventual de cada pueblo se fundaban escuelas, con los elementos más rudimentarios y bajo los métodos más anticuados.

A los indígenas se les impartían unas cuantas vagas explicaciones de doctrina cristiana a base del catecismo. A los ladinos, las cuatro reglas de la Aritmética, rudimentos de Gramática y doctrina cristiana. La palmeta y el quita-calzón estuvieron en vigor durante toda la colonia, hasta los días mismos de la Independencia; la pena de azotes se aplicaba al niño desobediente, delante de todos los demás compañeros; y este estado de cosas no era privativo de Guatemala. Aun en colonias más ricas y avanzadas como las del Río de la Plata nos cuentan los historiadores que ya entrado el Siglo XIX y poco antes de la Independencia, hubo que dar un decreto prohibiendo tan infamante pena, decreto que fué pronto violado.

El colegio más importante para niñas que hubo durante la colonia, fué el de La Concepción; y por haber sido éste el eje y centro principal de la educación femenina durante los tres siglos primeros de nuestra existencia, así como por el interés que despiertan en el ánimo del lector las leyendas que a dicho colegio van adheridas, me detendré a hablaros con alguna extensión acerca de él.

Fué el propio Obispo Marroquín quien concibió la idea de establecer un convento que sin tener clausura perfecta, fuese principalmente un centro de enseñanza y educación popular, en donde no sólo las niñas de la clase elevada encontraran asilo, sino también las pobres y huérfanas que carecían de apoyo y protección. Debe verse, pues, en dicho establecimiento un primer esbozo de los institutos de segunda enseñanza que después de 1871 se han fundado con carácter de universalidad y a base de laicismo.

Pero el piadoso Obispo no tuvo la buena suerte de ver realizado su pensamiento. Fué el Ayuntamiento de la ciudad el que envió un comisionado a México para que el Arzobispo y el Cabildo de aquella ciudad, mandasen cuatro religiosas que establecieran dicha casa matriz en Guatemala.

Llegaron a la ciudad capital del Reino de Guatemala dichas religiosas el primero de febrero de 1578, es decir, poco más de treinta años después de haberse trasladado ésta al florido Valle de Panchoy, hoy la Antigua, en donde estuvo por más de dos siglos. Fueron recibidas con gran solemnidad en el pueblo de Jocotenango, en dos literas, que las condujeron a la capital, habiendo antes ido a la catedral para asistir a un Te Deum, como era costumbre en las grandes solemnidades, y después a un edificio que se había comenzado y que llegó a ser uno de los más grandes y notables de la ciudad. Todos vosotros conocéis sus ruinas. Se encuentran a la entrada de la Antigua, al comenzar la calle que se llamaba de La Concepción, precisamente por caracterizarla la presencia en ella de dicho Convento, nombre que acaba de sustituírse por el de 25 de julio en honor a la gloriosa fecha de la fundación de la primera ciudad de Guatemala, cuyo cuarto centenario celebró con gran pompa y esplendidez la Sociedad de Geografía e Historia a que tengo la honra de pertenecer.

El 15 de febrero de 1579 se hicieron las primeras profesiones autorizadas por el Obispo Gómez Fernández de Córdova. Tiempos hubo en que se contaron doscientas monjas, quinientas educandas, trescientas pupilas pobres y doscientas criadas, según nos cuenta el viajero Tomás Gage en su curioso, aunque no exento de exageraciones, libro sobre Guatemala.

Era grandísimo el edificio, según puede juzgarse hoy día por las suntuosas ruinas. No había clausura. Entraban a él vendedoras y se establecía una especie de mercado, y hasta se dieron allí corridas de toros, entremeses y otras diversiones. Era, pues, convento, colegio, mercado y teatro. ¿No deja todo esto de ser sumamente curioso y sugestivo? Imaginad aquel espléndido edificio todo de piedra y de proporciones colosales, teniendo por respaldo el maravilloso Volcán de Agua, en uno de aquellos días de fiesta y jolgorio, con sus centenares de monjas y de bulliciosas alumnas, sus fuentes y surtidores de agua, sus arriates de flores, donde podían admirarse los colores más caprichosos, encendidos y fantásticos, bajo aquel ambiente de seda y aquel clima sin igual. La paleta de nuestro insigne lírico el inmortal Rafael Landívar ha de haber encontrado en la contemplación de aquellas escenas, los tonos más vigorosos de su genial inspiración y nuestros novelistas podrían hallar en ellas un venero eterno de colorido y originalidad para cuadros rebosantes de vida y sabor nacional.

Y a propósito. Cien años antes de que nuestro poeta ilustre escribiera su célebre *Rusticatio,* había pasado por el convento de la Concepción, como una flor divina, una mujer de belleza e inteligencia excepcionales, que es la primera y única poetisa guatemalteca de que conserva

memoria la tradición colonial. ¿Qué de extraño tendría que Rafael Landívar hubiera añorado, a la vista de esos muros, el recuerdo y la historia de esa mujer excepcional?

He dicho que, como no podía menos de ser, dada nuestra imaginación andaluza mezclada de fantasía indígena, la mente popular creó alrededor del convento y colegio de La Concepción las más tiernas e interesantes leyendas. Pero entre ellas, ninguna tan sugestiva como la de esta monja poetisa. Se llamaba Sor Juana de Maldonado y Paz, y en muchos respectos puede parangonarse con la célebre monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, reputada como la décima Musa del Parnaso Castellano. Es una verdadera lástima que ninguna de sus producciones haya llegado hasta nosotros, conociéndose sólo por las referencias de los cronistas. En cambio, hay muchos datos sobre su vida, y no puedo resistirme a trascribíroslos.

Erase el año de 1625, y gobernaban el Reino, en lo civil, el moderado y benéfico señor doctor don Diego de Acuña, Comendador de Hornos en la Orden de Alcántara, y en lo eclesiástico, el virtuoso fraile agustino don Juan Zapata y Sandoval a quien llegó a apedillársele "el mayor patrón que había tenido este Reino". Vivía por aquel tiempo en la ciudad, el acaudalado caballero llamado don Juan de Maldonado de Paz, oriundo de la capital de España y Oidor de esta Real Audiencia. Viudo desde hacía tiempo, todo su orgullo y felicidad los cifraba en una única hija, doña Juana de Maldonado, quien a su singular belleza y distinción, añadía los inapreciables encantos del talento y la discreta afición a la literatura. Por lo visto, con esta extraordinária dama no rezaba la sentencia de nuestro insigne humorista Pepe Batres cuando afirma que:

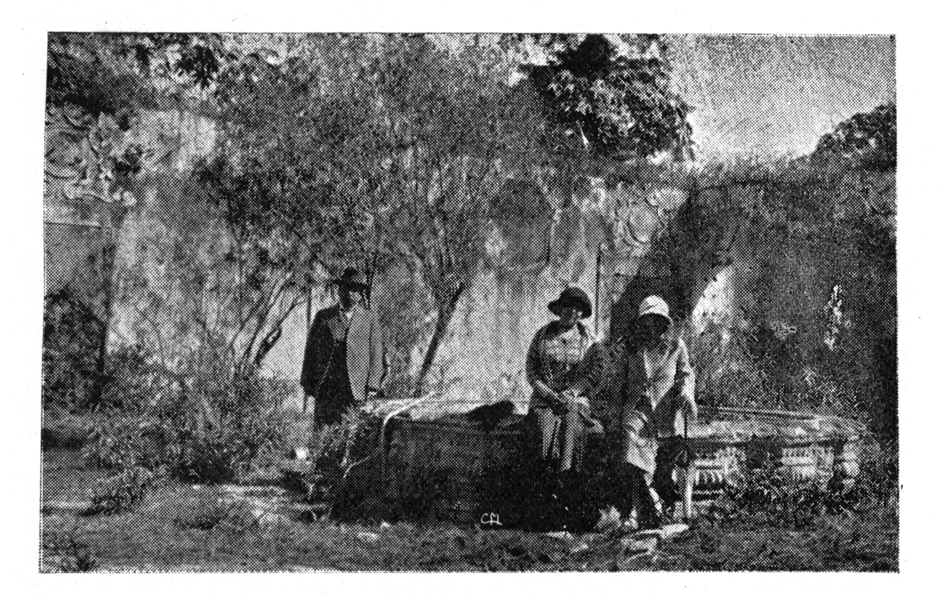
"una niña educada con esmero
en aquel tiempo, no sabía a fondo
ni conocer la o por lo redondo...."

Todo era austeridad y placidez en el hogar de don Juan, si se exceptúa la insistencia con que los jóvenes de aquel entonces la demostraban a la hija su solicitud. Ella encontró forma de rechazar a todos sin ofensa. Pero quiso el destino que se prendara locamente de un joven advenedizo, de antecedentes desconocidos, buen mozo y decidor. Su padre, conforme los prejuicios de la época, se negó rotundamente a dar por buenas aquellas relaciones. El amor creció con el incentivo, y de repente el joven desapareció, regresando a México, quizá para huír de la atmósfera de descrédito que en su derredor se había formado. Doña Juana, presa del más vivo dolor, decidió morir para el mundo y entrar a un convento.

Aislada en su celda, doña Juana de Maldonado escribía versos que pronto llamaron la atención de sus compañeras y de los confesores a quienes el caso se consultó. Estos no sólo aprobaron que se le dejara escribir sino que la instaron a que siguiera haciéndolo, admirados de la tersura y elocuencia de su inspiración. Se citan de ella las siguientes composiciones: "Cantos de Navidad", poemas narrativos de la vida de

Sor Juana de San Francisco y Sor Catarina Bautista, y una oda titulada "Tierna Despedida", en homenaje a la Reverenda Madre Elvira de San Francisco, qe se iba para Chiapas. Escribió, además, unas redondillas en que relata la alegría y triunfo de los ángeles en el momento de la profesión de la primera religiosa que hubo en Guatemala. Fray Antonio Arochena, escritor que salvó del olvido algunos nombres de literatos guatemaltecos, hace grandes elogios de nuestra poetisa y califica como la mejor de sus producciones una titulada "El Angel de los Forasteros", añadiendo elogios a una elegía en que la monja lloró la muerte de Fray Juan González Altamirano, V. Obispo de Guatemala.

Es una lástima, repito, que nada se conserve de estas producciones de la única poetisa de fama que hubo en la colonia. Se sabe, sí, que en en el convento vivía espléndidamente, dentro de las restricciones inev'-



FOT. DE CARLOS A. VILLACORTA

Vista interior del Convento La Concepción.

tables de las reglas. Su padre le hizo construír departamentos especiales, con celdas bien ornamentadas, así como dotó al convento de un oratorio, jardines, fuentes y habitaciones para las esclavas. Se asegura que de los muros de algunas celdas pendían instrumentos de música y primorosos cuadros de pintores del país.

Memorable fué también por aquellos tiempos un escándalo que se armó en la ciudad con motivo de haber querido algunas monjas nombrar a nuestra poetisa Abadesa. El convento se dividió en dos bandos, y el alboroto trascendió, como solía ocurrir en casos semejantes, que constituían los únicos acontecimientos sociales de la colonia, al público. Sonó a rebato la campana del convento; los vecinos se armaron, acudieron las Autoridades y todo terminó al saberse que Sor Juana declinaba el honor que quería conferírsele. En el suntuoso coro bajo el templo del Convento, cuyo corredor principal cerrado con fuerte reja daba al cerro

de la Cruz, a corta distancia del Pensativo, fué enterrada nuestra poetisa en 1638 y sobre su sepulcro se veía este epitafio: "Aquí repoza la que se libró del mundo engañoso para buscar la Misericordia Divina. Sor Juana de Maldonado, que a los cuarenta años, en 1638, pagó el saldo de la vida". (Tal la ortografía).

Y hecha esta digresión, prosigo mi tema acerca de la educación de las mujeres durante la colonia. Fuera de este colegio de La Concepción, que fué el más importante, como he dicho, no había sino establecimientos secundarios. Funcionaban ellos en los Conventos de Santa Catarina Mártir, de las Capuchinas y de las Carmelitas, cuyas ruinas todos hemos admirado en nuestras visitas a la histórica ciudad. Allí se daba alguna instrucción a muchachas pobres del pueblo. En el Beaterio de Indias se les enseñaba lengua española a las niñas indígenas, y a las huérfanas o desamparadas, se les hacía aprender oficios manuales, a fin de que pudieran más tarde ganarse honramente la vida. Pero, como he dicho, el convento absorbía a toda la juventud. Esto era principalmente a causa de la pobreza del país. Un impreso en 1729 más o menos, redactado por los padres a cuyo cargo corría el Colegio Seminario, nos explica que de ochocientas familias ilustres que existían en Guatemala ya no quedaban sino treinta. Añade textualmente que "las niñas de las principales familias se veían compelidas, para su subsistencia, y para contribuír a la de sus familias, a coser ajeno, hilar, tejer, bordar y aun trabajando con tesón apenas lo que ganaban les alcanzaba para un mal alimento y para permitirse el lujo de un manto allá cada cuando, para salir a misa. Eran aun más las que no pudiendo dedicarse a la costura por falta de demanda, tenían que dedicarse al horno y al amasijo sin que les arredrase lo recio del trabajo".

Consecuencia de semejante pobreza era que el porvenir de las niñas estuviera en el convento, en donde, fuera de las ideas ambientes que también las arrastraban a él, tenían por lo menos asegurada la diaria subsistencia sin tanto trabajo, "aunque, según sigue diciendo dicho impreso, se lloraban a veces tantas miserias y lágrimas en el interior de los conventos, que bien podía asegurarse que era la pobreza la virtud más sobresaliente en ellos".

Tal era la situación de las jóvenes guatemaltecas por aquel tiempo. La de los hombres no les avantajaba mucho, aunque para éstos existía mayor número de colegios y algunos de primer orden. En el propio Colegio de La Concepción había un departamento para niños; otro colegio para hombres era la Casa de Estudios de San Francisco donde se daban tres cátedras de Teología Escolástica, una de Cánones y otra de Teología Moral. En el propio establecimiento estuvo la Segunda Casa de Estudios, más tarde, según parece, llamada Colegio de San Buenaventura.

Los Jesuítas dirigían un colegio en donde se daban dos clases de Gramática, una de Retórica, una de Filosofía y dos de Teología. Tenía anexa una escuela de primeras letras y este establecimiento fué célebre en su tiempo, como que el periódico de la época lo llama "Semillero de hombres ilustres". Finalmente, el Colegio Tridentino, puesto bajo el

patronato real, siempre pasó muchas miserias, al extremo de que apenas podía alimentar y dar instrucción al escaso número de alumnos que según su constitución le estaban asignados.

La Universidad era, desde luego, el establecimiento superior de enseñanza, y desde luego también, durante los tres siglos coloniales, no aparece el nombre de ninguna mujer entre los cursantes o los que en ella se graduaban. Aparece, sí, aunque por gran excepción, el nombre de algún artesano. Pero, pedir que hubieran tomado parte mujeres en las tareas universitarias, hubiera sido una enormidad que cuando menos hubiera llevado a su autor a las antesalas de la Inquisición.

La Universidad se rigió por los viejísimos métodos de la escolástica, en su primer siglo de vida. Todo se reducía a discusiones vacías de sentido y al rededor de entes imaginarios. Era la metafísica en toda su estéril plenitud. Pero andando el tiempo, en la segunda mitad del siglo XVIII, los estudios sufrieron una gloriosa transformación. Gracias a los esfuerzos de Goicoechea se empezó a estudiar Física, Historia Natural y Filosofía Experimental. En su carrera de progresos nuestra Universidad conquistó triunfos inmarcesibles. A juzgar por lo que dicen autores de la época, ella fué la primera de Hispano América que consagró el idioma Castellano como oficial, en vez del Latín en que, según anticuada costumbre, se verificaban los estudios, y una de las primeras en fundar la cátedra de Matemáticas, la de Anatomía y la de Economía Política. Los nombres de los maestros Flores, Esparragosa, Matías de Córdova, Villaurrutia, Ignacio Ramírez, y tantos otros más, deben citarse junto con el de Goicoechea al referirnos a la reforma de los estudios en Guatemala y a la entrada del país en nuevas orientaciones regeneradoras.

Pero la instrucción popular siguió rigiéndose, como he dicho, según el espíritu del "quita-calzón", la palmeta y la azotaina, según describe don Miguel García Granados en sus Memorias, refiriéndose a la época en que a él le tocó asistir a la escuela, en vísperas de la Independencia. El innovador de nuestros estudios fué el esclarecido Doctor don Mariano Gálvez, con la fundación de la Academia de Estudios, y cuarenta años más tarde, los ilustres reformadores García Granados y Barrios, que consagraron la atención y cuidado de las escuelas como el primer deber del Estado, abrieron las Escuelas Normales, los kindergartens y señalaron la huella que debían seguir sus sucesores dedicando a la instrucción del pueblo, millones del erario público y las mejores energías de la Administración.

Cuando hoy día volvemos la mirada al pasado, nos asombra el camino recorrido. Con todo y todo, recogemos con cariño aquellos buenos esfuerzos de los primeros guatemaltecos que en medio de las dificultades y hostilidades del ambiente, jamás olvidaron el deber de inculcar en los tiernos corazones de la niñez y en el entreabierto espíritu de la juventud, el culto a la ciencia y al arte, como el medio más seguro de ponernos en contacto con Dios y servir a la Patria.

RESPUESTA DEL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

Señor Presidente de la República,

Señoras,

Señores,

Nada para mí más grato que ser, en esta solemne ocasión, el intérprete de la Sociedad de Geografía e Historia, para felicitar cordial y sinceramente a la distinguida y muy apreciable señorita Ana R. Espinosa, digna consocia nuestra, y cuyo importante discurso de recepción es fruto de la cultura y elevados sentimientos que tanto la ameritan.

La Junta Directiva se ha servido comisionarme para dar respuesta a ese bello discurso, y aunque apenas he podido disponer de pocas horas, es de suyo tan placentero el encargo, que no por gentileza, sino más que todo, por el brillante desarrollo que ha sabido dar a su labor nuestra ilustrada consocia, debo limitarme a hacer la apreciación sintética de las ideas que con tanto acierto se ha servido exponer.

El tema histórico, que se refiere a la educación que se daba a la mujer durante la época de la dominación española en América, es de gran interés, ya que en la evolución de los tiempos tanto ha influído la cultura femenina, reflejo de la civilización y clave que explica el carácter y desarrollo de los pueblos. La mujer es la imagen de la historia. La condición en que ella se presente, os dará idea del espíritu y sentimientos de una época, de un país, de una nacionalidad.

Aquí en la América conquistada por un prodigio de valor inconcebible, de audacia superhumana, de codicia hidrópica y de fe ciega, la mujer desempeñó un papel trascendental, importante; pero necesariamente sujeto al ambiente guerrero, desolador, de fuerza y de conquista, en un principio; de doméstico quietismo, más tarde; de formación, después, de una raza nueva; de episodios dignos de conservarse en nuestros fastos, como los que, con singular oportunidad, esboza el interesante erudito discurso que contesto.

El famoso extremeño don Pedro de Alvarado y Mecia, el conquistador de Guatemala, fué una inexplicable mezcla de grandezas inauditas, de crímenes horrendos, de claridades tropicales y de sombras demoníacas. Su espíritu, salvaje y divino, parpadeaba como un faro, con alternativas perturbadoras y tormentosas. Atrayente, bello, seductor, sin escrúpulos humanos ni divinos, aparece como el Don Juan legendario, que simboliza rasgos característicos y salientes de la raza afroespañola. Fue el precursor de la raza indohispana, en su pasión selvática con la Xicotenga, de real estirpe y peregrina hemosura. Fue una conjunción étnica, que en la cascada del tiempo engendró las naciones américoiberas.

Empero, al lado del Hijo del Sol, de "Tonatiuh" como lo ha hecho notar el discurso de la señorita Espinosa—resplandece la figura apostólica, progresista y cristiana, del obispo Marroquín; contrastando con el instinto fiero del conquistador, amigo suyo, y a quien prestó grandes servicios ¡He ahí una prueba de tolerancia y mansedumbre, que sobresale en aquella época ardiente, de heroicas exaltaciones y de mudanzas extraordinarias!

Muchas, y distinguidas algunas, fueron las españolas que vinieron durante la conquista, y más aún durante los virreinatos y capitanías generales, si bien es cierto que, desde un principio, se mezclaron las razas, y formóse fecundamente la américohispana, amparada, lo mismo que la indígena, por el Obispo Marroquín, Fray Bartolomé de las Casas y las órdenes religiosas que, como dice el General Riva Palacio, fueron defensores de los aborígenes y vivían esa grande epopeya y la escribían, al correr de los hechos que pintan aquella escena grandiosa, que produjo la edad moderna y que al correr de los años, formó veinte repúblicas latinas que se ostentan en América.

La educación entonces, en el mundo entero, en España y en nuestro continente, adolecía de los vicios de la época y de la idiosincrasia del tiempo. Como un rasgo culminante de la vida de entonces, aparece grandioso, característico, el convento de la Concepción, que fué como muy bien lo explica el brillante discurso que analizo, una mansión monumental, un gran colegio femenino, para la gente rica y para las desheredadas de la fortuna. Era asilo de orfandad y foco de educación y de piedad. Aseguran los cronistas que llegó a tener doscientas religiosas, cuatrocientas pupilas, trescientas educandas, muchísimas criadas, un populoso mercado, dos veces por semana, entremeses, pastorelas y hasta corridas de toros. En el centro de aquella singular urbe, a la cual podían llegar sin clausura todas las personas, se alzaba la residencia de la famosa poetisa sor Juan de Maldonado y Paz, que al decir del historiador Gage, era tipo de belleza, ingenio e ilustración; improvisaba versos, tenía seis criadas a su servicio, recibía visitas y disponía de una biblioteca escogida y de extensos jardines, en los floridos valles de la Antigua Guatemala.

Realmente, y como insinúa la señorita Espinosa, cabe un parangón entre la monja de México, Sor Juana Inés de la Cruz, y la literata de Guatemala, en la época colonial. Ambas fueron víctimas de la envidia y malquerencia, que siempre atrae en el mundo todo lo que culmina y se eleva, en alas de la intelectualidad, del genio o de cualquiera de los merecimientos que suscitan distinción y fama.

Sin entrar a hacer un estudio, siquiera somero, de las características que tuvo antaño la educación de la mujer, cabe en los límites de esta alocución, indicar que, siguiendo el romanismo, de fuerza y autoridad omnímoda, en la organización de la familia, adolecía de vicios y deficiencias, siendo exclusivista, poco general y saturada de misticismo, en extremo clásica, y sin ampliar su acción a los fenómenos naturales y sociales. El cristianismo levantó a la mujer, organizó a la familia y esparció los principios de libertad, igualdad y fraterni-

dad; mas los caracteres actuales de la educación moderna, de la ciencia pedagógica, son fruto relativamente reciente, de la civilización y del estudio de los sabios que se interesan por la reforma de las instituciones.

En la famosa obra moderna, del sabio don Valentín Letelier, intitulada *Filosofía de la Educación,* se dice: que son de tan reciente desenvolvimiento los principios de la psicología pedagógica, que el reputado catedrático de la Universidad de Gante, Val Biervliet, demuestra que ciertas cuestiones sobre la adaptabilidad individual de la enseñanza, la disciplina de la atención, la posibilidad de evitar las distracciones y el recargo y la pereza; las condiciones del estudio mnemónico, etc., nunca se resolvieron, antes de ahora, con acierto, porque no se contaba con el auxilio de la psicología científica. Para acabar de medir su importancia, baste observar que su influjo se hace sentir ya en todo lo que atañe a la educación y a la enseñanza, en los planes de estudio, en los horarios, en los programas, en las formas didácticas, en el cuidado de los anormales, en el régimen escolar, en los sistemas de exámenes, y en otras muchas circunstancias que constituyen el éxito, en los tiempos presentes. Sobre la educación física, sobre la psicología experimental, ha fijado nuevos principios la instrucción pedagógica.

Grandes novedades contiene dicho libro, sobre la instrucción general de la mujer, las reglas didácticas que se han de seguir en el empleo de los métodos, las libertades profesionales, los textos de enseñanza y otros puntos, que sería largo enumerar.

Hoy se reconoce, como verdad inconcusa, que el trabajo es promesa de paz, ya que es fuente de riqueza. La base de todas las prosperidades; la base de todo engrandecimiento, está en la escuela.

Por eso es por lo que al concluír esta alocución, van con efusivo entusiasmo, los más expresivos parabienes de la Sociedad de Geografía e Historia para la distinguida educacionista, señorita Anita R. Espinosa, que prodiga sus energías, sus luces, su notable inteligencia y sus sentimientos altruístas, en la educación e instrucción de la niñez y de la juventud femenina. ¡Bien haya nuestra gentil consocia, que merece la estimación de la sociedad de Guatemala!

La época moderna ha hecho brillar todos sus anhelos con los tres grandes faros: del amor, que une los corazones; de la caridad, que mitiga los dolores, y del trabajo, que alienta, redime y dignifica.

¡Levantad la mente de la mujer a la altura de la ciencia, que ella levantará el corazón del hombre a la altura divina!

A. BATRES JAUREGUI

La iniciativa de repatriar los restos del ilustre Doctor don Mariano Gálvez, Jefe del Estado de Guatemala en la Federación de Centro América

(Crónicas del "Diario de Centro América".)

Fué muy interesante la sesión celebrada ayer, bajo la presidencia de Batres Jáuregui y con regular asistencia de socios, de la Sociedad de Geografía e Historia, en el Salón de Honor de la Jefatura Política departamental.

Por lo que se refiere a la participación de la Sociedad en el Congreso que el 12 de éste se reunirá en Buenos Aires (según extensa información que en otro lugar publicamos), se hizo constar que ya quedaba nombrado como delegado de ella el poeta Soto Hall, que a sus méritos intelectuales, reune la condición de ser compatriota y de ocupar una de las Vicepresidencias del Congreso. El Licenciado Rodríguez Beteta manifestó que había enviado cuatro obras inéditas suyas a la reunión continental de Buenos Aires, referentes a la Colonia, y que podrían considerarse como un estudio sociológico de aquella época de nuestra historia, ofreciendo dar después a la Sociedad un resumen de las mismas.

Se acordó, ya que otra cosa no podía hacerse por la premura del tiempo, que la participación de la Sociedad en la próxima Fiesta de la Raza, consista únicamente en depositar una corona en el monumento a Colón en el Parque Central. Llevará la palabra quien sea nombrado, —y ese acto será también a modo de homenaje al ya referido Congreso de Buenos Aires en su inauguración.

Cuando se trataba de la Fiesta de la Raza, se suscitó el recuerdo de Landívar, traído a cuento por Rodríguez Beteta, quien proponía que se le rindiera público tributo de admiración en la posible velada de que se estaba tratando; y sobre todo, para reinvindicarlo plenamente como nuestro, ya que por el título de su obra maestra pudiera creerse, como se ha creído ya, que es de nacionalidad mexicana. El Licenciado Falla expuso, a propósito, el resultado de sus investigaciones en el Archivo Colonial, respecto a la casa en que había nacido el ilustre poeta; resultado que no llega todavía a ser una conclusión definitiva. E integrada por el Licenciado Villacorta y los Generales Mejía y Zamora Castellanos, quedó la Comisión para preparar la próxima sesión pública de la Sociedad.

Pero lo más importante de la sesión, fué lo referente a la repatriación de los restos del glorioso patricio Doctor Mariano Gálvez, acerca del cual publicamos en este mismo número, el muy valioso estudio del Licenciado Batres Jáuregui, que leyó ayer mismo y con el que se sirvió

favorecernos. Publicaremos también, un documento inédito referente al origen del ilustre patricio, que también se sirvió proporcionarnos el Licenciado Batres Jáuregui.

Procuraremos hacer un breve resumen de la interesante discusión respecto a la traída de los restos del Doctor Gálvez. Rodríguez Beteta, partidario de ella, manifestó que, patrióticamente había ido al pueblo de San Angel, próximo a la capital mexicana, en excursión investigadora con respecto a la tumba del prócer. Allá se encontró con una calle del "Doctor Gálvez"; con una huerta, atrás de un templo colonial, que lleva el mismo nombre, y con la tradición de que en el cementerio de la población descansan los restos venerados.

Pero logró mucho más Rodríguez Beteta. Habló con la señora Larraínz de Gálvez, esposa de don Mariano Gálvez, hijo del famoso hombre público, y ella le manifestó que en el testamento de este último se consignaba su deseo de no ser repatriado, ni después de muerto; pero que por parte de la familia, no había ningún inconveniente: frases estas últimas que confirmó por escrito, que conserva Rodríguez Beteta, el abogado de la familia Gálvez, y que es una autorización en toda regla. La moción fué, pues, que previa minuciosa verificación de dónde están los restos (Batres Jáuregui afirma que descansan en el cementerio de Guadalupe) se les traigan a la patria, para tributarles el solemne y merecido homenaje nacional.

Inició la discusión Fernández Hall, oponiendo un argumento a primera vista formidable: respetar la voluntad de un muerto.—El señor presbítero Rubio y Piloña, ex Rector del Colegio de Infantes, en donde se educó como bequista el Doctor Gálvez—dijo—quiso hacer en la capital mexicana las gestiones para la repatriación de que se trata; pero se encontró con el obstáculo de la terminante disposición testamentaria: no volver a Guatemala ni después de muerto, por lo que desistió de sus gestiones. Fué de igual opinión Flavio Guillén, quien manifestó que él había conversado en México con el hijo del Doctor Gálvez, el que le expresó lo mismo con respecto a la amarga cláusula testamentaria. Guillén pidió que se trataran en cuerda separada los dos asuntos: el de la glorificación, que se hará, del hombre benemérito, y el de la repatriación de sus restos, diciendo, además, que había que evitar el escándalo de que aquella cláusula que no nos honra, se diera a conocer—y que estaba cierto de que, en su caso, la ley mexicana haría respetar la voluntad del testador.

Rodríguez Beteta (con el cual estamos de acuerdo) habló hermosamente, sosteniendo que sobre la voluntad de un expatriado lleno de los naturales resentimientos de quien en su época fué víctima de tantas injusticias, debe imperar la voluntad suprema de la Patria, que quiere hacer volver a su seno, precisamente en acto de reparación nacional y solemne, los restos del hijo glorioso. Villacorta, a su vez, trató el asunto desde el punto de vista jurídico: la condición del Doctor Gálvez debe tenerse por no puesta por ser imposible de cumplirse, puesto que, como ya se dijo, debe privar la voluntad nacional.

En resumen: se acordó que la Sociedad de Geografía e Historia, haga cuantas gestiones fueren necesarias para la repatriación tantas veces mencionada. Si hay obstáculos invencibles para efectuarla, quedará al menos, constancia del patriótico deseo de la Sociedad, que además habrá cumplido con un alto deber de reparación histórica.

Y, por último, se acordó que, en lo individual, los señores socios que quieran hacerlo, se dirijan al Licenciado Rafael Montúfar, externándole su opinión sobre la "Reseña Histórica" del patriarca liberal; obra cuya segunda edición está ya para darse a las prensas. Había mocionado el Licenciado Montúfar en un afán de depuración, para que la Sociedad excitará a los adversarios de la "Reseña Histórica" para que expusieran sus juicios razonados en contra de la obra. La Sociedad no creyó que estaba dentro de sus atribuciones el hacerlo, y dictó la resolución que ya digimos.

La interesante sesión terminó a la una de la tarde.

CONQUISTA DE

LOS

SACATEPEQUEZ

(Capítulo 38 de una monografía inédita sobre el departamento de Guatemala.)

J. ANTONIO VILLACORTA C.

Acciones heróicas de los nativos y de los españoles.—Reducción de los primeros

Los pueblos indígenas que antes de la llegada de los españoles a tierras centroamericanas vivían en los altos valles del Oeste de lo que es ahora Departamento de Guatemala, en la comarca de Sacatepéquez, o sea "Cerro de Yerbas" (de *sacat,* yerba; y *tepet,* cerro) estuvieron sujetos al poderío de los reyes de Iximché o cachiqueles, desde que éstos se emanciparon de los señores de Utatlán y formaron una monarquía separada de la del Quiché.

Este importantísimo suceso acaeció reinando en Utatlán Quicab el Grande, habiendo ocupado sucesivamente el trono cachiquel: Huqtoh, su fundador, Lahunah, Cablahu-Tihah, Hunig y por último Belehe-Cat, que reinaba en Iximché cuando llegaron a su corte los españoles. A este rey llaman Sicanán varios cronistas.

Cuando los cachiqueles se sometieron al dominio español y abrieron las puertas de su capital a don Pedro de Alvarado y a su ejército, muchos pueblos que les estaban sometidos recobraron su independencia, entre ellos los de Sacatepéquez, que habitaban altas serranías entre los abruptos valles de los ríos Las Vacas y Piscayá, pueblos que a finales de 1524 y principios de 1525, comenzaron una guerra de exterminio contra las vecinas tribus que habían reconocido el dominio extranjero, apoderándose de las mujeres y niños que cuidaban de los maizales y sacrificándolos a sus ídolos en medio de danzas guerreras en lo alto de sus casi inaccesibles montañas.

Era poco más o menos la época en que los españoles de Alvarado y sus aliados los cakchiqueles habían emprendido la conquista y reducción de los pueblos tzutuhiles que habitaban las fértiles tierras del Sur del lago de Atitlán. Cuando retornó Alvarado a Iximché, recibió a los enviados de los caciques de Sinacao y de Sumpango, que solicitaban del Capitán español auxilios para defenderse de los guerreros sacatepéquez. Sin pérdida de tiempo envió Alvarado unos mil cakchiqueles con diez arcabuceros españoles como cabos, al mando del Capitán Antonio de Salazar, que se había distinguido por su valor y arrojo en la última campaña, dándole orden de someter a la obediencia castellana a los pueblos de Sacatepéquez. Partieron aquéllos soldados a cumplir su empresa, pero tanto se le ponderó a Alvarado lo difícil de ella, que creyó

conveniente agregar un refuerzo de doscientos tlascaltecas y mexicanos, diez arcabuceros y veinte infantes de coraza, con el cabo Pedro González, tropa que llegó a tiempo para salvar a sus compañeros de armas, empeñados durante tres días en una sangrienta batalla con los sacatepéquez, que ya habían hecho gran estrago en las filas cakchiqueles. Avivada la lucha con la llegada del refuerzo, los sacatepéquez fueron al fin vencidos, salvándose en gran número en las barrancas y breñas de sus montes.

Cuenta la tradición que un anciano indio llamado Chobolοc, a quien califica el cronista de "infame y ordinaria estirpe", habiendo presenciado las peripecias de la batalla desde la cima de un alto y escarpado cerro, y comprendiendo que la victoria de los españoles se debía en gran parte a la táctica que empleaban, buscó después de la derrota a los prin-



FOT. DE CARLOS A. VILLACORTA

Pueblo de San Pedro Sacatepéquez donde probablemente estuvo situado el pueblo indígena Acubil

cipales capitanes indios, y los indujo a que reuniendo de nuevo sus dispersas tropas, las reorganizaran y condujeron de nuevo al combate distribuídos en escuadras, de tal manera que no se perjudicaran unas a las otras, y siempre entraran tropas de refresco, como hacían los españoles; y habiendo continuado al siguiente día la batalla, atacaron los sacatepéquez a los españoles y sus aliados, tal como decía el viejo indio, pero el resultado final fué su derrota, habiendo los sacatepéquez dejado muchos muertos en las quebradas y laderas de su extenso territorio. Sus pueblos fueron incendiados por los vencedores españoles, que también se apoderaron de multitud de prisioneros.

Tal es la relación consignada por un español del ejército de Alvarado en unas "Anotaciones a la conquista de Sacatepéquez", curioso libro que el cronista Fuentes y Guzmán asegura haber tenido en sus manos.

Aquellos pueblos quedaron de pronto sujetos a las armas de los conquistadores, habiendo establecido éstos guardias en los pueblos más importantes, o sea en los ahora llamados San Juan, San Pedro, Santiago y San Lucas, los dos primeros del departamento de Guatemala, y los otros del de Sacatepéquez.

* * *

Las armas españolas habían al parecer dominado en los reinos quiché y cakchiquel y en los cacicazgos que de ellos dependían; pero en agosto de 1526 se sublevaron los cakchiqueles y los pueblos de las serranías y valles de Sacatepéquez, incitados éstos por sus sacerdotes y por el cacique Panaguali.

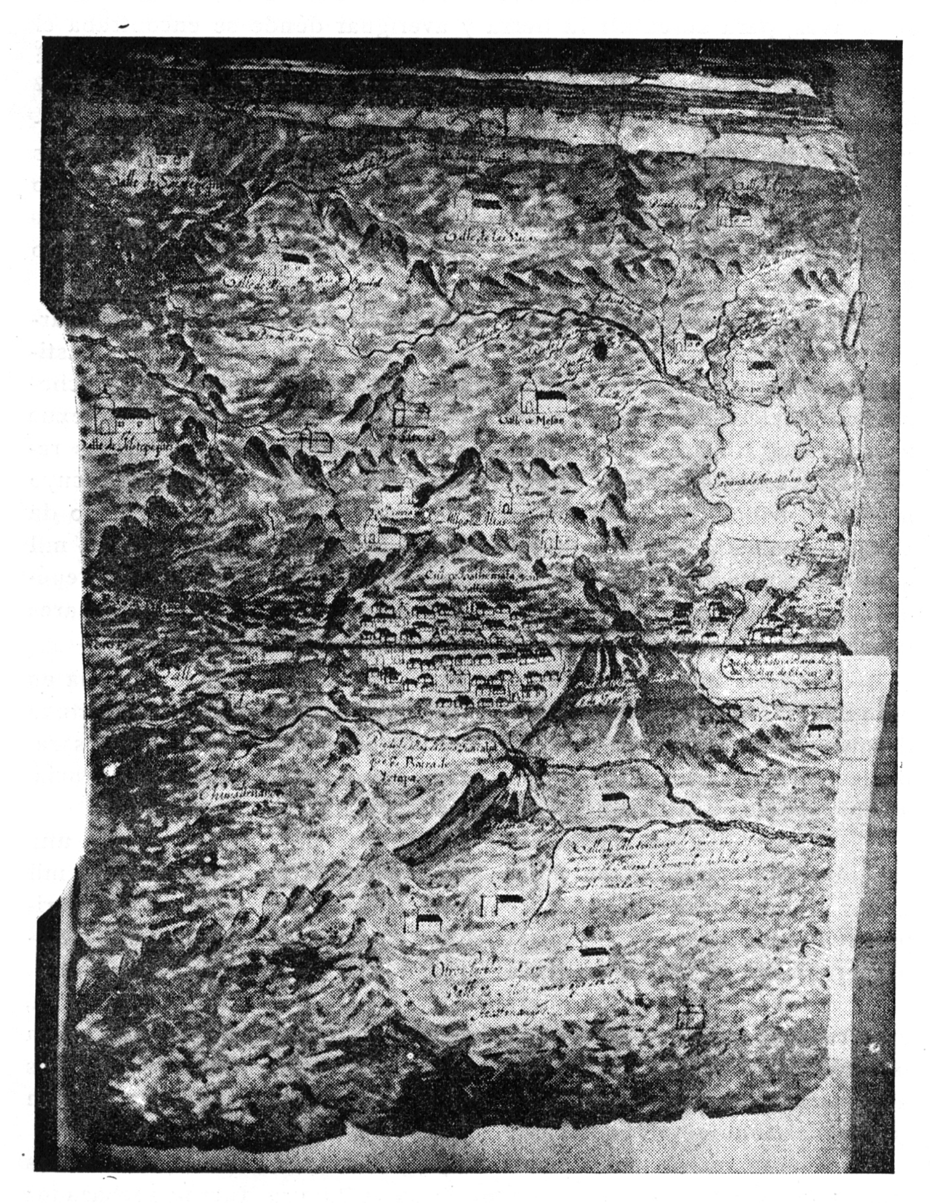
Habiendo un violento terremoto azotado la comarca, tomaron de ello ocasión los nativos para sublevarse contra los extranjeros, aprovechándose del espanto y confusión naturales en tal momento. Reunidos en el principal de sus adoratorios, los sacerdotes encendieron la rebelión, que pronto se esparció por toda la comarca. Es curioso el relato que hace un cronista de este suceso, cuando dice que "todo el día siguiente a aquel en que tuvo lugar el terremoto, y en el término y causa de otros dos, andaban los indios como asombrados y temerosos, vagando confusamente a la manera que los pájaros aturdidos del no esperado tiro, se sientan y levantan instantáneamente de unos lugares a otros. Todo entre ellos eran juntas, plática, consejos y misterios, y todo duda para los nuestros (habla el cronista) hasta que llegando el término de las sombras del tercero día, reventó en ira el secreto de tanto y repetido conventículo, y a hora en que comenzaban las tinieblas a darle forma al curso de la noche, atropados y juntos con vocerío estruendoso llegaron al primer cuerpo de guardia, acometiendo como rabiosas y carniceras fieras a nuestros presidianos. Tocóse confusa y repentinamente alarma; acudiendo a esta llamada los del otro cuartel, recelosos y aún prevenidos del accidente, y abrieron paso con pérdidas de uno y otro por medio de la muchedumbre rebelada; quedando prisioneros en esta confusa y desordenada refriega un español y tres de los amigos tlaxcaltecos, con lo que los nuestros tomaron la vuelta de Goathemala, y otro día reconocieron ser mayor número de los indios que los seguían".

En grandes apuros pusieron estos sucesos a los españoles que habían recién fundado en Iximché la ciudad de Guatemala, a donde llegaron los fugitivos, con su capitán don Diego de Alvarado. Este relató a su hermano don Pedro lo sucedido en aquellas agrestes y pobladas sierras, juntando entonces el célebre conquistador tropas auxiliares con los indios que permanecían fieles y algunos españoles, enviándolas a toda prisa a las tierras de los sacatepéquez, para reducir a la obediencia a aquellos tenaces adversarios.

Don Pedro de Alvarado ordenó presto la marcha del ejército, compuesto de sesenta españoles de caballería, ochenta arcabuceros, ciento cincuenta tlaxcaltecas, cuatrocientos mexicanos y cien indios fieles de Sacatepéquez, con un total de setecientos noventa hombres, mas dos piezas de artillería con su correspondiente pólvora, llevando como jefe

al esforzado don Pedro de Portocarrero, y como Capitanes a Bartolomé Becerra (1) Gaspar de Polanco, Gonzalo de Ovalle, Hernando de Chávez, Gómez de Ulloa, Antón de Morales y Juan Pérez Dardón.

Emprendió su marcha aquel ejército haciendo cortas jornadas, así para prevenir cualquier sorpresa como para que estuviese la gente



Plano de la antigua ciudad de Guatemala y de los valles que la circundan. Tomado de "Recordación Florida," por Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán.

lista y no muy cansada al entrar en combate, pues llevaba, además, consigo, gran impedimenta y el encargo de caminar durante el día y acampar por la noche. La marcha fué para los invasores sumamente penosa por aquella comarca, entrecortada por profundas barrancas, en que corrían

ríos y torrentadas, haciendo más difícil la expedición el que se verificase en los meses de septiembre y octubre, cuando la época de lluvias estaba ya establecida.

Portocarrero dispuso en una de tantas mañanas en que levantó el campo, que fuese a la vanguardia la caballería del capitán Hernando de Chávez, para descubrir la tierra y averiguar dónde se encontraba el enemigo, como en efecto sucedió, porque habiendo tomado prisioneros a dos indios del pueblo de Ucubil, le aseguraron que sus señores estaban en paz, dándole noticia de cómo los sacatepéquez se habían preparado para la campaña, persiguiendo a los naturales que mostraban deseos de someterse a los extranjeros, asaltando sus rancherías, destruyendo sus maizales; y les relataron cómo habían sacrificado ante el ídolo *Camanelón* a los tres prisioneros que dejó con Diego de Alvarado cuando su retirada de la comarca.

Enardecidos los españoles con tales relatos, apresuraron la marcha con ánimo de entrar pronto en combate con los sublevados y castigar aquellas tropelías; habiéndoseles reunido en el camino como ochocientos sacatepéquez, que al mando de un guerrero llamado Huehuexuc buscaban el amparo de los españoles para librarse del furor de los rebeldes. Aumentada así la falange invasora con ese nuevo auxilio, cuyo mando distribuyó Portocarrero entre los cabos Juan Resino, Sancho de Barona, Joanes de Verastegui y Andrés Lazo, el ejército, ya de un mil quinientos noventa soldados, se dispuso para acometer a los sacatepéquez, cuyo número pasaba de ocho mil hombres dispuestos en lugares inaccesibles y provistos abundantemente de flechas y guijarros.

Dejando una pequeña escolta en Ucubil para cubrir la retirada en caso necesario, Portocarrero ordenó de nuevo la marcha, pero se detuvo después de avanzar una media legua, enviando comisionados a los rebeldes para atraerlos a la paz; pero éstos los despidieron con arrogancia, amenazándolos con la muerte si volvían.

Marchando los españoles y sus aliados por las laderas de una áspera colina, apareció de pronto un escuadrón de cerca de dos mil indios, empeñándose porfiado combate en que después de varias peripecias fueron rotos por fin los rebeldes, cuyos desordenados restos emboscáronse en la vecina montaña.

Los vencedores persiguieron a los fugitivos mientras duró el día, y entrada la tarde, se recogieron a lo alto de una colina, en donde sin tiendas ni pabellones pasaron la noche, siendo violentamente atacados a la mañana siguiente por gran número de sacatepéquez, que arrojaron sobre ellos innumerables flechas.

Fueron rechazados los indios; pero avanzando los españoles tras ellos inadvertidamente un gran espacio en la llanura, fueron rechazados por nuevos contingentes de enemigos que los acometieron con furia, agravándose sus pérdidas por haber tenido que retirarse del campo a través de rastrojos que les impedían y molestaban el paso, refugiándose al fin en ciertos peñoles que cortados casi a pico defendían la entrada de un vallecillo por el que corría impetuoso torrente, y allí pasaron el resto del día y la noche, curando a sus heridos.

Repuestos de sus fatigas, volvieron los invasores a continuar su empresa, con ánimo de apoderarse del principal de los poblados de Sacatepéquez, divisando al llegar a sus contornos otro numeroso ejército de indios, de aspecto imponente, que llenaban el espacio con sus gritos, blandiendo los arcos y dando al viento los vistosos penachos de plumas que adornaban sus cabezas.

Portocarrero puso la infantería al centro, a la vanguardia sus piezas de artillería, y destinó la caballería a proteger los costados, esperando así la embestida del enemigo, que no tardó en llegar, siendo rechazado una y otra vez, hasta que al cabo de reñida lucha fueron los sacatepéquez completamente derrotados, huyendo los sobrevivientes a los montes. Panaguali y dos sacerdotes cayeron en poder de los españoles junto con gran número de sus parciales.

Portocarrero, cuyas tropas quedaron también bastante maltrechas, dispuso plantar esa noche sus reales en Ucubil, donde permaneció tres días, al cabo de los cuales envió a uno de los sacerdotes prisioneros al pueblo de los sacatepéquez, para inducir a sus habitantes a que reconociesen sin más lucha el dominio español, a lo que aquellos accedieron, considerando inútil toda resistencia.

Los españoles ocuparon en seguida el pueblo, "repartiendo Portocarrero, dice el cronista que seguimos en esta descripción, los alojamientos y cuerpos de guardia, de calidad y arte que no estuviesen distantes.... Y estando todo en conveniente punto hizo venir a la plaza a los principales del pueblo y ya congregados todos al punto del mediodía, haciendo tomar las armas y ocupar las bocacalles con alguna infantería, mandó traer a su presencia a Panaguali y haciéndole cargo de la gravedad de su delito, lo mandó entregar al ejército, para que con guarda suficiente a vista de los suyos se le diese garrote; y así se ejecutó al instante con asombro y admiración del pueblo."

NOBLES ARTES EN GUATEMALA

Famosas esculturas hechas en Guatemala y llevadas a México por el Obispo de Yucatán, el célebre padre fray Diego de Landa.

El siguiente artículo que contiene datos y noticias muy curiosas acerca de algunos hechos históricos, da también idea de lo que han sido las nobles artes en Guatemala, y especialmente la escultura, cuyas producciones se admirán y estiman en el extranjero. Dicho artículo ha sido extractado de una obra antigua, poco conocida en Guatemala y, no dudamos, sea leído con gusto por las personas amantes del buen nombre de nuestro país.

*

* *

Extractos del "Zodiaco Mariano" obra póstuma del Padre Francisco de Florencia, y añadida por el Padre Juan Antonio de Oviedo, ambos de la Compañía de Jesús, impreso en México, año de 1755, página 2ª, (parte 1ª, capítulo 1º)..... Para ésto el V. Padre Landa (que fué después Obispo de Yucatán) procuró que hubiese alguna imagen de la gran Señora, pues la advocación del pueblo (de Yucatán) era de su Purísima Concepción, con cuya devoción, olvidasen totalmente los indios, la que a sus ídolos tenían. Hablóles sobre este asunto, y oyendo con gusto la propuesta, contribuyeron con lo que pareció suficiente, y entregáronlo al V. Padre para que, con otra imagen que se deseaba y pedía para la ciudad de Mérida, capital de toda aquella provincia, se fabricase en Guatemala, ciudad en que siempre ha florecido el arte de la escultura, y en que se ven muchísimas estatuas, que pueden competir en perfección y hermosura con las más celebradas de Nápoles y Roma. Era entonces una misma la provincia de religiosos de Yucatán con la de Guatemala. Y ofreciéndose al dicho V. Padre negocios de importancia, tocantes a su provincia, se partió en persona a Guatemala, con incumbencia y cuidado de mandar a hacer las dos imágenes que se pedían"

"Luego que llegó a Guatemala, llamó al escultor más afamado que en ella había. Concertó las imágenes, y acabadas muy a su gusto, las acomodó en un cajón, estofando los huecos, que habían entre imagen e imagen, con papeles, de suerte que pudieran sin maltratarse pasar el dilatado camino que hay desde Guatemala a Yucatán, que es como de doscientas leguas. Y desde luego, se empezó la Señora a monstrar prodigiosa con sus sagradas imágenes. Por ser el camino no solamente dilatado sino muy áspero de subidas y bajadas, determinó el Padre Landa, que llevasen el cajón los indios sobre sus hombres. Lo cual no rehusaron ellos, así por estar acostumbrados a este género de carga, como por su devoción, por llevar en el cajón las imágenes de María. La cual

premió la Señora con una grande maravilla. Porque cogiéndoles el tiempo de las aguas en el camino, y siendo muchos y recios los aguaceros, jamás cayó gota de agua sobre el cajón ni sobre los indios que lo llevaban, ni a los que iban a algunos pasos al rededor de ellos. Lo cual observaron todos con grande admiración y se ofrecían gustosos a sustituír unos por otros en aquella carga, que era de Dios tan favorecida".

"De esta manera llegaron a la ciudad de Mérida, y habiendo abierto el cajón los religiosos franciscanos de aquel convento, escogieron para que quedase en su iglesia la que les pareció más hermosa. Pero Dios reservó la otra para el pueblo de Izamal, en donde quería con frecuentes milagros mostrar por ella su omnipotencia y la misericordia y beneficencía de su madre para con los hombres."

Página 251 (parte 4ª, capítulo 6º). "Habiendo llegado la noticia y aún el dibujo de esta soberana imagen a la provincia de Yucatán, desearon grandemente los religiosos de San Francisco tener alguna copia de tan perfecto original; y habiendo venido a Guatemala, el V. siervo de Dios, Fray Diego de Landa, que después fué Obispo de Mérida, capital de Yucatán y hallando vivo al artífice de la imagen del coro de Guatemala, aunque ya religioso lego de San Francisco, Fray Juan de Aguirre, solicitó y consiguió que le hiciese una imagen totalmente parecida; y esta es la prodigiosa imagen de nuestra Señora de Izamal, de que hablamos ya largamente en la primera parte, tratando de las imágenes célebres de nuestra Señora en la provincia de Yucatán."

"Ni es de omitir que haciendo oración el citado Padre Fray Gonzalo, delante de ésta su amada imagen del coro, vió salir del purgatorio el alma del emperador Carlos V, a los cinco años después de su muerte, como lo refiere Juan Díaz de la Calle, en su Theatro de las Iglesias de las Indias, tratando del Obispado de Guatemala, y el R. Padre Jubilado, Fray Francisco Vásquez en la crónica que escribió e imprimió de la provincia de SS. nombre de Jesús de Guatemala, al lado derecho del coro, efigiado de buena pintura todo el caso, y haber leído el rótulo que declaraba lo que aquella visión de Fray Gonzalo significaba."

La subscripción anual a esta Revista vale solamente $2 oro americano. Por ahora aparecerá cuatro veces al año; pero dado el número de subscriptores siempre en constante aumento, esperamos publicarla a partir del año entrante bimensualmente.—Secretaría y Administración: 11 Calle Poniente, No. 2.—Guatemala, C A.

UN ARTICULO DE DON MANUEL MONTUFAR, AUTOR DE LAS "MEMORIAS DE JALAPA"

TARDE DE INVIERNO

Subiendo de Panajachel a Sololá

Panajachel es un pueblo de indios, situado al nivel de la laguna de Atitlán. Sololá es una población mucho mayor, sita en las alturas de una montaña. Una legua de cuesta separa al uno del otro. El primero es corto de población, pues apenas tendrá un censo de novecientas a mil almas; y aunque entre sus habitantes hay algunas familias decentes, con sus casas de teja, la mayor parte de las otras son de paja, pertenecientes a los nativos. Sololá es un pueblo mayor, pues su censo llega y aún puede pasar de cinco mil almas, entre las cuales hay muchas familias de origen español, con regulares y aún buenas proporciones. Panajachel es más bien caliente que templado. Sololá es frío. Aquel tiene una situación pintoresca sin embargo de estar levantado en una de las enormes abras o grandes espacios que los cerros, o tierras altas dejan de distancia en distancia, lo cual es causa de esas empinadas y grandes cuestas que hacen tan trabajosos y difíciles nuestros caminos. Mas, es de notarse que, a pesar de las inmensas alturas que lo rodean, de los despeñaderos que tiene delante, de los saltos y pequeñas cascadas que se ven derrumbar por todas partes para venir a confundirse a la laguna, no parece que Panajachel esté situado en un barranco, pues casi es un valle cerrado; ni su aspecto tiene ese tinte melancólico de que se afectan las poblaciones inmediatamente amuralladas por la naturaleza. Aquellas alturas no oprimen el corazón como sucede en otras partes: los chorros de agua que se despeñan acá y acuyá, no parece que caen sobre la cabeza del caminante, que apasionado por ciertos espectáculos, contempla aquella pequeña población de ranchos con sus solares sembrados de árboles, con sus calles estrechas y torcidas pero risueñas y arboladas, con su río bullicioso y serpenteador a causa de los muchos piedrones que interceptan el paso, cuyas aguas, al parecer, descontentas de tanto obstáculo, ya cerca de la playa se destrenzan formando varias cintas, que dividiéndose en menudos hilos, entran a confundirse a la laguna cada uno por su lado.

Del lugar donde está situada la población a la orilla de la laguna, habrá de unas ocho a diez cuadras de cien varas, cuyo terreno parejo y bastante arenoso, está cubierto de árboles y preciosas hortalizas, al uno y otro lado del río donde se ven especialmente grandes siembras de cebollas, las cuales se venden los viernes en la plaza de Sololá, a razón de ciento cincuenta por un cuartillo.

La distancia, poco más o menos que tendrán los dos montes que se levantan en la orilla de la laguna, dejando en medio la playa de Panajachel, creemos al golpe de vista, que será como de un cuarto de legua.

El volcán de San Pedro está casi enfrente, y un poco a la izquierda el de Atitlán a cuyo pie se divisa el llamado por los ladinos Cerro de Oro, y por los naturales "Choy juyú" (Cerro de la Laguna), cuyo promontorio casi redondo, y como levantado a tajo de sus cimientos, parece que encierra algún misterio, así por su posición como por su forma.

En efecto, el cerro de oro es objeto de algunas tradiciones entre los ladinos, que aunque inverosímiles, amenizan no obstante los cuentos populares de estos pueblos. El que corre con más valimiento dice que antes y en tiempo de la conquista, era un templo consagrado a la idolatría: que después que los españoles derribaron los altares de los indios y rompieron sus ídolos de piedra y barro, los dioses de oro de los mismos, viéndose vencidos por la cruz, buscaron en el cerro de oro un último refugio a su derrota, asilándose en aquella mansión impenetrable:



Embarcadero de San Lucas Tolimán, en el lago de Atitlán.—Guatemala.

cerraron misteriosamente su entrada, revelando el secreto a un sacerdote indio, el cual lo ha ido transmitiendo de generación en generación, a uno sólo escogido entre los más nobles y adictos a los religiosos del pueblo conquistado. Estos dioses aconsejaron a los indios que se sometieran; pero que no perdiesen toda esperanza de salvación; porque ellos mismos, que quedaban allí cautivos, romperían un día las puertas ocultas de aquellos templos y entonces serían redimidos de la esclavitud y la servidumbre. Diz que los indios desde entonces, callan y esperan.

En cuanto a los naturales cuando se les pregunta algo sobre este particular, o dicen que todo es mentira, o guardan sobre ello una profunda reserva.

Las aguas de la laguna, por la mañana, empapan mansa y tranquilamente las arenas de la playa y se mantienen así por espacio de al-

gunas horas, viéndose únicamente en medio del cielo plateado de la superficie, algunas listas azuladas, semejantes a la huella que los jueves y los viernes, dejan las canoas de los indios de Atitlán, que vienen a desembarcar al Jaibal. A medio día comienzan a lamerla blandamente; mas en la tarde, la azotan con rudeza, agitadas por el chocomil (vientos fuertes): a las cinco de la tarde nada se ve ya: una niebla espesa y cenicienta sustrae a la vista, laguna, volcanes, cerros, saltos y cascadas; todo desaparece.

Cuando en una tarde de invierno llega el caminante a Panajachel, con ánimo de pasar a Sololá, desde que comienza a subir la cuesta, comienza también a ver en las cumbres de la montaña una masa de nubarrones cenicientos, tan espesos y compactos a la vista, que parece que el cielo está esperándole sobre aquellas eminencias, cubriéndole con aquel velo impenetrable las glorias del Paraíso. Aquellas masas inermes al principio, fijas, espesas, clavadas sobre las alturas, se mantienen así sin movimiento por espacio de algún tiempo, mas repentinamente y cuando ya se ha vencido una gran parte de la cuesta, vese que comienzan a moverse de súbito, como con la intención deliberada de salir al encuentro al caminante, que poco a poco y entre mil fatigas, parece que va subiéndose uno por uno los peñascos escarpados que los Titanes amontonaron para escalar el cielo.

El movimiento de las masas nebulosas descendiendo y la trabajosa subida del caminante por la montaña, vienen por último a efectuar un encuentro que regularmente, tiene lugar a poca distancia de las crestas. Allí, en menos de un minuto, queda éste completamente envuelto entre la densidad de las nubes cuyo primer efecto es privarle por el lado derecho de las vistas salvajes y solemnes de los altos derrumbaderos y de los saltos y pequeñas cascadas, que entre mil giros tortuosos se deslizan bulliciosamente a las vegas de Panajachel y el Jaibal; y por la izquierda, de un abismo cortado a tajo, que a medida que se ha ido subiendo, parece que él ha ido bajando, verificándose de esta manera una engañosa ilusión que no procede sino de un acto solo.

La espesura de las nieblas que al principio no hacen más que interceptar los cuadros de los costados, va aumentándose tanto de segundo en segundo, que, al cabo de diez minutos, ya no se ven los cascos del caballo.... un poco más, y ya no se ven las espuelas con que se le anima. Todo está sombrío y reina una calma que no mueve ni los cabellos.

En esta situación se continúa caminando, no diremos que en la obscuridad, pero sí en una cosa semejante, puesto que si la acción principal de las tinieblas es privar de la libre percepción de los objetos, aquí queda el caminante sufriendo la misma privación, toda vez que, aunque los ojos perciben una claridad opaca e indefinible, esta claridad no presta ningún auxilio a la percepción, ni cumple con el fin de dar luz para ver; sino por el contrario, parece que da luz para obscurecer. El efecto de aquella situación es desagradable produciendo un desazón y un malestar cercano al vahido, al verse envuelto por un cuerpo extraño e impalpable, al ver luz y no percibir los objetos, al oír sonidos y no

comprender de donde salen, al tocar el caballo sin poder darse cuenta de por dónde va, qué camino lleva, si ha cruzado a la derecha, si ha dado vuelta a la izquierda, si sigue de frente, si sube, si baja; porque los objetos, los sonidos y el movimiento, todo está confundido entre el desorden de aquel momento.

Se siente, sin embargo, que el caballo marcha; pero si no fuera porque el movimiento de su paso se trasmite necesariamente al cuerpo, el caminante creería que estaba en aquel instante bajo la influencia de una pesadilla, suspenso en un punto indeterminado del espacio: que el mundo había perdido sus formas: que todas sus cosas eran humo que se deshace, fantasmas que se desvanecen, sombras que se deslizan sueños que pasan; que la creación iba volviendo poco a poco del caos a la nada de donde salió, sin que el soplo divino hiciese ningún esfuerzo para suspender aquella disolución que casi se palpa.

Así se camina por espacio de media hora, envuelto por las nubes del cielo o por los vapores de la tierra, más y más confundido a cada momento, pues muy a menudo se oyen en medio de aquel silencio casi solemne, unos ruidos extraordinarios y siniestros, unos gritos lamentables y pavorosos, unos silbidos penetrantes y salvajes y unos cantos en coro que no se sabe qué causa tienen, de qué proceden, a quién van dirigidos, ni de dónde salen. El caminante sobrecogido se pregunta en un momento de debilidad, si aquel espectáculo aterrador que presentan al viajero, los espíritus encantados que habitan aquellos lugares solitarios y salvajes, está próximo a sufrir una de aquellas transformaciones misteriosas en los bosques mágicos de las mil y una noches. O si el aliento de alguna Saya está transformando aquellos lugares en un palacio encantado donde quedará uno prisionero y convertido en algún pájaro o en algún cuadrúpedo.... Ningún capricho deja de tomar una forma verosímil en el pensamiento medio trastornado del afligido caminante, que llama a su criado, le interpela, le manda, y el criado responde, habla y quiere obedecer; pero, fascinado también, no sabe que hacerse ni encuentra el camino de obrar en regla. Pero no se olvide que todo esto pasa sin verse, oyendo únicamente las respectivas voces, ya lejos, ya cerca, ya de un lado ya de otro, como si fuesen las voces reproducidas por muchos ecos conspirados también en acabar de trastornar una razón ya decaída por la acción de aquellas transmutaciones de la humedad, del frío y de la perturbación casi total de los sentidos, cuyas funciones parecen perdidas en medio de aquel desorden indefinible e indefinido.

Mas, afortunadamente, al cabo de esta penosa media hora, una brisa ligera comienza a replegar aquellos nubarrones hacia las montañas de la derecha, dejando descubierto a la izquierda un abismo como de quinientas varas de profundidad, a cuya orilla se ha ido caminando sin saberlo, y guiados solamente por el instinto de las cabalgaduras, que no parecen haber tomado parte en aquella confusión. Pero es de notarse, que, a pesar de tan repentino despejo, no se ve a la izquierda el cuadro que era de esperarse, porque a pesar de que la niebla se disipa inmediata-

mente de sobre el caminante, queda allá, en lontananza, un inconmensurable cortinaje, que, tomando pie del fondo del abismo, se remonta hasta cierta altura, que no llamaré cielo, porque ni por su color sombrío, ni por la inmediación, ni por la lobreguez, ni por los otros caracteres que se le ven, tiene ninguno de los magníficos atributos con que los cristianos usamos designar los espacios celestes retirados a infinita distancia y salpicados de fulgurantes luceros.

Doscientas varas, poco más o menos, quedan completamente despejadas al derredor del caminante, como si él fuera el punto de repulsión de las masas nebulosas, así como poco antes parecía haber sido él, el punto de atracción de las mismas. Los cuadros han cambiado: dentro de aquel limitado círculo se ven a la derecha preciosos riscos cubiertos de sementeras donde se levantan del suelo las cañas de milpa, y no muy lejos, comenzando a nacer las esmaltadas alfombras de los trigales, limitadas por pequeñas arboledas que en esta estación, a tales horas, y a aquella distancia, parecen cerros de esmeraldas; aquí una colina cubierta de árboles, y allá una loma rasa pero llena de verdor, sobre la cual se levanta por acaso algún inmenso y aislado piedrón cuadrilongo, cuya superficie plana semeja a un monumento druida, o a uno de esos altares extinguidos, en que los sacerdotes indios sacrificaban víctimas al Sol. Tanto por una como por otra parte, vense también rebaños de ovejas, que los pastores encaminaban a aquellas horas a las majadas, compuestas de cercos de angostas tablas, situadas en la montaña y presididas por las estrechas, bajas y pajizas chozas de los pastores.

A la izquierda es otro siempre el espectáculo. Levantándose del fondo del abismo las espesas nieblas que forman un inmenso toldo, unidas con las de la montaña, su primitiva espesura se ha cambiado instantáneamente en un velo más diáfano, a cuyo través se percibe en el fondo una cosa incierta, vaga, indeterminada, que el entendimiento no alcanza porque la vista no se lo trasmite sino imperfectamente. Allí hay algo que se ve, pero que no se comprende; algo que existe, pero que no se sabe qué es: algo que se mueve pero que no tiene formas: es un ser que parece sin límites, sin carácter, sin determinación, que más confunde mientras más se ve; que más fascina mientras más se observa; que más amasa mientras más se analiza: un ser que, a pesar de la opacidad, brilla al incierto reflejo de las nieblas: que se cobija siniestramente bajo el manto nebuloso que enluta a la tierra y esconde al cielo.

Las impresiones simultáneas y variadas que han agitado al espíritu durante media hora, no permiten descubrir la verdad por uno mismo, y como si ésta recibiese más fuerzas del primer testimonio que nos la pueda asegurar, se aprovecha la oportunidad de satisfacer la mortificante duda, deteniendo al primer natural con quien se tropieza, para preguntarle:

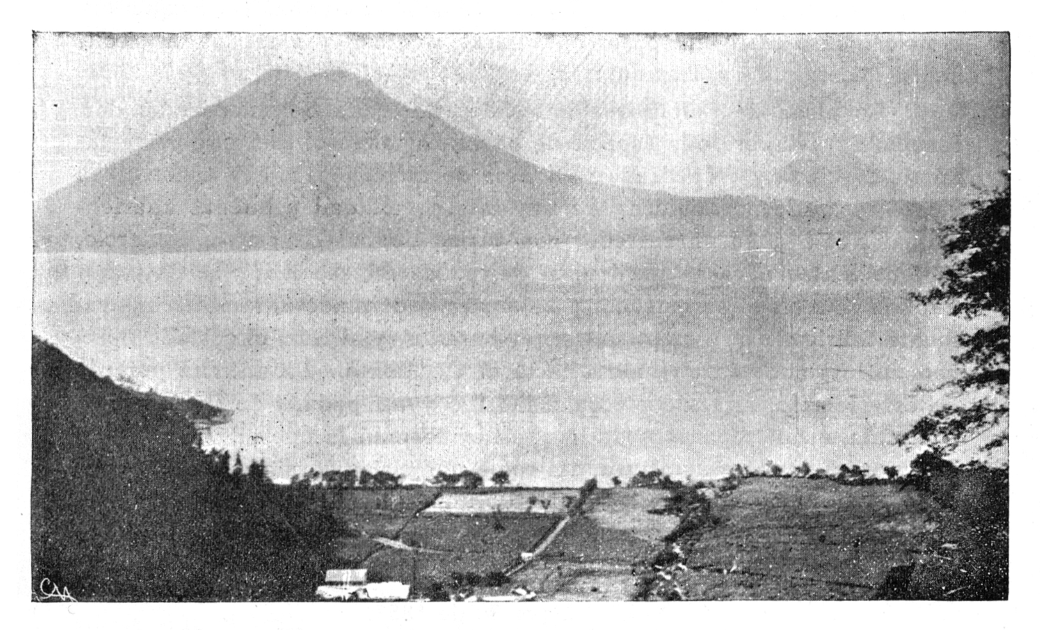
—¿Qué es aquello, José?, y le señala el abismo.

El indio se asoma a la orilla del precipicio y echando una mirada indiferente, pero práctica hacia el fondo, responde con una expresión entre estúpida y sencilla:

—Choy, tata.

Y vuelve a tomar su camino, al trote largo. El caminante se ha quedado en la misma. Pero la noche ha caído ya: el camino comienza a separarse de la izquierda y a hacerse menos tortuoso e irregular, hasta que a pocas cuadras se principia a ver reflejos de fuegos a la derecha y a la izquierda: esto explica que ya se ha entrado en las primeras calles de Sololá.

Al día siguiente, a la hora de almorzar, que en todo caso las horas de la mesa han sido y serán siempre las más agradables para la conversación, expliqué a mis huéspedes una por una, las varias sorpresas que había tenido durante la subida de la cuesta de Panajachel a Sololá. Entonces recibí explicaciones más o menos satisfactorias de lo ocurrido. En primer lugar se me dijo, que la espesura de las nieblas era cons-



Lago de Atitlán—Guatemala.

tante en esta cumbre, durante toda la estación de las lluvias, unas veces más fuertes que otras; y que regularmente cargaba más en esa parte; verificándose muy a menudo que cuando caían sobre la población invadían no sólo las calles sino también los patios de las casas, las salas y los cuartos, lo cual era causa de los muchos güegüechos, especialmente en las personas sanguíneas. En segundo lugar, que los ruidos que había oído en la cuesta, provenían de los saltos y cascadas, los cuales cambiaban sus sonidos a medida que el caminante cambiaba de posición en las diferentes vueltas y caracoleos que se dan, a virtud y consecuencia de las torceduras del terreno: que los gritos y silbidos proceden de la caza del venado por los indios en la montaña; y los cantos en coro, de los trapicheros de San Buenaventura, que entonan el alabado al caer la tarde y concluír sus tareas (1); que lo que yo veía últimamente al lado izquierdo,

y no había podido adivinar, no era otra cosa más que la laguna, la cual tomaba en realidad aquel aspecto medio cubierta por las nieblas, que están suspendidas sobre sus aguas, agitadas por ciertos chiflones de viento que la conmueven, causados por las aberturas de unos cerros que están del lado de San Pedro; que la prueba más evidente de que lo que yo veía y más me confundía era la laguna, se manifestaba con la respuesta que me había dado el indio cuando me contestó: "Choy, tata" lo cual no quería decir otra cosa, en lengua, que laguna.

Satisfecho de estas explicaciones y concluído el almuerzo, tomé mi sombrero y salí a la plaza para examinar qué artículos de comercio formaban el movimiento que veía aquel día, que era viernes, entre los indios y ladinos. Hallé que la mayor parte se componía de jergas finas y ordinarias, algodón, hilo, trigo, maíz, frijol, chile, cebollas, frutas, caites, sapuyul, cerdos, pavos, gallinas y pescaditos de la laguna. Todo aquel comercio tendrá cinco mil pesos en valores efectivos y monedas en circulación.

La plaza de Sololá que antes de la llegada del Licenciado don Ignacio Saravia, era una especie de barranco fangoso, está hoy perfectamente nivelada y empedrada. Al Este de dicha plaza, hay construídas varias casas de particulares, de bastante comodidad y buenas apariencia; al Norte tiene un corredor con varias tiendas de escaso comercio, pertenecientes a casas particulares situadas en ese lado; al Oste, un Cabildo nuevo con su corredor y balaustrada de madera, también nuevamente fabricado en tiempo del señor Saravia; y al Sur, el costado derecho de la parroquia que mira hacia el Occidente. La antigua portada de este templo, alta, de piedra y ladrillo y un pedazo de lienzo de la izquierda, están separados de lo que hoy forman la iglesia, y más parecen, por su fortaleza y altura, así como por cierta forma que le ha quedado, vista de cierto lado, los restos de un castillo feudal, que la antigua portada de un templo cristiano.

Sololá, mayo 30 de 1857.

M. MONTUFAR

CAPITULO DE LOS LIBROS INEDITOS ENVIADOS AL CONGRESO DE HISTORIA DE AMERICA, DE BUENOS AIRES

VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA.

Algo de la Sociología Colonial.—Las Tres Potestades.—El período de la evolución es un rasgo específico de la sociedad colonial.

Los diversos factores de toda clase, lo mismo del orden social que del racial y político (complejos y muchas veces paradógicos) que se mezclaron en el vano intento de homogenización que se llamó "sistema colonial", fueron sometidos a la férula de los tres poderes básicos que inspiraron la obra de la conquista y la colonización: la autoridad real, la voluntad del conquistador y la propaganda del fraile. Pero en el antagonismo que surgió entre los dos últimos grupos, el principio de autoridad real ganó terreno, acentuándose y cobrando el primer lugar indisputable, como médula directriz del organismo y alma de todas las manifestaciones de la vida política, administrativa y civil.

Las razones del proceso están a la vista.

Como España no podía por su propia fuerza de Estado hacer la conquista de América, tuvo que pactar con sus aventureros. Estos iban por su propia cuenta, ganando con su brazo la tierra en nombre del Rey, y una vez ganada, apelaban a éste para que los consagrara en la posesión y disfrute de todo lo ganado. Entre lo que ellos pretendían y lo que quería restarles el Rey, se pasó la lucha de la colonia, sobre todo, en los primeros días, cuando no estaban asentados la conquista ni el sistema. Lo que se produce después, o sea la lucha, primero, entre los criollos y peninsulares, y finalmente, entre los criollos que se consideraban herederos legales de los primeros conquistadores y la Madre Patria, no es sino el reflejo, prolongado en el tiempo, de ese latente y eterno pleito. Pero se introdujo un tercer factor en la lucha, que fué el cura o fraile, representantes de la religión. Sin ellos, no hubiera sido quizá posible ni el descubrimiento ni la conquista, puesto que la idea de convertir gentiles fué lo que más pesó en el ánimo de Isabel, para decidir la aventura. Sin ellos, no hubiera tampoco hallado pretexto el conquistador para su conquista. La sed de oro para mejorar fortuna, y la sed de sangre para apagar su afán caballeresco que borbotaba en las venas del conquistador no hubieran encontrado disculpa sin la religión. Todo se hacía para convertir gentiles al cristianismo. Hubo, pues, necesariamente, que abrirle paso al cura y al fraile, que a su vez, se apresuraron a tomar su puesto y a disputarle al Rey y al conquistador, la premacía del dominio efectivo, ya que no el legal, de estas regiones.

Cada uno buscando su propio interés y disculpándose cada uno con lo que constituía su mejor derecho: el Rey, sus derechos sobre las regiones descubiertas y conquistadas; el conquistador, su derecho a sa-

carle a sus conquistas el mejor fruto, y el cura y el fraile a convertir a Dios a los millones de idólatras, se tegió la estrecha trama en que, descubiertamente, cada cual trataba de superar a los consocios de aquella triple alianza.

De ahí que cuando sobrevino el primer conflicto, las Leyes de las Indias, los conquistadores hicieran el movimiento de protesta más fuerte que registra la colonia. Pero los frailes estaban ligados en esa ocasión con los reyes, como andando el tiempo deberían ligarse con los criollos independientes contra el Rey. Las tres armas, Rey, espada y cruz, formaban el misterioso trípode de que pendía la nueva balanza del sistema colonial. Cuando dos se echaban de un lado el otro estaba perdido. Tal con el caso que examinamos. Los conquistadores tuvieron que tascar el freno y aceptar las Leyes de las Indias, inspiradas en la propaganda de los curas. Fueron de verse, por ejemplo, en Guatemala, las cartas que el soldado historiador Bernal Díaz escribió contra el Padre de Las Casas, con motivo de esas leyes. Duras hasta la crueldad, el conquistador se queja amargamente contra el fraile intruso que quiere despojarle de lo que legítimamente ha adquirido.

Triunfante esta vez la alianza tácita entre el Rey y los frailes, sobre éstos se descargó la cólera de los conquistadores, que no podía alcanzar hasta el otro lado de los mares. La lucha sorda y manifiesta se produce en lo sucesivo entre estos dos competidores que habitan el mismo suelo y que, naturalmente, prefirieron buscar en el Rey la decisión de sus contiendas. Se asienta de esa manera como única posible regulación de vida, la obediencia a S. M. y el acatamiento a las reales disposiciones. La colonia trata de saturarse de todas las influencias del espíritu monárquico en cada momento. Felipe II sopla sombríamente sobre los primitivos perdidos destellos que hicieron florecientes los primeros años de la colonia. En la Universidad y en los estudios quedaron impresas más tarde las huellas de Carlos El Hechizado, aquel que no encuentra forma de celebrar mejor su matrimonio que con un auto de fe y una corrida de toros; y de la misma manera se siente más tarde el benéfico influjo de la transformación bajo el reinado de Carlos III.

Los impulsos y las letras renacientes en España al calor de las cálidas llamaradas que llegaban de Inglaterra y Francia, arrojan sus rayos, aunque considerablemente debilitados por la distancia, hasta estos remotísimos lugares, y produjeron en el reino de Guatemala una memorable y desusada transformación

El fenómeno no es privativo de este reino. En todas las colonias hispanas se produce con más o menos intensidad, viniendo así a subrayar este hecho, la unidad del desarrollo social de los pueblos de la América Hispana. Resalta este hecho en el cuadro genérico de nuestras colonias, corroborándose una vez más la comunidad de ciertas condiciones sociológicas que se traducen hasta en las vibraciones y jornadas de una misma mentalidad que puede llamarse específica de la colonia.

Un nuevo soplo las anima, y en cada una de ellas regístrase, en el último tercio del siglo XVIII y primeros años del XIX, el movimiento precursor que contaminado de fisiocratismo y enciclopedismo va derecho a

la revolución. Simultáneamente en todas las colonias brilla una pléyade de hombres nuevos que hubiérase dicho surgían por milagro; ellos barrenan los viejos sistemas de estudios, hacen florecer las artes y llaman la atención general hacia el estudio de las cosas útiles, ya de agricultura, ya de libre comercio, hiriendo de paso las necesidades más sentidas de las colonias. No son enciclopedistas todavía, ni revolucionarios, pero van hacia ambas cosas que llenan ya el camino del mundo; y como estos sencillos innovadores borran el pasado, las colonias rebotan sobre el único camino abierto, en donde las esfinges deslumbrantes que han de dominar en los nuevos siglos se yerguen.

En Guatemala, esta época se caracteriza perfectamente forma ella la cúspide luminosa de la colonia y es eslabón que nos da la oportunidad para salir de las sombras y buscar la civilización. Esta época, citada ocasionalmente por nuestros historiadores, no ha sido hasta ahora estudiada en todo el valor sociológico que le corresponde. Ella debe ser considerada separadamente como un conjunto de hechos y circunstancias qu edeterminaron una nueva vida y que marcaron una etapa en el tardo proceso evolutivo del país. Sin ella no hubiera sido posible la Independencia. Los próceres son los hijos espirituales, en un escalón más avanzado del tiempo, de nuestros innovadores coloniales. A los munícipes de 1810, a los hombres de 1821, no se les puede comprender sin Goicoechea o sin Villa Urrutia; a don Pedro Molina, a del Valle y a Barrundia no se les puede comprender sin Flores, sin Ramírez y Bergaño y Villegas.

Al estudio de esta época, sus hombres y sus doctrinas está dedicado el presente libro.

*

* *

Este movimiento de evolución, cristalizó en dos instituciones principalmente, la Sociedad Patriótica y el periódico o Gaceta de Guatemala. En cuanto a la primera, ya he dicho que sólo Guatemala y la Habana tuvieron una Sociedad de tal clase México y Buenos Aires más tarde. En cuanto a *La Gaceta,* sucedió aquí lo que en todas las demás colonias que tuvieron periódico y aún en las inglesas: que pronto el grupo de gente verdaderamente culta rodeó al editor e hizo prosperar el periódico convirtiéndolo en una avanzada de generosos ideales.

Mr. N. C. Tyler, profesor americano, escribe hablando de análogo fenómeno observado en las colonias inglesas: "Nuestro periodismo colonial, pronto llegó a ser de por sí un factor literario verdaderamente importante. No podía permanecer siendo un mero diseminador de los rumores y conversaciones ni un cartel de anuncios. El instinto de la discusión crítica y audaz, era fuerte aun entre aquellos pigmeos periodistas y pugnaba por hallar expresión. Además, cada publicista estaba rodeado de una camarilla de amigos de activo cerebro y cierta propensidad para la exteriorización; y estos amigos constituían una especie de colaboradores gratuitos, quienes de varios modos, en cartas, artículos, anécdotas, epigramas, poesías, pasquines, etc., contribuían a dar vivacidad y aun valor literario al periódico".

Palabras tales, parecen exprofesamente escritas, no para las colonias inglesas sino para lo que sucedió en Guatemala. Sólo que aquí el grupo de gente culta era reducidísimo y se confinaba a la capital y a algunas ciudades de provincias en las cuales no podía formar núcleo fuerte. Por eso también nuestro periódico fué uno solo, a diferencia de las colonias inglesas. La obra, por lo dicho, de la evolución, sus hombres y sus ideas, al concentrarse en torno de la Sociedad Patriótica y *La Gaceta,* ha quedado en estas dos instituciones definida; y como cuanto se hacía en la primera se reflejaba en la segunda, *La Gaceta* nos permite por sí sóla reconstruír esa época, saber lo que aquellos prohombres pensaban y propagaban, determinar la psicología social del período más fecundo y único brillante de la colonia, por el cual avanzamos tres siglos en medio siglo y nos pusimos en camino de aproximarnos a la civilización moderna.

RESUMEN DEL LIBRO TERCERO O SEA EL DE LA EVOLUCION DE LAS IDEAS COLONIALES

Tal es la época y sus hombres. Después de meditarla, nadie dejará de encontrar en ella la simiente de la Independencia. Es un grupo vidente y profético de criollos y españoles que parecen haberse dado cita en esta remota parte del mundo para atar dos problemas con una solución intermedia. Hay en ellos el sedimento de todo lo viejo pero ya picado de novedades, curiosidad, ansias secretas, inquietudes que estallan y rayos de rebeldía que cruzan fugitivamente. Cada cual a su modo, Goicoechea con mansedumbre, creyendo que con las novedades de la física experimental ha hecho lo suficiente y ya tiene mucho de que ser perdonado; Bergaño y Villegas azuzando a los inquisidores y encendiendo doctrinas como dardos en donde quiera que esté como convencido de que ha nacido muy temprano y que no le quedará tiempo para ver las grandes cosas que su inquietud presiente: todos ponen su grano de arena en la tarea de construír el puente con que se pasa de la Colonia a la Independencia.

Hay rasgos específicos en nuestros prohombres de esa época: el más notable para mí, sin duda porque viene a subrayar y a confirmar en lo absoluto la tesis que es alma de estos libros, o sea que es el aislamiento, ya se trate del aislamiento de nuestros campos sin cultivo, de nuestras poblaciones sin caminos que las unan, de nuestras costas sin habitantes por la inclemencia del clima y lo malsano del ambiente, de nuestros puertos sin barcos: desde estos órdenes materiales hasta el más elevado de nuestros cerebros aislados de la realidad de la naturaleza y del mundo, por el encerramiento en el pozo sin fondo de nuestro aislamiento material; el rasgo más importante, digo, es el de ser todos esos hombres a su vez, "evolucionados" en la contemplación de las patrias ajenas, del mundo exterior, de lo que hacen y piensan los otros hombres y los otros pueblos, arrancándose así las telarañas que el aislamiento intelectual urde en la forma de prejuicios, intemperancias de un mal entendido patriotismo, vanidad de vanidades y como coronamiento magno, la intolerancia, intransigencia, y el "cree como yo creo o te mato".

Goicoechea nace en un extremo del Reino. Flores en otro. Ambos viajan por Europa, confirmando y amplificando los nativos impulsos de sus espíritus superiores. Villa Urrutia, Ramírez y García Redondo, al igual que Longinos Martínez y Mosiño vienen de España. Matías de Córdova nace en la provincia más septentrional del reino también y viaja por España. Esparragosa en Caracas, García Goyena en Guayaquil. Nunca se ha dado coincidencia tan elocuente de hombres con ideas nuevas y el despertamiento tan rápido de una época nueva.

Todos ellos son también contemporáneos; sólo Goicoechea les lleva a todos veinte años. Flores, Beteta, Esparragosa, García Goyena, Córdova, todos son del decenio entre 1757 y 1767. Cuando ellos están ya enterrados o declinan, se hallan llegando a la meta o han llegado ya los próceres de la Independencia, sus inmediatos sucesores y continuadores en la escala, sin soluciones de continuidad, del proceso evolutivo de la historia.

Hay entre nuestros prohombres de esa época sabios y filántropos como Goicoechea y Esparragosa. Nerviosos irascibles y casi intratables como Bergaño y Villegas. Hombres que saben la última palabra de su ciencia, como Flores, Longinos Martínez y Mosiño. Sabios en materia de economía social, de estudios, de enseñanza, de comercio, como Villa Urrutia y Ramírez. Poetas que dan lecciones amables con sus inventivas como García Goyena, maestro de política profunda en su fábulas. Hay entre ellos un médico, Flores, cuyo nombre llega a dejarse oír en el mundo científico, y un filántropo economista, Matías de Córdova, que por primera vez, plantea en América los graves problemas de la elevación de la masa indígena ilotizada.

No son todavía los fisiócratas ni los enciclopedistas, pero ya van contaminados de ambas cosas, y frente al coloniaje no ven más camino que el de la revolución o la rápida evolución.

El fenómeno es general en todo Hispanoamérica como ya he dicho; a la quietud ambiente ha sucedido una inquietud ardiente. Es un desasosiego que al sociólogo moderno, como se ausculta a un enfermo que delira, le hubiera hecho sentir en el acto la revelación de un próximo alumbramiento de patria. Independencia, vida, revolución, transformación de España, a saber qué. Pero en el fondo existe bien enclavado un férreo esbozo del sentimiento de patria. La evolución debería empujar hasta las orillas de la revolución en donde nuevos hombres, los de la generación inmediata, se encargarían de dirigir la nave, escapada ya de las manos cansadas de los de la anterior generación. Prendía por toda Hispanoamérica un instinto de Patria. Los libros más perseguidos echaban el ancla en las colonias, de contrabando, y eran leídos con una avidez proporcional al peligro que se desafiaba: se leía en la soledad, y la soledad espaciaba los horizontes en donde los ojos del alma, preñados de nostalgias creían ver centelleante la chispa que cada cual sentía en su cabeza. Los escasos periódicos de las colonias, y en muy principal lugar nuestra Gaceta, iban dando una lejana

noción de lo que pasaba en el mundo, de lo que pasaba en el resto de las colonias y de la forma en que nosotros podríamos ir resolviendo, por nosotros mismos, nuestras propias necesidades.

En esa época genérica de la América Hispano-colonial, el reino de Guatemala jugó un papel brillante con sus sabios, sus economistas y sus innovadores de toda clase. Por desgracia esos pasos magistrales de desaislamiento intelectual no corrieron parejas con otros análogos que hubieran desaislado igualmente los factores materiales de progreso, dando solución, o adelantándola, a nuestros problemas económicos: mejorando la condición de los habitantes, abriendo caminos, acercándonos a los puertos, atando unas provincias con otras por medio de vinculaciones ciertas e intereses creados. Y de aquí que sólo las ideas evolucionaron, pero olvidándose de su más firme base, base de hechos, que sólo pueden ser constituídos por las verdades económicas. La evolución de las ideas preparó y llevó al país hasta las orillas de la Independencia, pero, por desgracia, de una manera incompleta. Las ideas de los prohombres de la evolución quedaron en el campo de la teoría: ni se mejoró la suerte de los indios, ni se mejoraron nuestros puertos, ni se llevó a la práctica la libertad de comercio, ni se abrieron caminos, ni se recuperó el cultivo del cacao, ni se incrementaron las nuevas industrias. En una palabra, ni las doctrinas de la Sociedad Patriótica, ni la propaganda del libro, ni las páginas de la Gaceta penetraron a lo hondo del organismo, desarraigando la vieja contextura. De esa manera las ideas evolucionadas trajeron el explayamiento de la Independencia, pero ésta no encontró más que el fundamento ideológico, sin el otro, tan necesario, de la evolución en el orden material del progreso. De aquí que la Independencia fuera una nueva lucha de ideas puramente especulativas, que debería acarrearnos, más de una vez, fracasos mortales por la falta de desarrollo de los medios económicos en que debe fundarse toda sólida transformación.

UN VIAJE A LOS ESTADOS DE SAN SALVADOR Y GUATEMALA

Leído en la sesión pública anual de 17 de abríl de 1857, en la Sociedad de Geografía, de París

Por el Abate Brasseur de Bourbourg.

Invitado a consignar, en esta solemne sesión de la Sociedad de Geografía, algunos de los acontecimientos de mi viaje y de mi permanencia en la América Central, yo no podría comenzar de otra manera, que agradeciendo al señor Presidente y a los señores miembros de esta ilustrada Sociedad, el honor de haberme prestado su sufragio, fijando en mis trabajos la atención de una asamblea, en que veo brillar a un tiempo la flor de la asociación y la ciencia de la capital. Este es, para mí, un aliciente tanto más lisonjero, cuanto menos imaginaba tenerlo, cuando en los bosques de la América investigaba la ruina de un pasado, tan misterioso aún, cuando yo recogía de la boca de los indios, las antiguas tradiciones de su historia y de sus divinidades de que aún conservan un recuerdo.

En el mes de octubre de 1854, salí de Nueva York, en uno de los vapores del tránsito americano, y me dirigí a Grey-Town o San Juan de Nicaragua, que después de Belice, es el puerto principal en la costa septentrional de Centro América. De este puerto se arriba al lago de Nicaragua, por entre un hermoso río de una margen pintoresca y sombría, de una vegetación magnífica, cual imagen de una primavera eterna. Este lago, semejante a un mar interior objeto de tantas interesadas especulaciones, teatro, hoy, de encarnizadas luchas de un puñado de piratas en contienda con los restos de una población diezmada por la guerra civil; este Lago; digo, se descubre desde lejos por las cimas volcánicas de la isla de Ometepe o de las dos montañas, cuyas pirámides se cortan de un azul de admirable pureza.

En la bahía de La Virgen, los viajeros que conducen los vapores americanos, se separan ordinariamente, los unos para irse a embarcar cuatro leguas más lejos, sobre el Océano Pacífico, los otros para entrar en el interior del país. La ciudad de Rivas, que es hoy el último refugio de la expedición de Walker, es el primer punto de alguna importancia donde yo permanecí. Conocida hoy por de Nicaragua, está citada en las Memorias del Obispo Las Casas, como una de las villas más importantes de la América, en la época de la conquista española. De Rivas a León, actual capital de este Estado, hay cerca de cuarenta leguas de distancia: se camina a caballo por caminos apenas abiertos en la espesura de los bosques, a los cuales, sin embargo, se les da pomposo título de

camino real. En estas jornadas al viajero esperan dificultades y privaciones de todo género; pero a pesar de esas privaciones y dificultades, el camino es lleno de encantos y distracciones: la naturaleza es ahí muy bella y muy variada: los árboles, las rocas, las aguas mugidoras, los volcanes, cuyos soplos formidables hacen oír ecos subterráneos semejantes a las descargas de la artillería en un lejano campo de batalla; todo admira y conmueve!

Se camina sin saber a dónde se va; pero aún esta ignorancia misma, es un atractivo de más para el viajero.

Allí aparta el camino de León, pasando las diversas fases del Mombacho, volcán ya apagado que cubre a Granada con su sombra. Se pasa, después, en derredor de un compañero, el volcán de Masaya, que los españoles llamaban: Boca del Infierno. En los extraños dentellones que coronan su cima, hay cierta cosa que da espanto; durante el día se distingue una inmensa columna de vapor blanco y amarillento que constantemente se eleva a una considerable altura, y que, por la noche se cambia en fuego. Desde las escarpadas orillas del lago de Nindirí, que por un lado baña su base, yo permanecí largo tiempo considerándolo después de ponerse el sol. Admiraba allí sus rojizos reflejos, brillando ya sobre las superficies de las aguas, ya coloreando, a la siniestra, los vastos campos de lava, que se extienden al Noroeste.

Saliendo de la villa de Managua, se camina, durante todo un día, por las rocas que circundan el lago del mismo nombre, menos grande que el de Nicaragua, con el cual se comunica por la rivera de Panolaya; pero aunque es menos extenso, sus inmediaciones presentan vistas más pintorescas; las montañas están mejor cortadas y el Momotombito, que se eleva al Noroeste, forma un islote, a una legua de la playa, que parece un paisaje. Se divisa luego el Momotombo que se avanza en el lago como un gigante promontorio de una altura de más de siete mil pies: luego continuando del Sudoeste al Nordeste, mide la vista en una extensión de quince leguas, una cordillera o cadena de conos, más o menos elevados, de los cuales, siete tienen el nombre de volcán.

Nada he visto tan majestuoso, señores, como esa serie de cimas contempladas desde la torre de la Catedral de León, una hora antes de ponerse el Sol. Es un espectáculo del que yo no podía apartar mis miradas y que cada vez contemplaba con nuevo y mayor entusiasmo. Entre estos volcanes y las colinas que rodean el Océano Pacífico, yo admiraba la llanura de León, una de las más ricas y hermosas del mundo. Al Oriente, el Momotombo forma el Lago de Managua, una bahía célebre por el recuerdo de una antigua ciudad, cuyas dulzuras y criminales placeres le merecieron, según las tradiciones indianas el mismo castigo que Sodoma. Los indígenas han conservado esa memoria en sus cantos, que he recogido, lo mismo que su música; y ellos muestran con espanto, los escombros de aquella ciudad maldita; escombros aún visibles bajo el espejo de las aguas. No lejos de allí los españoles habían edificado la primera ciudad de León, a la cual se da en lengua del país, el antiguo nombre de Nagarando o Xolotlán en la de los mexicanos; pero el temor de una catástrofe análoga a la que se concibe, produce una inundación,

hizo que se situase a siete leguas más lejos, en el suelo de la indiana vida de Sutiaba, que aún, hoy día, forma uno de sus barrios o arrabales.

Dirigiendo mis miradas al Oeste, distinguí desde la torre de la Catedral de León, los pobres edificios de la Villa de Realejo, que es hoy el puerto más importante de aquella costa, bañada por las azules ondas del Océano Pacífico.

Allí me embarqué, después de dos meses de permanencia en el Estado de Nicaragua. Atravesando el Golfo de Fonseca para dirigirme al Estado de El Salvador, visité de paso, el grupo de islas conocido con el nombre de Archipiélago de Amapala; la principal es la Isla del Tigre tan largo tiempo disputada entre los ingleses y los americanos, que instintivamente adivinan en ella, la importancia futura que debe tener en las costas del Pacífico.

El Estado de El Salvador, a donde arribé por el Puerto de Conchagua, llamado de la Unión, es el menos extenso de toda la América Central; pero es el más poblado y el más floreciente respecto a la industria y al Comercio. San Miguel, donde permanecí algunos días, es una ciudad importante situada en un valle caliente y malsano, al pie del volcán del mismo nombre cuyas erupciones le amenazan sin cesar. Es ciudad célebre por las dos ferias que tiene anualmente y que atraen gran concurrencia de extranjeros, aún de las remotidades del Perú.

Saliendo de San Miguel para internarse en el Estado de El Salvador, se comienza a subir los primeros escalones de la Cordillera de los Andes, cuyas desnudas y escarpadas cimas, recuerdan los subterráneos fuegos que las han producido, y que todavía, no dejan de causar frecuentes ruinas. Al segundo día de camino, se llega por entre profundas simas, a las llanuras de Umaña que son de una admirable fertilidad. Pero lo que atrajo mis atentas miradas, no fué tanto el espectáculo de la industria y la agricultura, cuanto los bellos e imponentes paisajes del valle de Lempa, que forman un verdadero panorama. Aun en este momento me parece ver las transparentes ondas de aquel río, corriendo por el fondo de la campiña, como una gran serpiente plateada reflejando las rocas de granito, cuya base bañan sus aguas; y allá en azul lontananza, las humeantes cimas de los volcanes de San Salvador que sirven de último término a tan sublime cuadro. Yo no sé cómo pintaros, el tinte verdaderamente bíblico, que, el sol naciente da a la naturaleza americana, cuyas bellezas me recuerdan involuntariamente, las poéticas descripciones de Lamartine y Chateaubriand nos han hecho del Jordán y del Líbano.

Sin quererlo, señores, me abandono al sublime recuerdo de aquella perspectiva. Pero, me apresuro como vosotros, a alejar, de mí, aquel bello río con sus colinas y hermosos tintes; y abrevio este viaje para no abusar de vuestra paciencia. Dejando la ciudad de San Vicente con el volcán del mismo nombre, que se levanta sobre ella, subí las montañas por donde me conduje a Cojutepeque, donde ahora reside el Gobierno de San Salvador. Yo dirigí antes de bajar entre los muchos y cercanos precipicios del camino una mirada sobre las hermosas llanuras

de Jiboa, tras de las cuales se muestra como una espalda de ballena, el Volcán de San Salvador, y allá en lontananza, las primeras cimas de los de Guatemala.

Cojutepeque es una pequeña población, mitad de ladinos, mitad de indios; muy pintoresca, edificada sobre una de las faldas de la cordillera, y, como las otras, situada bajo un pico volcánico del mismo nombre. ¿Y qué población hay en aquel país que no tenga a su lado algún volcán apagado o ardiendo? Después del terremoto acaecido en el mes de abril de 1854 que destruyó, casi en su totalidad, la ciudad de San Salvador, se han trasladado a Cojutepeque tanto el Gobierno Civil como el Eclesiástico. Nada hay tan gracioso y bello como esa pequeña ciudad, a cinco mil pies de altura, en la cordillera, cuando uno se aproxima a ella, saliendo de los áridos abismos que ciñen su base; y sus inmediaciones son aún más pintorescas. El Lago de Xilopango, que la baña al Sudoeste, corre por entre unas rocas, cuya figura recuerda el Lago de los Cuatro Cantones; pero en vez de las capas de nieve y escarcha que durante seis meses mantienen envuelta a la Suiza, allí hay una eterna primavera; y las cálidas brisas del Xilopango están perfumadas con las suaves aromas de las flores tropicales. En lugar de la capilla, donde la tradición helvética supone el desembarque de Guillermo Tell, la tradición supersticiosa de los indios reviste de un misterioso terror, la gruta donde la diosa de las Aguas, viene a pedirles cada año un sacrificio inhumano. Yo he oído durante mi permanencia en Centro América los maravillosos romances de que se compone la leyenda popular, con el mismo cuidado que las tradiciones históricas de que abundan aquellos países.

El Lago de Xilopango (así como las otras fuentes de su género, tan numerosas al pie de los volcanes) había sido consagrado primitivamente a los genios de las aguas. La antigua nación de los Toltecas, cuyos restos se dispersaron, en el duodécimo siglo, por diversas regiones, había llevado allá con su civilización, las numerosas divinidades a las cuales rendían un culto supersticioso.

Tlaloc era adorado en México, como el dios del Rayo y de la Tempestad que precede a la lluvia fecundadora: su mujer Xochiquetzala, llamada en Tlaxcala Matlalcuaya, o la señora del vestido azul, participaba de sus honores, y a ella era a la que particularmente rendían sus homenajes muchas comarcas de la América Central. Cada año, en la época en que las milpas o plantillas de maíz estaban ya para sazonar, se hacía a la diosa el sacrificio de cuatro mujeres jóvenes elegidas entre las familias nobles del país: se les adornaba con traje de fiesta, se les coronaba de flores y se les conducía en ricas andas a la orilla de las aguas sagradas donde se hacía el sacrificio. Los sacerdotes vestidos de largas túnicas flotantes, con la cabeza ceñida por una mitra ornada de plumas, marchaban delante de las andas llevando en las manos los braserillos metálicos en que se quemaba el incienso de copal. La villa de Xilopango, célebre por su templo, estaba inmediata al lago del mismo nombre, cuya etimología hace alusión a las mazorcas de maíz tierno (xilot, grano de maíz tierno) estaba dedicado a la diosa Xochiquetzala

a quien se ofrecían las jóvenes víctimas, como precipitándolas al abismo desde la cima de la roca. En el momento de hacer tan inhumano sacrificio, los sacerdotes se dirigían a cada una de las cuatro vírgenes: para disipar de su imaginación el horror a la muerte, les hacían un risueño cuadro de las delicias de que ellas iban a gozar en la sociedad de los dioses; y les recomendaban que no se olvidasen de la tierra de donde habían salido, suplicando a la divinidad a donde se les enviaba, que fuese propicia para las próximas cosechas. Se refiere, que, en los últimos tiempos, cuando ya se difundió por todas partes la noticia de la conquista de México por los españoles, una de esas jóvenes temiendo la suerte que se le preparaba a la vista de sus compañeras que acababan de desaparecer sobre las aguas, protestó contra su destino, y amenazó a los sacerdotes con que en vez de aplacar a los dioses excitarían su cólera contra la nación si se le hacía perecer. Sus palabras tuvieron (según se dice) el efecto que ella esperaba y el pueblo espantado impidió que se le precipitase al agua. Más de tres siglos, señores, han transcurrido desde aquella época y sin embargo, los indios no han olvidado sus antiguas tradiciones. Con una obstinación que nada puede doblegar cuando se trata de sus costumbres, ellos celebran todavía, en muchos lugares, ritos ocultos, recuerdos de su pasada idolatría. En Xilopango ya no sacrifican las cuatro jóvenes a la Diosa de Las Aguas; pero se dice generalmente, que cada año, en la misma época citada, se le ofrece un niño sin bautizar. Yo ignoro si lo arrojan al agua, pero se asegura que lo colocan a la entrada de una gruta sobre el lago, y que la Diosa, saliendo de las ondas en figura de una hermosa mujer con cuerpo de serpiente, lo levanta y lleva al fondo del abismo. Con la curiosidad de observar este hecho bajé a la orilla del lago. Tomé una canoa que estaba sujeta al tronco de un árbol, y dos indios me condujeron. Yo les hablé de las tradiciones del país, haciéndoles beber un vaso de aguardiente refinado. Ellos sonrieron mirándome y sacudiendo la cabeza, porque es raro que respondan inmediata y francamente a esta especie de preguntas. Firme en mi objeto les pregunté si era verdad que se había ofrecido el año anterior una víctima a la mujer serpiente. "¿Por qué nó?—me contestaron—puesto que era el único modo de obtener cosechas? y ¡la última ha sido tan buena! El año precedente hubo hambre y la causa ha sido el haber despreciado a la señora de la Laguna". Quise entonces que me condujesen a la gruta, pero ellos se rehusaron con varios pretextos. Un pescador ladino (civilizado a la española) en cuya casa comí algunos pescados, al regreso de mi excursión, me aseguró haber descubierto un día, una gruta, por casualidad, conduciendo su barca entre las rocas; pero que no se había atrevido a entrar en ella, por temor de los indios, y que había visto a la entrada, algunas piedras sobrepuestas, y sobre una de ellas, pedazos de papel quemado y de copal.

Para pasar de Cojutepeque a la ciudad de San Salvador, caminé durante medio día por entre las escarpadas peñas de las cimas dentelladas, que rodean el lago de Xilopango: atravesando todas las fragosidades de la montaña yo meditaba en la Mitología Mexicana: mi imaginación me representaba escenas crueles y cuando el sol desapareció tras

las montañas, creí ver levantarse, en medio del crepúsculo de la tarde, los espectros de aquellos sacerdotes bárbaros con las sombras de sus tiernas víctimas que se preparaban a ofrecer al Genio de las Aguas.

Al siguiente día llegué a San Salvador. En las inmediaciones de esta ciudad se atraviesan quebradas profundas, en donde, bajo mil laberintos de frondosa verdura, corren límpidos riachuelos hijos del volcán cercano; pues, lo repito, cada ciudad tiene, por decirlo así, el suyo. Condújeme por entre calles de una maravillosa vegetación, en donde los frutos y las flores, se dan a un tiempo sobre el mismo árbol y no dejaba de admirar las riquezas que la naturaleza ostenta en aquellos lugares. ¡Cuánto halagan los sentidos tan admirables bellezas!... Pero al entrar en las primeras calles de la ciudad,! qué aspecto tan desconsolador! Las casas destruídas totalmente, los muros amenazando ruina, las iglesias, los templos caídos o ya para caer: por todas partes escombros, por todas partes la destrucción más espantosa. Las calles, las plazas, los callejones, todo presenta el mismo espectáculo. Hacía menos de un año San Salvador era una de las ciudades más florecientes de la América Central; era nombrada por su lujo, por sus placeres, y acaso también, por sus culpables voluptuosidades. El lugar en que está situada semejante a los amenos valles de la Pentápolis antigua, presenta, a la vista encantos de toda especie. La naturaleza derrama allí con prodigalidad sus dones más exquisitos.... Sin embargo, durante los austeros días de la penitencia, la mano de Dios ha pasado sobre esa ciudad. En la noche del jueves a viernes Santo del año de 1854, el pueblo acababa de salir de las iglesias, en donde el Santo de los Santos estaba velado en un monumento conmemorativo de la muerte del Redentor. De repente se hicieron sentir repetidas oscilaciones: la tierra tembló, ¿qué digo? se estremeció; se conmovió de arriba abajo; en un momento salieron los edificios de sus más sólidas bases y cayeron sobre sus propios cimientos: luego, por un cambio súbito, los sacudimientos se hicieron horizontales y todo vaciló y cayó. Un momento después, la ciudad no era más que una vasta ruina. En el primer choque, la multitud de habitantes corría por las calles y las plazas, despavorida, hincándose, llorando, golpeándose el pecho y confesando a gritos, los pecados, que, pocas horas antes habían confesado en secreto pidiendo a Dios suavizase y detuviese los efectos del terremoto.

En tan terrible conflicto, el piadoso Obispo Saldaña, huyendo de su Palacio ya vacilante, y olvidándose de sí mismo, había acudido a su grey desconsolada, prodigando a todos, el buen pastor, los consuelos que sólo la religión puede dar en tan penosos casos.

Pocos segundos bastaron para que tuviese lugar esa ruina general. Nada podía remediarlo y las madres de familia no tenían otro recurso que alejarse de aquel teatro de desolación, para ir a buscar asilo a otra parte. Afortunadamente, pocas personas habían perecido. Mientras que el gobierno dictaba sus providencias para impedir las funestas consecuencias de semejante catástrofe el Obispo, a pié, en medio de la obscuridad de la noche, se puso en camino para la ciudad más inmediata. Las

mujeres y los niños seguían llorando, los pasos de su pastor: confundidos así en una misma calamidad los ricos patricios y los pobres hijos del pueblo o los indios conquistados, marchaban, unidos, en busca de un alivio.

Menos de un año había transcurrido desde la fecha de este acontecimiento cuando yo pasé por las ruinas de San Salvador. Algunas casas comenzaban a reedificarse; pero el gobierno, temiendo la vecindad del volcán que ha sido tantas veces fatal, había resuelto edificar una nueva capital a tres leguas de distancia hacia el Oeste, en la llanura de Santa Tecla. Sin embargo, no se ha logrado que los salvadoreños olviden su ciudad querida: semejantes a los habitantes del Pórtico que no temen los furores del Vesubio, la mayor parte ha vuelto a sus arruinados hogares. Ellos reedifican sus casas seducidos por aquella naturaleza siempre bella, cuyos encantos han arrullado su infancia. No obstante, ¡desgraciados de ellos, si la tierra llega e entreabirse, al punto simplemente de conmover los edificios! Cuando se anda allí, resuena el piso, huecamente, como si sólo hubiese una capa de tierra sobre un ignoto abismo; y se sospecha que hay abajo una laguna subterránea.

De San Salvador a Guatemala, pasando por Sonsonate, a donde me dirigí en seguida, el camino va por las altas cumbres de Apaneca. Se baja después a Ahuachapán, villa célebre por sus aguas volcánicas, que abastecen a toda la comarca, de colores minerales ya preparados. Poco más lejos se llega al límite de los Estados de El Salvador y Guatemala, formado naturalmente por quebradas profundas, en donde corre el río de Paz o "paxa", es decir, agua que divide. Se sube, en seguida, la cordillera y no se camina mucho, sin tener a la vista las soberbias cimas de los volcanes guatemaltecos reunidos como un grupo de pirámides titánicas.

Pero me apresuro, señores, a llevaros entre los indios de Vera-Paz y hablaros de sus ciudades arruinadas y de las tradiciones, tan vivas todavía de su antigua grandeza. Mas no podré hablar de Guatemala, sin mencionar, ante el público selecto e ilustrado que me escucha, la acogida tan hospitalaria que obtuve en aquella capital. Como francés, como viajero, yo debo manifestar aquí la expresión de mi reconocimiento por la benevolencia general que se me dispensó en aquel país lejano; por el verdadero interés que me han manifestado todos los guatemaltecos esclarecidos (sin distinción de opiniones políticas), miembros del Gobierno, del Clero, de las Corporaciones religiosas, de la Facultad de Medicina, de la Universidad; y por la ayuda en fin, que han prestado a mis investigaciones. Debo en particular, las gracias al señor Arzobispo de Guatemala, no menos ilustre, por las curiosas Memorias que ha publicado, sobre la historia de su país, que por sus virtudes y su rango; y al Doctor Padilla, cuyas sabias investigaciones obtendrán, sin ninguna duda, la aprobación de la ciencia histórica.

Gracias a esas benévolas disposiciones yo he podido completar sin mucho trabajo documentos de que carecía para acabar mi "Historia de las naciones civilizadas de México y de la América Central, anterio-

res a Colón". Con tan favorable auxilio ha sido como pude reunir muchos monumentos curiosos de filología y de etnografía: así pude también recorrer felizmente la Vera-Paz, provincia poco conocida de los europeos, y aprender, en mis relaciones íntimas con los indios, su idioma, sus costumbres y sus tradiciones.

Es menester ir a aquellos países, para saber con cuánta tenacidad han conservado los indios las antiguas costumbres de sus padres. La ley española les obligaba, al principio de la conquista, a dejarse bautizar; y yo he tenido ocasión más que ningún otro, de deplorar este fatal sistema de violencia para hacer entrar a los indios a la Iglesia. Si ellos reciben exteriormente algunos sacramentos, si asisten a las ceremonias católicas, es, por desgracia, muy frecuentemente para alterarlas y mezclarlas con sus ritos reprobados. En muchos lugares, las supersticiones de la idolatría, se hallan confundidas con nuestra liturgia, sin que los indios sean capaces de distinguir lo verdadero de lo falso. Mas en otros parajes ellos no son cristianos sino de nombre, mientras que, en el fondo de su corazón, no solamente son idólatras a ciencia cierta, sino enemigos jurados de la fe cristiana. Se arrodillan ante las cruces y los altares; pero bajo esos altares y tras esas cruces, colocaron ídolos a los cuales rendirán su verdadero homenaje. Os diré lo que apenas es creíble. Las festividades de los Santos del Calendario son celebradas en cada villa, por cofradías, cuyos individuos pagan a escote los gastos de esas solemnidades. Pues bien, señores, en los tiempos más inmediatos a la conquista española, hubo (a ciencia y paciencia de muchos Curas) en casa de los indios y sobre todo, en las grandes villas llamadas de los "Altos de Guatemala" hubo, digo, cofradías fundadas en honor de Judas, de aquel traidor infame que dió el beso al Salvador. Estas cofradías existen, y es regularmente en las grutas desiertas e ignoradas donde ellas celebran sus fiestas, las cuales, la principal, coincide con el Viernes Santo. Lo que en ellas hacen, no lo sé. Cómo fueron imaginadas y fundadas, cómo han podido perpetuarse hasta nuestros días, sólo lo explica el odio contra el cristianismo; sobre todo si averiguamos de qué manera fué introducida en aquellos países, una religión toda de paz.

Además, se sabe muy bien con qué espíritu recibía los santos Sacramentos un gran número de indios, en los primeros años de la conquista. Esos mismos religiosos, cuyas crónicas refieren la conversión de los indios, dan multitud de pruebas de su idolatría. Mientras que la jerarquía católica se organizaba en México, en Guatemala y otros puntos, la antigua jerarquía idólatra se reconstituía por todas partes bajo una forma misteriosa. El Jefe Supremo del Sacerdocio en la América Central, tenía su silla en Samayac, cerca de treinta leguas al Oeste de Guatemala. Allí donde él estaba, había obispos, había sacerdotes idólatras con un poder análogo: había párrocos o religiosos, ministros inferiores del mismo grado. Antes de ir a la iglesia para bautizar a su hijo, el padre de familia indio, introducía al ministro idólatra, que practicaba sus ritos a su modo. A los siete años se confirmaba el niño en nagualismo; y así es como el Obispo de Chiapas, Núñez de la Vega, lo dice en sus Constituciones Diocesanas. El matrimonio en la iglesia

era precedido, como hoy, de una serie de ceremonias antiguas. Si un hombre era oleado en una grave enfermedad el nagualista venía a lavarle la Extrema-unción, en todos los miembros en donde la había recibido.

¡Y se extrañará, señores, que aquellos pueblos estén todavía tan apegados a sus costumbres! Sin duda ha desaparecido un gran número de ellas. La jerarquía sacerdotal de Samayac, descubierta en 1703 por el Padre Marcelo de Jesús, fué disuelta y sus individuos condenados en Guatemala a prisión por toda su vida! ¡Pero cuántas huellas dejó en pos de sí! Yo poseo un calendario de los días y de las fiestas idólatras, que apenas data de tres o cuatro años: está en lengua quiché y es el calendario que guía aún, a veinte mil indios de Santa Catarina Ixtahuacán; se encuentra en él toda la ciencia astrológica usada por los sacerdotes de hoy día; y allí se leen sus nombres, sus habitaciones y los nombres de los lugares donde continúan haciendo sus sacrificios. Las plegarias que contiene son una mezcla sacrílega, donde algunos de los nombres más augustos de nuestra religión van unidos a la idolatría más grosera. Del señor Arzobispo de Guatemala, es de quien hube este curioso ritual: este prelado que conoce todos aquellos pormenores los llora profundamente y espera del cielo el milagro, que sólo él puede obrar, cual es el de abrir los ojos a aquella porción, tan numerosa de su rebaño.

Los Altos de Guatemala, donde tales cosas pasan, eran parte, en otro tiempo, del antiguo Reino del Quiché, del cual los Príncipes de la Vera-Paz, eran tributarios. En esta última comarca las supersticiones son menos vivaces; los indios en realidad, más cristianos, merced a los primeros religiosos que, con Las Casas, impidieron a los españoles entrar allí de mano armada. El río Motagua que corre al Norte, en el golfo de Honduras, es el límite natural de la Vera-Paz y de la provincia propiamente dicha de Guatemala. Las montañas allí son tan elevadas y tan unidas al mismo tiempo, que el viajero se ve constantemente obligado a subir y a bajar del clima más templado al más caliente, de la cima de un pinal al fondo de un precipicio, donde las aguas corren susurrando por entre un cauce de mármol bajo bancos de flores y verdura. Desde las cumbres de Beleh-Qechén (las nueve montañas) se descubre en un inmenso panorama la ciudad de Guatemala, situada sobre una meseta, a cinco mil pies de altura sobre el nivel del mar: ella aparece con sus volcanes en un horizonte de más de veinte leguas, cual si estuviese a vuestros pies. Descendiendo de esas cimas gigantescas por el lado opuesto, es cuando la vista descubre la llanuras de Vera-Paz, Rabinal, cuyo nombre recuerda una tribu poderosa rival del Quiché; se muestra en lontananza en medio de un magnífico valle; en todo su contorno, se destacan, como grandes brazos, inmensas arboledas rodeando a lo lejos las llanuras inferiores hasta las riberas del majestuoso Usumlacinta, que va a perderse en el golfo de México. Antes de mi llegada nadie hablaba de las muchas ruinas de que están llenas aquellas montañas. Gané la confianza de los indios y les referí sus propias tradiciones: ellos me condujeron voluntariamente a Nimponkom, capital de la poderosa nación de los Pokomanes, cuyo territorio contiene tal vez, más de cien

mil almas. Sobre un picacho inmenso que está sobre Rabinal, a una altura de mil quinientos pies, se levantan los restos de esa ciudad perdida, y sus elegantes pirámides dominan un panorama cuya grandeza no me es posible describir.

Cada semana, los indios que yo tomaba por guías, me hacían conocer nuevos vestigios: ellos gozaban de mi propio placer y de mi admiración. Así conocí Cakyug, última villa de los rabinalenses, de donde los religiosos les hicieron bajar a la llanura, para edificar su población actual a una legua de la antigua ciudad. Así conocí, una por una, las ruinas de Xeocok, de Cubul y de Zamaneb, antigua cuna de Rabinal y villa de inmensas ruinas, situada en un punto culminante de la cordillera de Xoyabah desde donde domina las curvas del río grangrande: luego Cawinal, sobre la otra ribera del Usumacinta, una de las cuatro villas principales del Quiché y luego Panzuh, Tzalam, Xeminachun etc. Por todas partes hallé restos más o menos conservados: por todas partes mis indios guías, sabían referirme tradiciones llenas de interés, relativas a su existencia.

La mayor parte de estos nombres, los hallé después consignados en un manuscrito, en lengua cachiquel que actualmente estoy traduciendo. Esas villas habían sido conquistadas por un Rey del Quiché llamado Quikab, quien por sus hazañas y ciencia mágica había merecido el sobrenombre de Encantado. Así es que entre los antiguos toltecas, la magia hace un gran papel en todas las historias de la América Central. La palabra nagual, que quiere decir: "todo ciencia" o "ciencia de todo", es frecuentemente empleada para expresar la hechicería o brujería, en esas poblaciones: de allí viene la palabra nagualismo aplicada por los misioneros españoles, a los ritos y encantamientos de que los sacerdotes idólatras usan todavía, aunque ocultamente.

El Rey Quikab, a quien acabo de mencionar, sabía tomar diferentes formas, siéndole familiares las de león y de tigre En su juventud había sido el más grande de los conquistadores del Quiché; pero el arte de la magia no le fué menos útil que las armas para lograr sus conquistas. Hacia la ardiente costa, cercana al Océano Pacífico, los habitantes de Petatayub le oponían una invencible resistencia. Una montaña intransitable amurallaba la ciudad, haciendo casi imposible llegar a ella; y, refiere la tradición que Quicab, con un sólo golpe de su espada encantada, partió la montaña como cuando el rayo hace pedazos la roca más dura.

En la poesía de sus ideas, los indios animan y dan vida a la naturaleza entera y de ella es de donde su antigua religión parece derivar sus dogmas. El rayo que truena, la tierra que tiembla, el volcán que retumba, el viento que agita las hojas de los árboles, las nubes que pasan en torbellino sobre la llanura o sobre la superficie de las aguas, la seca que destruye la simiente, antes de su madurez; todo, todo se representa allá con más o menos animación. Aún hoy día, a cada una de estas cosas, se da su espíritu o genio invisible, que participa de la divinidad

que se halla en todas partes. El genio de los volcanes se llama el Corazón de la montaña (ri Qux huyú). El es quien arroja la llama y la lava en el cráter.

En una erupción terrible que afligió a la nación cachiquel, aún errante, su jefe Gagawitz, anunció que él iba a combatir al genio que los atormentaba. Voy a referir textualmente, señores. Gagawitz volvió al cabo de dos días y exclamó así: "El Corazón de la montaña se ha rendido como prisionero mío: él es, pues, mi cautivo, oh hermanos míos, oh ascendientes míos! Cuando el corazón de la montaña comenzó a abrirse, sabed que el fuego derritió la piedra: esa piedra es la que se llama quemada en blanco, y no es una esmeralda. Pero allí hay otras tres piedras que forman unidas, la Corte y el baile del Corazón del monte Gagxanul. Ese baile se ejecuta con un gran estrépito: una multitud de pueblos toma parte en él, y los ruidos formidables que allí se escuchan, no se puedan calcular ni expresar".

Tal es, señores, la leyenda de los volcanes: ella ha dado origen al drama baile, llamado Xtzul o de mil pies, que se ejecuta todavía en algunos pueblos de indios del Estado de Guatemala. ¿Quién no comprenderá las alusiones? Los indios completan la leyenda de una manera no menos pintoresca.

Dicen, pues, que Quikab, el Encantador, carecía de hombres para continuar sus conquistas. Sus vasallos ya fatigados se rehusaban a servirle. Pero ¿qué le faltaba sobre todo? El instrumento terrible del corazón de la montaña, el tun o tambor sagrado de madera hueca, que los mexicanos llamaban Teponaztli, a cuyo son, las piedras preciosas del volcán, danzaban en su fondo. Al ruido de ese tun, si él podía conseguirlo, los pueblos vendrían a unirse desde las más lejanas comarcas: del fondo de las quebradas y precipicios, los soldados saldrían para marchar, bajo sus órdenes a la conquista de la América. Como otra vez Gagawitz, Quikab penetró con su magia en las entrañas del monte Gagxanul: arrebató de allí el formidable instrumento, y bien pronto a sus redobles que hacen tamblar las naciones, sus ejércitos se engrosaron de todas partes. Acabó sus conquistas, y aún las comarcas del lejano Oriente (Honduras), agrega la tradición, se sujetaron al yugo del Rey Quikab.

Cuando éste se encontró señor absoluto de aquella tierra, encerró el tun sagrado en el monte Kozintum, donde ninguno puede verlo, pero todas las noches se ven desde Rabinal, las misteriosas llamas que indican su presencia. ¡Dichoso quien pueda penetrar allí! Ese se hará dueño de las inmensas riquezas de los reyes del Quiché, y con el auxilio del tambor del Rey Quikab, reunirá a todos los indios, bajo un mismo cetro, y reinará sobre la América entera.

EL VOLCAN DE AGUA Y LA INUNDACION DE LA CIUDAD DE GUATEMALA

El morador de las cercanías del pueblo de Ciudad Vieja, que tenga que pasar frecuentemente por sus arenosas calles, al lado de su antigua iglesia, de su casa conventual, medio arruinada, y de los escombros de otros edificios, no podrá dejar muchas veces de traer a la memoria el pasado de ese lugar; se transporta el pensamiento a la época en que allí estuvo la capital del Reino de Guatemala, cuando el país acababa de ser conquistado por valientes aventureros.

Poseído el ánimo de estos recuerdos, se presentan a la imaginación las sombras de los primeros moradores: los Alvarado, de la Cueva, Portocarrero, Bernal Díaz, la *Sin Ventura*—doña Beatriz, y señoras que la acompañaban, el Obispo Marroquín y los religiosos que, trabajando por establecer una nueva creencia, construían allí desde luego, suntuosos templos, a fin de deslumbrar y atraer a sus neófitos con el esplendor del culto católico. En los días en que se celebra en el pueblo alguna de sus grandes fiestas, la alucinación puede ser mayor aún. Figúrese el lector ver en las calles, formadas de cercas de plantas verdes, o dentro de los patios y sitios, sembrados de árboles, a hombres vestidos, de guerreros (moros o cristianos), con carcax y relucientes trajes de colores vivos, y si es en los días de Semana Santa, con túnica y atavios, que, según su entender, representan personajes de la Pasión; al mismo tiempo el sonido de trompetas, chirimías, tambores, y otros instrumentos músicos, todo esto, en fin, visto y oído de lejos, no puede menos de ser interesante bajo aquellas impresiones.

Pasando a otro orden de ideas, producidas por los mismos recuerdos, como son la ruina de la ciudad que comenzaba a existir allí, la causa a que se ha atribuído la inundación; estos hechos indudablemente notables, convidan a su estudio al propio tiempo.

Se alza a la vista y se contempla ese hermoso y sin igual "Volcán de Agua", en cuyas faldas se asienta el pueblo de Ciudad Vieja. En el mismo lugar evidentemente, estuvo la capital, y a esa situación fué debido el desastre; pero ¿sería del cráter mismo del volcán de donde bajara el torrente que la destruyó, como tanto se ha dicho y escrito?—Y el nombre con que es conocido el volcán, ¿lo tiene por ese suceso, como lo han asegurado y repetido algunos historiadores, o lo tenía desde antes?

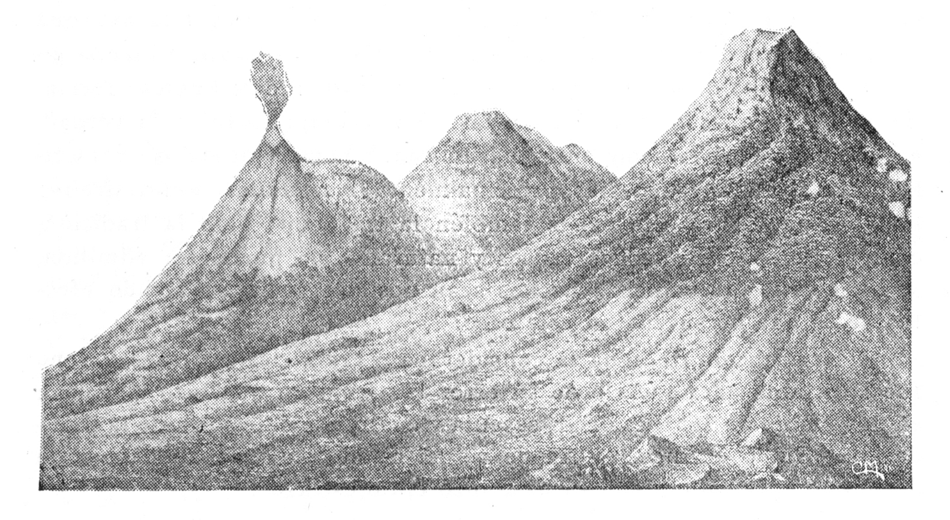
I.

Pareciendo bueno el sitio en que se habían establecido los conquistadores, y que se llamaba "Bulbuxyá" o "Tzacualpa", don Jorge de Alvarado, estando ausente su hermano el Adelantado, dispuso hacer allí

formal y solemne fundación de la capital del nuevo Reino. Así se verificó en 22 de noviembre de 1527, señalándose las calles y plazas, los sitios para hospital, ayuntamiento, cárceles, ermitas, etc. Quedó además acordado en dicho día, que todos los años se conmemorara esa fecha con fiestas públicas, civiles, y religiosas.

Si no se supiera por las crónicas y relatos contemporáneos el acontecimiento que dió por resultado la traslación de la ciudad, del lugar en que había sido fundada, al valle de "Panchoy" o "Pancán", sería bastante la tradición que se ha conservado, y que después del transcurso del tiempo relativamente corto, no podría dejar de ser verídica.

Se sabe, pues, que apenas contaba catorce años de floreciente existencia la ciudad de Santiago cuando en diez de septiembre de 1541, en ocasión en que caían abundantes lluvias, que por varios días consecutivos se habían sucedido, y momentos después de sentirse un fuerte y



Volcanes de Agua y de Fuego, vistos desde la Antigua Guatemala

prolongado temblor de tierra, a eso de las nueve de la noche, comenzó a bajar del volcán una terrible avenida. Venía precedida de un ruido aterrador, a causa de las piedras y árboles que arrastraba; se dirigió sobre la ciudad, penetrando por sus calles, arrasando edificios y casas, enterrando y destruyendo todo a su paso.

Ya se comprende el susto de los desgraciados moradores, y más aún si se considera que al mismo tiempo que eso sucedía, según refieren los cronistas, el volcán llamado "de Fuego" estaba en erupción, retumbaba con estrépito, arrojando cenizas incandescentes, cuyos reflejos parecían llamas; en la cúspide se había formado una gran tempestad: los rayos y los truenos percibíanse desde la ciudad inundada.

Una calamidad tan terrible y con tantas complicaciones, sin precedente hasta entonces para los conquistadores, debió de impresionar los ánimos en gran manera, y no la olvidarían ni un momento los que

sobrevivieron a ella. Muchas y muy sensibles fueron las pérdidas de vidas en esa catástrofe; y en cuanto a las materiales, si bien no se estimaron entonces, serían de gran consideración.

La relación de tan triste acontecimiento presenta además muchísimo interés, por las circunstancias especiales que lo acompañaron. Tal es lo que se cuenta sobre la muerte de doña Beatriz de la Cueva, viuda del Adelantado, la caridad del señor Marroquín, los sacrificios esforzados de él y de los demás vecinos que pudieron salvar, son dignos de admiración.

"Atendidas las ideas de la época"—dice Milla en la "Historia de la América Central,—" tampoco nos asombra encontrar mezcladas en la narración del suceso, consejas que engendró la superstición y a que dió creces el miedo."

Así se explicaría también cómo, sin mayor examen ni comparaciones razonables, pudo atribuírse entonces el origen del torrente, que inundó la ciudad, a una erupción de agua del mismo volcán; o bien, a un desbordamiento de su cráter, en donde anteriormente se hubiese formado un lago por el agua de las lluvias. Lo incomprensible a la verdad, es que suposiciones semejantes hayan continuado repitiéndose y escribiéndose hasta nuestros días, principalmente la segunda. Podrá decirse también que sobre ésto existe también la tradición; pero la tradición, cuando versa sobre hechos físicos y naturales, no puede ser admitida, sino en tanto que aquellos hechos sean posibles, y hayan podido efectuarse, lo que no sucede en este caso.

La erupción de agua la consideraba o creía cierta Remesal, y no fué suficiente para sacarlo de su error la ascensión que hizo al volcán en noviembre de 1651, es decir, sesenta y cuatro años después de la inundación. Subió él, dice, "a fin de ver el estado en que había quedado después que reventó y con su paso hizo tanto estrago".

"Hay, añade, grandes peñascos despedazados y en ellos se conoce la violencia del agua, que subió de abajo". Remesal se afirmó más en su creencia en vez de desecharla, ¡tanto pueden en el ánimo las preocupaciones!

Esa erupción de todo punto imposible en un volcán, y más en un volcán apagado o inactivo en una época prehistórica no debía haber sido admitida por un escritor serio, y muchas razones pudo haber encontrado el mismo Remesal para no darle crédito, ni aún con los "peñascos despedazados que observó". De la narración que hace dicho cronista se desprenden esas razones en contra de aquella suposición. Es además muy interesante en cuanto combate la otra teoría de la formación de un lago en el hueco del cráter.

En efecto, observa Remesal que no existe agua en el cráter "como algunos pensaban" y que por la naturaleza del terreno se consumía el agua que caía. El señor Milla hace notar estas observaciones de Remesal "que destruirían la hipótesis de la formación de un depósito de agua que hubiera desbordado". No quiso detenerse, sin embargo, el ilus-

trado autor de la "Historia de la América Central" en el examen de ese hecho, y aún lo que a él se refiere, tan sólo está en una nota de su apreciable obra.

Sin conocer aquella relación más antigua de las ascensiones hechas al "Volcán de Agua" y lo hizo constar Remesal entonces, cualquiera persona, que haya subido y visitado el cráter, habrá podido convencerse de que el terreno que forma su asiento es enteramente permeable, no permaneciendo allí agua: las plantas que en él se encuentran, pertenecientes a una flora alpestre muy caracterizada, indican también que el agua no se detiene.

Suponiendo, sin embargo, que en un año muy abundante en lluvía, se acopiara el agua, no sería toda ella bastante para desbordar.

Lo que propia o impropiamente se llama cráter en el "Volcán de Agua", es en su interior una planicie, casi ovalada, de unos ochenta metros de largo por sesenta de ancho, estando situado su eje mayor de Norte a Sur. Dicha planicie está rodeada de unas colinas o cerros pedregosos, que tienen como cincuenta metros de altura, menos por una parte que sólo llegará a unos quince o veinte metros. Es, pues, a manera de una gran taza, que tuviera un pedazo quitado en su borde. Esta depresión, colocada al lado Norte del cráter, es la que permite su fácil entrada; de allí mismo comienza una grande y ancha barranca que desciende en dirección a San Juan del Obispo.

Tanto los indios de Santa María de Jesús, que suben al volcán para procurarse la paja y hielo, con los cuales comercian, como los viajeros que por curiosidad y para gozar de la magnífica vista que ofrece, lo visitan, saliendo del indicado pueblo de Santa María, a medio camino atraviesan aquella barranca y siguen su dirección hasta llegar a la cúspide.

Ahora bien; si se considera que el hueco que forma el cráter tiene la profundidad indicada, que toda el agua que cae en una época de lluvias apenas pasa de un metro de altura, según las observaciones meteorológicas practicadas en la capital, se ve claramente lo imposibilidad de que se llenara alguna vez, aun bajo la suposición de que el suelo fuera inpermeable. Dicha agua recogida tendría tiempo sobrado para evaporarse durante la estación seca, sobre todo en esa elevación; de tal suerte que no podría acopiarse de un año a otro.

Si hoy no sería admisible la formación de un lago, menos se concibe que haya tenido lugar en 1541, pues según los que admiten el desbordamiento, no había depresión en ningún lado de las paredes que circundan el cráter. La estructura de esta parte, parece tan antigua como todo lo demás del mismo cráter del volcán. Así ha de haber quedado después de un cataclismo, o a consecuencia de alguna de sus erupciones, cuando estaba en actividad, en época, de la que no hay ninguna noticia, y muchos siglos antes del descubrimiento de América por Cristóbal Colón.

Inconscientemente se ha hecho notar antes, que la barranca que comienza en la parte deprimida del cráter, se dirige hacia San Juan del Obispo, no siendo hacia Ciudad Vieja. Colocados ambos pueblos en las

faldas del volcán, distan uno de otro, cerca de dos leguas. Así pues, si aquel derrame de agua hubiera podido efectuarse, no habría descendido sobre la capital de Guatemala, en el sitio que hoy ocupa Ciudad Vieja, sino en dirección del lugar, en que posteriormente se fundó el pueblo de San Juan del Obispo.

Los señores Dollfus y de Monte-Serrat, en su importante obra de geología, (1) dando por cierta la hipótesis de la formación de un depósito, dicen que: "desde 1541 el volcán no sólo no ha hechado agua, sino que un fenómeno de ese género sería imposible, pues el cráter ya no es suceptible de contenerla por estar roto en su fondo". Tal aserción probará únicamente que los autores citados habían olvidado, cuando escribieron, cómo es la disposición del cráter en la actualidad, que sí podría contener agua, siempre que a ello no se opusieran las otras causas dichas Lo mismo les sucedería al asegurar, como aseguran, que "la barranca que comienza desde la parte abierta se dirige exactamente del lado de Ciudad Vieja", la que no es así. Cuando los señores Dollfus y de Mont-Serrat hicieron la ascensión al "Volcán de Agua", según ellos mismos lo advierten, les hizo muy mal tiempo, no pudiendo permitirles estudiar bien su formación y todas sus particularidades.

Muy digno de llamar la atención es lo que los citados sabios viajeros hicieron notar, que es una razón más en contra de la hipótesis, que no tuvieron dificultad en acoger: "Pero debe reconocerse, dicen, que fué necesario un concurso desgraciado de circunstancias para que la antigua ciudad fuese víctima, pues por no tener el cráter una gran dimensión, la cantidad de agua que encerraba no era en ninguna manera suficiente para inundar el valle: no habría padecido si no fuera que sufrió el primer choque". Se ve, según lo copiado, que la poca cantidad de agua no hubiera causado el desastre, y eso "del primer choque", en una distancia tan considerable, no puede explicarse.

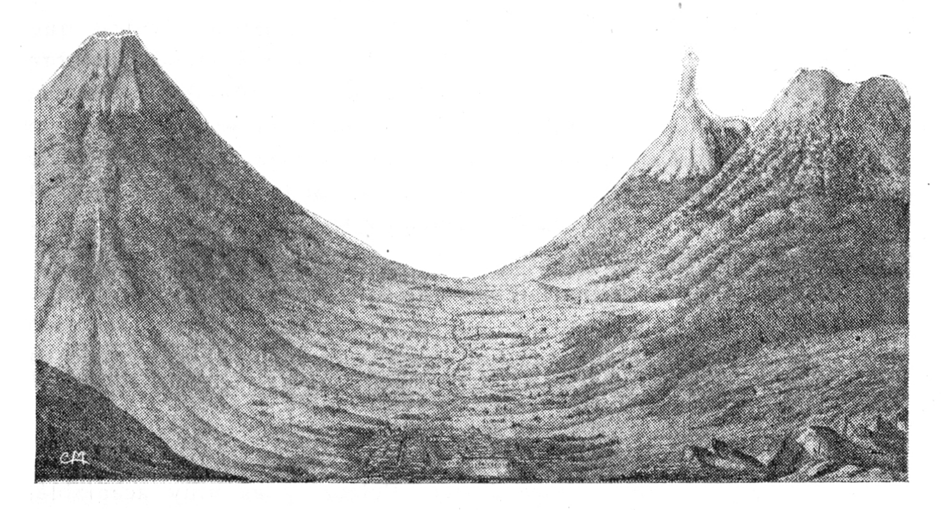
El agua que inundó la ciudad, se acopió en alguna o algunas de las barrancas que se encontraban y están arriba del lugar, no lejos de él en la falda del mismo volcán. Los derrumbamientos causados por el terremoto, en tierras sueltas y empapadas, las obstruirían, desbordando en seguida. Análogos fenómenos, físicos enteramente, y no plutónicos, se observaron en el año 1874 después del temblor de tierra del día 3 de septiembre. En esos días, así como en los de 1541, había llovido muchísimo, y los lugares de Chimachoy, Dueñas, Parramos, Pastores y otros, sufrieron efectos semejantes a los que la ciudad de Santiago experimentó. Las avenidas sobre el pueblo de Ciudad Vieja no han dejado de repetirse, después de aquella de la memorable noche del 10 de septiembre, debidas a las mismas causas, no teniendo nada que hacer con el cráter del volcán, que está siempre como era desde tiempo inmemorial.

II

Dicen los autores, últimamente citados, a continuación del párrafo recién transcrito: "Queda, pues, bien establecido que el Volcán de Agua está apagado desde tiempo ante histórico, y que su nombre le viene del

derrame accidental de un cráter-lago que existió en su cima". Se ha demostrado ya que esto último no tuvo lugar: en consecuencia, el nombre del volcán no es de ninguna manera una prueba del suceso; y lo que se ha asegurado y se repite de que lo tenga a causa del fatal acontecimiento del día 10 de septiembre de 1541 es inexacto. Razones hay para creer que no solamente los españoles lo distinguían con ese nombre antes de aquella fecha, sino que los naturales lo conocían así en su idioma.

"El Estado de Guatemala, dice García Peláez, toma este nombre del antiguo reino indígena de este título, llamado así de la expresión *Guate-z-mal-há,* que significa: cerro que arroja agua, y aunque este sea un volcán apagado, entre otros que han concluído sus erupciones, él se denomina *de agua* a diferencia de otro contiguo que se titula *de fuego.* Es, pues, como si se llamase estado y reino del "volcán de agua". En realidad es el volcán un cono que sobresale en el valle y en todo el territorio, apareciendo hermoso a la vista en todas direcciones por su regularidad."



Volcanes de Agua y de Fuego, vistos desde la cima del Volcán de Pacaya

El historiador Juarros, anterior a García Peláez, adopta también esa misma etimología, manifestando que la palabra es de la lengua *tzendal.*

Fuentes y Guzmán en su "Recordación Florida", aunque respecto al origen del nombre de Guatemala adopta otra palabra que significaría *palo de leche,* afirma en un párrafo del Capítulo I, Libro 3º, lo siguiente: "Para más clara y segura inteligencia, es menester considerar lo que dicen el P. Remesal, Herrera y Torquemada; que esta ciudad estuvo fundada entre los dos volcanes de agua el uno, y el otro de fuego. Y para inteligencia de esto se debe advertir, como muy cierto, que este gran pueblo de Goathemala estuvo y ésta fundada en la falda del Volcán de Agua, más hacia la parte del Ocaso, que en la recta derecha del Norte; y que *este,* al tiempo de la conquista de este Reino se llamaba de Goa-

themala, donde se asentó el Real y tomó la posesión en nombre de Su Majestad y se fundó y estableció esta ciudad con el mismo título, y pronombre de aquel numeroso pueblo, porque fué conocida hasta en tiempo de la inundación...." Si la palabra *"este"* se refiere al volcán es una autoridad más que se une a la de Juárros y García Peláez.

El nombre del volcán, según el cronista Vásquez, es *"Unaphú";* pero esto se entiende que sería en otro de los muchos idiomas que había y hay en el país, no siendo contradictorio con el de "Guatemala", que prevalecía más.

Siendo una montaña tan notable y que se alcanza a ver desde grandes distancias, debió llamar la atención de los primeros habitantes del suelo centroamericano, y ella era llamada a distinguir la comarca en donde descollaba, siendo más aceptable esta explicación que cualquiera otra que se haga del nombre con que encontraron los españoles al país.

El señor Milla dice en su Historia de la América Central, que "el Reino de Guatemala se llamó así de Tecpán-Guauhtemala, nombre de la capital del Reino de Cachiqueles, en lengua nahuatl o mexicana, cuyo nombre dieron a la ciudad que fundaron, y que se hizo extensivo a todo el reino". De ninguna manera destruye esta aserción el dicho de los otros apreciables historiadores citados. Si la capital era Tecpán Guatemala, si el país todo era Guatemala, y su nombre como capital y como lo debía al volcán.

Los indígenas lo llamarían *cerro de agua,* no precisamente porque arrojara agua, o por las vertientes que se encuentran en sus faldas, sino tal vez por contraposición natural al otro volcán vecino, que estando en continua actividad, más entonces que ahora, reconociéndose al fuego como autor de sus erupciones y humo, lo han de haber distinguido con el nombre que indicara sus propiedades.

Esta explicación la hace García Peláez, y es muy aceptable. Limitáronse, pues, los españoles a hacer una traducción literal del nombre del volcán y así lo reconocieron con el de "Volcán de Agua" dejando al país el nombre indígena, nombre que fueron extendiendo, más de lo que habían hecho los anteriores habitantes, a toda la región. Es probable que si no lo hubieran encontrado, ellos, por la razón dicha, de comparación entre el fuego y agua, se lo habrían dado, o bien a causa de las avenidas en sus faldas; y lo que, de una u otra manera, parece fuera de duda, es que así se llamaba antes de la inundación de la ciudad capital primitivamente fundada, y durante el tiempo que ella existió.

JUAN J. RODRIGUEZ

EN EL VOLCAN DE AGUA

Si es difícil pintar las obras maestras del arte y describir las variadas impresiones que nos causan los rasgos bellos y sublimes que el ojo más vulgar descubre en ellas, lo es mucho más sin duda, pintar los grandes cuadros de la naturaleza y hacer a otros partícipes de las impresiones que causan en nuestro espíritu.

El arte tiene sus reglas, tiene sus límites y a cada paso se encuentran términos de comparación para avalorar el mérito de los artefactos: no así en las sorprendentes obras de la naturaleza; no hay nobles términos de comparación para apreciar la sabiduría y potencia de su autor. De aquí procede la dificultad de pintar lo sublime en los grandes cuadros de la naturaleza.

Tímida la pluma, no se atreve a expresar todo lo grandioso del pensamiento, y el recelo de incurrir en exageración, debilita las expresiones, anonada las ideas y sólo la poesía puede facilitar la descripción de ciertos rasgos para un mal trazado bosquejo. Ella quisiera escribir y expresar las impresiones que siente el alma en presencia de esos cuadros sorprendentes; pero no se atreve sino a manifestar en débiles exclamaciones los arrebatos del espíritu.

Tal me sucediera al querer describir mis impresiones de unas horas pasadas en la cúspide del "Volcán de Agua".

La encantadora, virgen y lozana América, cuenta entre sus bellas y risueñas regiones, una en donde ha reunido pródiga, sus más ricos tesoros, en donde la naturaleza ostenta su más rico ropaje. Esta región privilegiada es Guatemala. Sus primeros habitadores, sin duda, los pueblos Tultecas, de donde vinieron los kichées, kachiqueles y zutugiles no fueron probablemente los que por primera vez gozaron el sin par encanto de la frescura de sus aires y serenidad de su cielo: otros pueblos de ignorado origen los habían precedido. Hoy que contamos tres siglos después de su descubrimiento por los europeos, la naturaleza se ostenta todavía tan bella y tan lozana como en lejanos tiempos en que reinaban los indios aborígenas. Mas entre los pueblos que componen la sección de Guatemala, hay uno que por la variedad de sus frutos, la fragancia de sus flores, la claridad y profusión de sus fuentes, la suavidad y dulzura de su embalsamado ambiente, la posición pintoresca de sus montes y la belleza de su siempre tranquilo y tapizado cielo, atrae la vista y las miradas del viajero. Este pueblo, es el pintoresco Departamento de Sacatepéquez.

La Antigua Guatemala, su cabecera, en otro tiempo capital de la Real Santiago, hoy llena de ruinas y de escombros, es bella por los recuerdos, como por su posición risueña y encantadora. Colocada al pie de un majestuoso y empinado volcán, parece una reina sentada al pie del elevado trofeo de sus glorias. Este volcán llamado *de agua* es el monte que le presta más hermosura, porque sembrado de frijol, maíz, algodón

y otros frutos indígenas, parece una graciosa y matizada alfombra, ya en fin por la hermosa corona de plata de que se ve ornada en la mayor parte del año, formada de alabastrina nieve.

Deseoso de contemplar más de cerca la majestad de aquel gigante, y ansiando ser testigos de grandes escenas de la naturaleza que allí tienen lugar o desde allí más cómodamente se contemplan, me determiné a subir a su frígida y glacial cumbre. Para poder estar en la cúspide a la hora de la salida del sol, del día 14 de enero, tomé el camino a las cinco de la tarde del día 13. Apenas comienza el viajero a hollar su camino, lleno de bellezas y recuerdos, se encuentra con un pueblo pintoresco llamado *San Juan del Obispo.* Al ver llenos sus callejones de grandes piedras y la plaza a cada paso sembrada de enormes y gigantescos pedregones, acordéme que estas fueron vomitadas por tan inmensa mole en la célebre inundación de 1777.

Un edificio parte reedificado por los Párrocos que han formado allí su residencia, parte arruinado y lleno de escombros, lleva escrito en su portada de piedra el nombre de su primer poseedor. Este era el inmortal obispo don Francisco Marroquín que deseando poblar la fértil falda del volcán, trató de formar allí pueblos cuyos habitadores cultivasen esas tierras. En ese pueblo, que se llamó San Juan, edificó un palacio donde iba a pasar sus temporadas, y es el edificio que hemos visto parte reedificado, parte lleno de escombros. Y de esa circunstancia le llamaron San Juan del Obispo. Adelante, la mitad de su camino, encuentra el viajero otro pueblo de indígenas llamado Santa María. Allí no hay cosa notable.

A las once de la noche salí para alcanzar la cumbre a la madrugada. Dejé el pueblo silencioso ya todo entregado al sueño y me encaminé hacia la ruta que debía dirigirme a mi objeto. Apenas había andado una legua cuando lo sublime del paraje suministróme diversos pensamientos. Era una de esas noches serenas en que la luna, recorriendo con paso lento y majestuoso su órbita al rededor de la tierra, presta a los pensamientos del alma del poeta los rasgos más sublimes y melancólicos. En medio de aquel silencio interrumpido de vez en cuando por el viento que azotaba aquella inmensa montaña, sentémete a reflexionar sobre la relación que existe entre el fin de la humanidad y de la naturaleza, entre el hombre y los seres materiales que le rodean. La idea de la humanidad, me decía a mí mismo, es tan santa, es tan bella, es tan universal, que su fin no puede sino comprender al de la misma naturaleza irracional. El hombre en la contemplación de los seres que le rodean y que le sirven de medio para conseguir su fin particular y el universal de la humanidad, que es el progreso del espíritu y perfeccionamiento de la materia, revive y adquiere poderosa fuerza para obrar; y para obrar en consonancia con los principios universales del progreso y de la civilización.

Dios quiere, y la razón y la ciencia lo demuestran, que sobre cada ser colocado en este planeta, en que la naturaleza ha engendrado su más perfecta criatura, el hombre, el ser racional es una a él en un todo conforme, en una unión esencial, en una sola hermandad para que ambos consigan su fin acordes y conformes y por su medio lo consiga la naturaleza y lo consiga Dios también.

No es posible vida en el hombre sin la armonía con la naturaleza, sin el amor hacia los seres que le prestan su contingente para la consecuencia de sus fines, para la realización de sus ideas. Pero todos esos seres, por grandes que aparezcan, por bellos que se presenten, por sublimes que sean los cuadros que nos proporcionan, son inferiores al hombre, considerado como el Rey de la humanidad universal. El fin de cada uno de esos seres tiene que ser subordinado al suyo, su grandeza material tiene que postrarse ante la inteligencia del hombre. Dios hizo al hombre muy grande, exclamé en el éxtasis de mis reflexiones, y buscando razones que me probaran la convicción de mi conciencia, hallé en mi rededor, en medio de aquel sublime y majestuoso panorama, infinidad de objetos que me lo demostraban. Un cuadro majestuoso tenía ante la vista. A mis pies un inmenso barranco en donde jamás había penetrado la planta investigadora del hombre científico, sembrado de pinos, cipreces y otra multitud de árboles que formaban una obscuridad sombría. En medio del silencio aterrador de aquella noche, no se oía más que el manso susurrar de un arroyo que corría en el fondo del barranco, y el lúgubre canto de aves nocturnas que vagaban por la espesura de las selvas. La hermosa y melancólica luz de la luna apenas podía penetrar en el fondo de aquellas profundas soledades.

Al contemplar tan majestuoso cuadro, la inteligencia se preguntaba a sí misma.

Estos seres como la luna, los árboles, el agua y todos los objetos del mundo material que en tales ocasiones nos parecen tan bellos y acaso sin rivales, ¿para quién los hizo la naturaleza? ¿Los formaría para la complacencia mutua de ellos mismos? No, que no puede complacerse en la hermosura y belleza de una cosa quien carece de entendimiento, que conozca el orden y voluntad de que quiera seguirlo. No fueron, pues, hechos para su propio encanto. ¿Sería para encanto de su mismo autor? Sea enhorabuena, pero por medio del hombre. En efecto, ella formó la creación para que el hombre en su complacencia comprendiera la grandeza de su poder creador.

Luego el hombre es más grande que todos los objetos que yo tenía a mi vista, más grande que esa apacible y encantadora luna, más grande aún que ese volcán que hollaban mis débiles plantas.

Sumido en tan importantes reflexiones, que la sublimidad del lugar me habían sugerido, había pasado más de una hora. Al fin como despertando de un profundo letargo, levántome y tomo el camino hacia la cúspide para presenciar la salida del astro rey.

Serían las tres y media cuando agitado y saltando del frío me hallaba ya cercano a la cumbre. Noté que a medida que subía, los árboles disminuían en altura y en ramaje, de manera que cuando llegué a la cúspide no encontré sino paja y una que otra raquítica planta. Llegué a las cuatro de la mañana y cansado y debilitado el espíritu y el cuerpo, sentéme a esperar la sin rival hermosura de la aparición del Sol. El cuadro que se iba descubriendo a mi vista era risueño y encantador. La bella precursora del ardiente Febo ya se dejaba ver vestida de un rozagante ropaje en que competían los más suaves y delicados colores. Ya se le veía vestida de gualda y grana tapizada de gris y de nieve, ya de la más encendida escarlata, teniendo ella solo la gloria de vestirla y engalanarla.

Pronto víla correr apresurada porque los rayos del carro de Faetonte la lanzaban a correr la bóveda del firmamento. Y Diana temiendo su presencia, priva a los mortales de su apasible y melancólica lumbre, que tanto gusta al carácter meditabundo del hombre. Sirio, Aldebarán, Castor, Pólux, Cerbero, Ceres, Saturno y cuantos habitadores pueblan el vasto firmamento, se ocultan a la presencia de aquel esplenderoso Rey que eclipsa con su luz al más fúlgido lucero. Al fin aparece dando movimiento y vida a todos los seres del orbe, aquel que había sido anunciado por tan bella precursora. A su vista corren los pajaruelos, se alegran los campos, renacen las flores y el hombre cristiano alza su plegaria hacia aquel que formó tanta belleza. ¡Oh! el alma entonces sólo suspira y lanza exclamaciones porque al querer expresar las impresiones que causan en ella tan encantadores cuadros, no halla palabras, no halla conceptos que las manifiesten. Se fija la vista y el alma se extasía.

Enajenado estaba al contemplar la salida del Sol; mas al volver la vista se presenta a mis ojos, hacia el Occidente, otro panorama; montañas tras montañas, hasta que las más distantes ocultaban sus cimas en una alta zona de vapores, hijos remotos del Océano. Allí los picos del Volcán de Fuego, el de Atitlán, San Pedro, Santa Clara, Santa María y otros más que se extienden por el continente mejicano. En esta dirección y la del Sur, ví grandes cerros, picos y montañas, cubiertos de rica verdura, y cuyos elevados pinos y cipreces nos escondían los pintorescos departamentos de Los Altos. Sólo la Laguna de Atitlán pudimos descubrir por ese rumbo. ¡Aquel admirable cuadro visto desde aquella altura presentaba la imagen de un mar sólido, en el que las olas eran las montañas! Al contemplarlo me sentí arrebatado irresistiblemente a la época tenebrosa anterior a la creación del hombre, en que según los físicos, la agencia del fuego central elevó esas desigualdades enormes en la superficie del globo aun no consolidada.

Pero después, densos grupos de nubes me ocultaron aquel espectáculo, e iluminados por los rayos del Sol, pasaron vagando con majestad a unos doscientos pies bajo el lugar donde yo me encontraba. Volví la vista hacia el Sureste y entre una *débil* y sutil neblina divisé unos pue-

blos y montañas lejanas que parecieron ser las de Honduras. Más cercana ví a la graciosa Guatemala. Distinguíanse los edificios a simple vista y el camino que de la Antigua va a la capital, se veía como una faja amarilla entre las montañas por do atraviesa.

Bajé la vista y encontré que a mis pies tenía a la siempre querida e idolatrada Antigua. ¡Qué posición tan poética en la que me encontraba! Con qué arrebato de amor patrio contemplaba los escombros de la antigua Santiago.

Entre tanto las nubes en grandes masas se iban aumentando en torno mío y fué preciso que pensara en alejarme de aquel lugar, teatro de tantos recuerdos.

Y así, después de haber grabado en una roca del cráter mi nombre, y lanzado un suspiro y una última mirada a aquel panorama que me había sugerido tan grandiosas reflexiones, bajé triste y pensativo.

Entonces había yo comprendido las palabras de un sabio escritor moderno "El que quiera ver algo nuevo debajo del Sol, suba a la cumbre de un verdadera montaña" y había comprendido también, la grandeza y dignidad del hombre y el fin de la humanidad universal.

Guatemala, febrero de 1873.

RODULFO FIGUEROA

DISCURSO

que pronunció el famoso historiador Alejandro Marure, al inaugurar la clase de Historia Universal en la Academia de Estudios.

(Documento inédito hasta ahora.)

Conciudadanos:

El Jefe Supremo del Estado se ha servido poner bajo mi dirección la Clase de Historia cuya apertura tengo hoy el honor de verificar por la primera vez.

Un estudio tan interesante fué enteramente desconocido entre nosotros en la época triste de nuestra abyección y esclavitud. Debía serlo. No era posible que un Gobierno, cuyo poderío y dominación se apoyaban en nuestra imbecilidad diese protección a la enseñanza de la más útil de las ciencias. Mas este período funesto ha pasado ya, y sólo nos quedan de él, recuerdos desagradables. Hemos comenzado a existir y bajo la influencia de un gobierno eminentemente liberal, el genio de la civilización va a esteblecerse entre nosotros.

Yo no me cansaré de bendecir la mano bienhechora que ha puesto los grandes fundamentos en nuestra verdadera felicidad; y ofrezco mi eterna gratitud al patriota ilustrado que, arrostrando inmensos obstáculos, ha abierto a la juventud centroamericana el templo de la sabiduría. Este grandioso y memorable acontecimiento hará su nombre inmortal, y formará en la historia de nuestra regeneración una época gloriosa.

Yo he tenido el honor de ser asociado a tan noble empresa; mas esta gloria no me deslumbra ni me oculta mi pequeñez. Conozco demasiado mi incapacidad; veo en toda su extensión las grandes dificultades que deben oponerse al establecimiento de una enseñanza enteramente nueva; sé cuánto se requiere y cuantas circunstancias deben reunirse en el individuo encargado de llevar tan arduo empeño; y no tengo la presunción de creer que en mí concurran tantas prendas.

Muy raro sería tenerlas a los veintiséis años de edad en un país que hasta ahora, no había existido sino para las preocupaciones.

Sin embargo, cuanto pueda esperarse de la aplicación, del más vivo deseo de servir a mis conciudadanos, y de un estudio pocas veces interrumpido en el transcurso de catorce años; yo lo ofrezco, yo prometo también perseverancia, y ceder este puesto de que no soy merecedor, a cualquiera de tantos dignos patriotas que pueden desempeñarlo con más provecho y menos embarazos que yo. Entretanto, la dulce satisfacción de prestar un servicio público me alentará en los trabajos que voy y emprender para la enseñanza de la Historia, cuyas ventajas paso a bosquejar.

El estudio de la Historia es sin contradicción, el más importante de todos los que pueden ocupar la atención del hombre. Ningún otro ofrece tanta materia a nuestras reflexiones, tantos objetos a la medita-

ción, tantas observaciones sabias. La historia descubre a nuestra vista todos los acontecimientos que han precedido a nuestra existencia, y haciéndola retrogradar a las edades primitivas une, por decirlo así, en la duración del tiempo, la edad presente con los siglos más distantes: una cadena cuyo primer eslabón se pierde en la inmensidad del tiempo, llega hasta nosotros para enlazar los sucesos de nuestros días con las épocas más remotas de la sociedad y remontándonos la tradición a la infancia social de los pueblos, nos hace recorrer la serie infinita de revoluciones que han influído en la suerte de la especie humana y han cambiado tantas veces la faz del Universo. La historia, como lo han dicho muchos sabios, nos hace compatriotas de todos los héroes, ciudadanos de todos los pueblos, hombres de todos los siglos: la historia, en fin, es una escuela universal, en donde la experiencia de todas las edades nos enseña a conocer a todos nuestros semejantes, a conocernos a nosotros mismos, a penetrar los secretos más profundos de la moral, todas las combinaciones de la política. Las opiniones, las costumbres, los diversos sistemas que han contribuído al engrandecimiento y decadencia de las naciones, allí se desenvuelven con toda su energía; y los hombres públicos que han acelerado la civilización de los pueblos y los han elevado a su perfección o que les han participado el embrutecimiento y la barbarie, se representan allí en su verdadero carácter con sus virtudes y sus crímenes.

Vemos a la especie humana sepultada, al principio, en la más profunda y lastimosa ignorancia, elevarse sucesivamente desde el estado más abyecto de la sociedad hasta el más alto punto de la ilustración, y defender, formar imperios poderosos, pueblos guerreros, repúblicas sabias: vemos después aniquilarse éstas, destruírse los pueblos, confundirse unos con otros, levantarse nuevos imperios sobre la ruinas de las naciones vencidas. Las causas que han producido estos grandes acontecimientos, el encadenamiento de circunstancias extraordinarias que han influído en estos trastornos, la rivalidad, los celos, la ambición de los gobiernos que han dado impulso a todas las revoluciones, todo esto se halla consignado en las páginas de la historia. Estudiándola, pues, observando en los anales del mundo, el genio, las costumbres, la religión de cada pueblo, la diferencia de sus instituciones respectivas, los errores o la sabiduría de su legislación; conoceremos cuáles deben ser las bases de un buen gobierno, cuales los medios de establecerlos sólidamente, y cuáles son los escollos a que están siempre expuestos.

La historia de las Ciencias no es menos útil e instructiva. Ella nos presenta la escala de los conocimientos humanos; las graduaciones sucesivas por que han pasado antes de elevarse a su perfección; los descubrimientos que han servido de base a sus diferentes sistemas; los métodos que se han empleado para acelerar sus adelantos, el genio que ha dado impulso a sus progresos; y observaremos que las ciencias que deben su origen a las necesidades del hombre, han sido muchas veces detenidas en su marcha por las pasiones exaltadas,

El interés del trono y del sacerdocio y una política cruel, se han levantado contra la razón naciente; han procurado exterminar las verdades que combatían sus usurpaciones y sus crímenes y ahogar entonces en sangre el genio que intentaba trastornar su dominación espantosa. La superstición, este monstruo que como dice un sabio, fija su apoyo en los cielos para conmover toda la tierra: este engaño de los pueblos que ha vuelto de la moral un caos y de la verdad pura y sencilla un ser fantástico y obscuro en medio del terror y de las prohibiciones, y propaganda los abusos más humillantes, consiguió el abatimiento de los hombres y el triunfo de sus errores.

Pero al fin, la razón ha recobrado sus derechos, las ciencias se han perfeccionado, las luces se han difundido, y el género humano ha comenzado a instruírse en los verdaderos principios de la sabiduría. Las revoluciones que han precedido a esta época feliz, las persecuciones que han sufrido los sabios, los esfuerzos que han sido necesarios para combatir el error y establecer la verdad, el progreso rápido de la ciencia hacia su perfección después de los admirables descubrimientos de la imprenta, de la brújula y de la América; todo ésto forma la más bella parte de la Historia moderna. Leedla, pues, jóvenes estudiosos, y penetrados de reconocimiento, bendecid la memoria de esos genios bienhechores que se han sacrificado por vuestra felicidad.

Mas si la historia nos sirve para conocer el verdadero estado y progresos de las ciencias, en sus distintas épocas, también nos sirve para conocer el origen de todos los errores, de todas las preocupaciones que han engañado tanto tiempo, a los hombres y han fatigado tanto al entendimiento humano. Hallaremos en los tiempos primitivos y en las naciones más remotas, la semilla de todos los absurdos que transformados de mil maneras diferentes han penetrado hasta nuestro siglo a través de todas las revoluciones. Veremos en las orillas del Ganges y en las del Antiguo Egipto, la cuna de la religión y el origen de esa multitud de sistemas que se han difundido por toda la tierra y han dividido a sus habitantes en mil sectas que se combaten las unas con las otras. El estudio de esta sección de la Historia ha servido a los filósofos modernos, para manifestar a los pueblos que es un mismo el fundamento de todos los cultos, y mostrarles, como con el dedo, la fuente de todos los absurdos religiosos.

La Historia también debe considerarse como el más bello código de moral. Es una pintura fiel de las costumbres y de las pasiones, el más vivo retrato del corazón humano.

La ambición, la perfidia, la mala fe, la hipocresía, todos los vicios y las virtudes opuestas a ellos, allí se presentan como son en sí, con sus verdaderos colores, con su propio carácter. La calumnia, la impostura que se complace en marchar con el oprobio y la ignominia, la reputación de los hombres grandes; y la amistad, el favor, la adulación que procuran disfrazar los vicios de los potentados y erigir en virtudes sus propios crímenes, ya no tienen ascendiente sobre la posterioridad: la historia corre el velo, los prestigios se desvanecen, las lisonjas desaparecen y la

verdad ocupa su lugar: entonces nada puede engañarnos, los hombres, los tiempos y las naciones se presentan ante nosotros, desnudos de todo disfraz: podemos juzgarlos sin temor, sin animosidad. Ya los conquistadores no nos deslumbran con el esplendor de sus victorias, el despotismo no nos hará temblar: conoceremos en medio de sus triunfos, al malvado que labra las ruinas de sus pueblos, y entre las cadenas, en la miseria y en medio de las persecuciones, al justo, al sabio que trabaja por la prosperidad de sus semejantes: "Ante el Tribunal de la Historia, dice el Conde de Segur, los conquistadores descienden de sus carros triunfales, los tiranos no espantan con sus satélites, los príncipes se presentan sin comitiva y despojados de la falsa grandeza que les presta la lisonja. Detestaréis sin peligro la ferocidad de Nerón, las crueldades de Sila, las prostituciones de Heliogabalo, la hipocresía de Tiberio; si habéis visto a Dionisio terrible en Siracusa, le veis también humillado en Corinto". Los pueblos heroicos, los hombres ilustres, excitarán nuestra admiración, pero no dominarán en nuestro juicio; sabremos distinguir sus talentos, y sus virtudes de sus defectos y sus errores; y procuraremos imitar las primeras, huir y evitar las segundas. La memoria de las grandes acciones hará nacer un deseo ardiente de imitarlas, y al contemplar las hazañas de los héroes, la noble emulación, el amor de la gloria, el entusiasmo de la virtud, excitarán en nuestro corazón todos los sentimientos grandes, todas las sensaciones fuertes. Pero la pintura del ocio nos llenará de horror, la tiranía, la esclavitud, la baja intriga, pondrán a nuestra vista la triste imagen de la degradación y todos los refinamientos del crimen y de la más detestable corrupción.

Tal es el cuadro que nos presenta la Historia, la serie de las grandes revoluciones, la serie de los grandes hombres, la serie de los Imperios y las Repúblicas, el mundo entero ofrece a nuestra contemplación una escena inmensa de mil personajes diferentes. Los grandes filósofos, los grandes políticos, los sabios de todos los siglos nos dan allí las más sublimes lecciones, los ejemplos más instructivos: allí también el genio militar nos descubre sus más profundos secretos, y nos hace ver en los grandes generales, las prendas que deben caracterizar al guerrero: la prudencia que sabe emprender, la previsión que penetra los designios del enemigo, la astucia que los previene, la vigilancia y precaución contra las sorpresas, el valor que ejecuta, la habilidad que sabe preparar los desórdenes, la elocuencia que sabe animar, la actividad que se sobrepone a los más grandes obstáculos y la firmeza del alma superior a los más grandes peligros. Al leer la descripción de una batalla la imaginación inflamada nos transporta al lugar de la escena, entramos al Consejo de los Grandes Capitanes, participamos de todas sus deliberaciones, describimos todos sus planes.... en una palabra, aprendemos el arte de la guerra bajo los auspicios del genio.

Hasta aquí, he procurado manifestar que la lectura de la historia es igualmente útil para las armas y para las letras. Esta verdad se hará más sensible si traemos a la memoria que los hombres más grandes de todos los tiempos, han hecho un estudio particular de esta ciencia. Los legisladores de la Grecia, estudiaron los anales de las Naciones de Orien-

te y consultaron a sus gimnosofistas antes de dar leyes a su Patria. Los generales más acreditados de Roma, aprendieron en los historiadores griegos el arte de vencer. La lectura de la historia, dice Plutarco, sirvió a Cantón el Censor para forzar el estrecho en Termópilas, donde se había atrincherado Antíoco *el Grande,* como en otro tiempo Leonidas. Antes de mandar un ejército—dice Condillac,—Scipión y Lúculo, aprendieron en la lectura de Xenofonte a ser grandes. Capitanes. La vida de Alejandro sirvió de modelo a Julio César y la de éste, a muchos Mariscales célebres de Europa.

El estudio de la historia ha servido también a muchos sabios para componer sus obras inmortales. Montesquieu, Voltaire, Condorcet y otros escritores eminentes, han ilustrado a los pueblos y destruído las preocupaciones de su siglo por medio de la historia y la filosofía. Aún podría acumular sobre esta materia innumerables ejemplos; pero después de lo que han dicho Cicerón, Bossuet, Rousseau, Mabli y tantos otros ¿qué podría yo añadir? Contento, pues, con haber presentado bajo un punto de vista lo que sobre este interesante asunto han escrito algunos sabios, voy a concluír refiriendo sus pensamientos más notables. Cicerón considera la historia como el testigo de los tiempos y el mensajero de la antigüedad y al que la ignora, como a un niño que apenas extiende sus ideas al círculo de sí mismo; Bossuet decía hablando al Delfín de Francia: "Sería vergonzoso, ya no digo para un príncipe, sino en general para todo hombre, ignorar lo que ha sido el género humano y las mutaciones memorables que la serie del tiempo ha causado en el mundo". El Canciller Agraseau desterrado y cultivando las letras en el retiro exclamaba muchas veces: "Feliz el que para adquirir la verdadera sabiduría tiene valor de salir de los límites del siglo, de vivir con los muertos, de penetrar en las tinieblas de la antigüedad, de beber en las fuentes de la historia, de saciarse plenamente con la lectura de los antiguos monumentos que verdaderamente pueden llamarse los Anales del Mundo y los Fastos de la Virtud: estudio tan útil como honroso nos da al mismo tiempo maestros y modelos". Para conocer a los hombres, dice Rousseau en su inmortal Emilio, es necesario verlos obrar. En el mundo se les oye hablar, muestran sus discursos y ocultan sus acciones; mas en la historia éstas quedan al descubierto y se les juzga por los hechos. Sus palabras mismas nos ayudan a apreciarlos. Comparando lo que son con lo que dicen, se ve a la vez lo que hacen y lo que quieren, mientras más se disfrazan mejor se les conoce. Condillac, después de haber establecido en general las reglas que deben guiarnos en el estudio de la historia, concluye así su hermoso discurso sobre esta materia: "La suerte de los estados pende de principios fijos, ciertos e inmutables. Descubrid estos principios y entonces, yo os lo repito: la política ya no tendrá más secretos para vosotros. Llenos de la experiencia de todos los siglos, sabréis la ruta por donde los hombres deben caminar a la felicidad, sin ser jamás engañados por pequeñas fruslerías, astucias y sutilezas despreciables que se querrá hacer respetar; aprenderéis a no confundir los verdaderos bienes con los que sólo tienen apariencia. Distinguiréis los remedios verdaderos de los paliativos engañosos. Os pareceréis al

piloto que navega sin temor y sin peligros porque conoce todos los escollos y todos los puertos del mar que surca y observa su ruta en un cielo sereno, instruído por las señales que anuncian la calma y la tempestad".

Ultimamente el Conde de las Casas parece que compila todas estas sentencias célebres cuando dice en último Atlas: "La historia es la más útil de las ciencias: su estudio nos ofrece la experiencia de lo pasado y nos suministra datos para presagiar lo venidero: es el libro universal en que cada uno haciendo uso de su discernimiento, puede con seguridad, encontrar la lección que le concierne; ella ilustra al militar y al comerciante aplicado; prepara al hombre de Estado, y manifiesta al filósofo los progresos interesantes y vaciados del espíritu humano; en una palabra, vigoriza el juicio y ameniza el trato de todos los individuos de la sociedad".

He aquí una pintura imperfecta de lo que han escrito sobre esta materia plumas muy acreditadas. Yo he limitado mis reflexiones a algunos puntos generales, procurando hacer ver las infinitas ventajas y utilidades que resultan del estudio de la historia y que meditándola, se han formado los hombres más ilustres en todo género, los estadistas más sabios, los filósofos más profundos, los literatos más célebres, los más insignes guerreros: que la moral y la política fundan en ella sus más sabios principios y sobre todo, que la historia es la más importante de las ciencias así por la naturaleza de los objetos que abraza, como porque reune a la experiencia venerable de los siglos, lecciones sublimes del genio.

Jamás sabrán inculcarse suficientemente estas verdades; jamás podrán estudiarse demasiado los Anales de esas Naciones que ya no existen y que nos han precedido en las sendas de la gloria y del infortunio. Su ejemplo nos servirá de guía en el sendero difícil de la inmortalidad y sus propios desastres, nos enseñarán a evitar los precipicios en que a cada momento puede hundirse nuestra felicidad.

Pero es preciso estudiar la historia con mucha crítica y reflexión, es preciso no dejarnos alucinar. Los fastos de todas las naciones están sobre cargados de milagros y de hechos portentosos con que se ha procurado hacer venerables a la posterioridad, las ficciones más extravagantes. El origen de todos los pueblos está oculto en las sombras de la fábula y la quimera. Algunos descienden por línea recta de los mismos dioses, otros han celebrado alianzas y vivido en íntimo contacto con ellos, muchos han sido gobernados por la Divinidad en todo el curso de sus revoluciones, y sus legisladores han recibido de manos del mismo Dios todas las leyes que deberán regirlos. También los dioses han tomado parte en las guerras y disfrutado de las delicias del amor en el seno de las hijas de los hombres. Son innumerables las ficciones de esta especie que se hallan consignadas en los anales sagrados de todas las naciones. Pero lejos de dejarnos engañar por las apariencias misteriosas y servir de velo al artificio, procuremos descubrir los designios que oculta, penetremos en las miras y combinaciones del legislador para

no tomar por santo y milagroso, lo que solamente ha sido un recurso que han empleado los hombres hábiles para gobernar a sus semejantes y dominarlos a su arbitrio. Es preciso, igualmente, prevenirnos contra los prejuicios e interpretaciones con que algunos autores respetables han querido hacer creer lo mismo que ellos no creen o que si han creído, no han sido guiados en su creencia por sus luces sino por respetos a la opinión establecida, o por la influencia de tal. Preocupaciones sancionadas por el tipo y tan dificultantes de desarraigar del corazón del hombre. No nos dejemos tampoco deslumbrar por las hazañas brillantes de algunos personajes que celebra la historia: distingamos la verdadera gloria de la falsa. Veneremos con el más profundo respeto las cenizas de esos hombres virtuosos que se han sacrificado por su patria, que la han ilustrado con sus talentos, la han honrado con sus virtudes y la han defendido con su valor y su constancia, y detestemos la memoria de esos tiranos ambiciosos, desgraciademente célebres o que, dotados de grandes cualidades, se han servido de ellas para causar grandes males y levantar los trofeos de su falsa gloria, sobre las ruinas de la humanidad destruída.

Guiados pues, por la antorcha de una crítica sana e ilustrada, caminemos constantemente por la línea que nos conduce al conocimiento de la verdad: no nos dejemos extraviar por las rutas tenebrosas del error: bebamos en las fuentes puras de la historia: aprendamos todo lo que es verdaderamente útil y desechemos los delirios extravagantes de una imaginación superticiosa: imitemos las grandes virtudes y execremos las pasiones viles, los vicios abominables.

Tales son los sentimientos que debe engendrar en nuestro corazón el estudio de la historia. Ojalá haya yo acertado a presentar con algunos de sus atractivos las interesantes verdades que tanto han recomendado los filósofos más distinguidos de la culta Europa. Ojalá que penetrados de ellas los jóvenes centroamericanos a quienes sus talentos destinan para ser algún día los legisladores de su patria, sepan, instruídos por la experiencia de las edades pasadas, que sin hacer ensayos peligrosos sobre las generaciones presentes y considerando las ventajas de que nos dan idea los gobiernos antiguos con las verdades descubiertas por la política moderna, se pueden establecer leyes sabias que alejen de nosotros las desgracias que han conducido a su ruina a tantos pueblos célebres.

Guatemala, octubre 16 de 1832.

LOS TESOROS ARTISTI-COS DE GUATEMALA

Discurso de recepción del Doctor don Fernando Iglesias, en la sesión del 7 de diciembre de 1924.

Señoras, señores:

Tengo a honra y dicha el tomar la palabra en este lugar: méritos y valimientos, únicamente la bondad y benevolencia de ustedes, y mi gran amor al arte, sobre todo, al arte antiguo. En una ocasión dije, y ahora lo repito, yo amo el arte porque a él le debemos gratitud; él nos hace olvidar las penas y amar la vida.

Nada nuevo voy a decir, ni tengo la menor pretensión. Este modesto trabajo es una simple recopilación de mis recuerdos, de lo poco que he visto y oído. Mucho queda por decir, y ojalá que alguno de los distinguidos socios haga lo que yo no he podido hacer.

LOS TESOROS ARTISTICOS DE GUATEMALA

Desgraciadamente no puedo decir: los tesoros artísticos que *existen* en Guatemala, pues por desidia, por falta de cultura y de educación artística, o por cualquier motivo que se nos escapa, la mayor parte de ellos, por no decir todos, han desaparecido: algunos sacados fuera del país, la mayor parte destruídos.

Tristeza da el pensar en todo lo que se ha perdido, y en lo que ha perdido la cultura y la educación del pueblo, que ha olvidado, o no ha sabido aprender, en las obras de arte que nos legaron nuestros antepasados.

Recuerdo muy bien, que hace algunos años, escribí a los Directores de varios Museos de Europa indagando si en alguno de ellos existía, o si podían darme informes, del paradero del ACTA de la INDEPENDENCIA, *pues me dolía el alma,* pensar que hasta esa reliquia sagrada hubiera emigrado, tal vez avergonzada de ver el uso que se ha hecho de los principios en ella proclamados. Nada pude sacar en limpio, pues de todas partes me contestaron que ignoraban su paradero; y sólo por una carta de Londres supe que se encontraba en Alemania, pero no dicen en que lugar.

Causa verdadera admiración el considerar la gran riqueza que había en el REINO de GUATEMALA, y el auge y boato en que vivían la mayor parte de las familias. La plata labrada abundaba casi tanto como en México y en el Perú; y si bien es cierto que los conquistadores llevaron mucho metal de América para la Madre Patria, también nos trajeron incalculables joyas con que exornaron los templos de toda América. Aun pueden admirarse algunas de dichas obras en Guatemala, pero los templos de México, Colmbia, Perú, etc., son riquísimos en artefactos de plata labrada, que causan verdadera admiración.

Sería prolijo enumerar las enormes cantidades de plata labrada que han salido de Guatemala, a pesar de todas las leyes dictadas para evitar su exportación: unas veces la condescendencia, otras el soborno, y la mayor de las veces, el abuso, han contribuído al éxodo de nuestras joyas coloniales. Pero no sólo han sido los objetos de plata, oro, y telas preciosas las que hemos perdido de nuestras riquezas relativas a los tiempos coloniales: también reliquias de inapreciable valor histórico, como el célebre POPOL-VUH que se encuentra en Londres, y tantísimos documentos relativos a la historia, que de una manera u otra, han salido del país sin que siquiera nos quedara una copia.

Quiero recordar algunos de los tesoros artísticos que han salido para nunca volver, privándonos del placer de admirarlos y de estudiarlos. La célebre lámpara de plata labrada, con peso de 3,200 onzas, que el entonces Ministro de España, don Julio de Arellano encontró en la Iglesia del Cerro del Carmen, en lamentable estado de abandono y suciedad, y que llevó a España, en donde obtuvo el primer premio de orfebrería antigua. El Licenciado Batres Jáuregui, en su brillante artículo "La Primera Capital de Guatemala", publicado en el número 1 de los Anales de la Sociedad de Geografía e Historia, dice que el entonces Presidente Barillas regaló esta lámpara al señor Arellano; pero tanto don José R. Camacho, íntimo amigo del Ministro de España, que vió la lámpara, como el mismo don Julio, me dijeron, hace ya muchos años, que la había encontrado en la Iglesia del Cerro del Carmen, tan sucia y abandonada, que no se sabía de qué era.

Un cáliz de plata labrado del siglo XV, traído por los conquistadores probablemente hacia fines de dicho siglo, fué encontrado en uno de los pueblos del Departamento de Chimaltenango, y vendido el año de 1917 a un anticuario de origen húngaro, que tiene una gran casa establecida en San Francisco California. Aunque el precio en que se vendió dicha joya artística, fué el de $1,000 oro, sé que alcanzó un precio de seis veces el original. Este cáliz era de un tamaño extraordinario, de plata finísima y de una ornamentación admirable, con mas de veinte figuras representando los doce Apóstoles en la Noche de la Cena, los cuatro Evangelistas y algunas otras figuras de un arte delicado, alusivas al Sacrificio de la Misa y a las principales etapas de la fundación del cristianismo.

Los frentes del altar de Santa Cruz Balanyá, de lo más rico, no sólo en trabajo artístico, sino también en ornamentación, pues se usaron esmeraldas traídas de Colombia, de gran tamaño y valor. No sé si aún se conserva dicho altar, o si la codicia haya hecho desaparecer las piedras que lo adornaban.

No puedo explicarme cómo en dos pueblos tan pequeños y pobres se encontraban joyas de tanto valor artístico y material; puede ser que a raíz de la ruina de la Antigua hayan sido depositados en estos lugares. En Alemania, en poder de un comerciante que vivió muchos años en Guatemala, existe un servicio de plata compuesto de más de cien piezas, que perteneció a la familia Batres, y que todos los expertos lo han calificado de obra admirable.

El año de 1783 fué mandada levantar, en el centro de la Plaza Colonial, una pila de piedra, que aunque no de gran mérito artístico, sí curiosa, original, y sobre todo HISTORICA. Nada de esto valió, pues el año de 1894, durante la administración del General Reyna, se mandó quitar sin cuidado ninguno, sustituyéndola por un kiosco, que no sé si sea artístico o no. En un sitio cercano al puente de la Penitenciaría permanece tirada desde entonces. Hace algunos meses pasé largo rato contemplando las inscripciones, ya medio borradas y pensando que no todos los pueblos tienen los mismos gustos ni las mismas ideas.

Para las fiestas de la Jura de Fernando VII se mandó construír en la Plaza Colonial un gran altar, ricamente tallado y decorado; concluídos las fiestas, fué obsequiado a los dominicos, quienes lo conservaron, y una vez terminado el actual templo, lo colocaron en la nave mayor. Obra de arte, en la que trabajaron casi todos los maestros de entonces; pues bien, sin que lo que voy a referir cause admiración, un respetable sacerdote, que más tarde ocupó puesto muy elevado, lo mandó destruír para poner en su lugar uno de madera pintado con esmalte blanco, y de un gusto detestable, que felizmente ha sido cambiado hace poco, por uno de mármol.

Hace algunos años fué encontrada en San Agustín ACASAGUASTLAN, por don Máximo Castañeda, y en un terreno denominado GUAYATAN, una olla de barro, al parecer de ningún valor. Largo tiempo la ofrecieron en venta, por un precio irrisorio, sin que encontrara comprador. Finalmente vino a parar en poder del señor Obst, entonces Gerente de la Empresa Eléctrica, quien la tenía en su casa, sin darle mayor importancia, y la regaló, junto con otros objetos antiguos al Museo Iberoamericano de Madrid. En estos días llegaron a Guatemala el Profesor Saville, Director del Museo Indio de Nueva York y el Profesor Morley. Fueron a visitar al señor Obst, y a ver sus antigüedades. Como hombres de ciencia y grandes conocedores, inmediatamente comprendieron al ver este *pedazo de barro,* que se encontraban delante de un tesoro. Ofrecieron una fuerte suma por ella, para lo cual entraron en arreglos con el Museo Iberoamericano, y los Directores la cedieron sin verla.... No hago comentario de ninguna clase: ustedes lo harán cuando les diga: que se encuentra actualmente en la sala principal del edificio, en el centro de él, cubierta con una campana de cristal; que el Profesor Saville ha publicado varios opúsculos describiéndola, y me dijo, hace tres años, en Nueva York, que era la mejor y más valiosa pieza que existía en el Museo, y que no tenía precio. Don Carlos Luna, que es muy entendido en esta clase de estudios, y que dibujó los geroglíficos que tiene, puede hacer una descripción detallada, para que podais admirar una de las obras más importantes del arte Maya, y deplorar al mismo tiempo su pérdida.

La Reina Victoria de Inglaterra fué pródiga en obsequios para los gobernantes de Guatemala, por simpatía, o por motivos políticos, lo cierto es que al Doctor Gálvez le envió, entre otras cosas, una caja de oro macizo, con brillantes de las Indias y ostentando en el centro, en un medallón de esmalte azul, el monograma de la Reina y la Corona

Imperial. A su salida del país el Doctor Gálvez se llevó este regalo, el que conservó con cariño toda su vida, y dispuso en su testamento legarlo a la Catedral de Guatemala. Muchos años transcurrieron; pero por fin vino de México uno de sus hijos a cumplir la voluntad de su ilustre Padre. La ruina del templo, y la falta de recursos para su reedificación obligaron a vender esta obra de arte, que tantas veces admiré.

Igual suerte cupo al Presidente Carrera, quien también recibió varios y valiosos obsequios de la misma Reina, entre otros, una espada con empuñadura de oro y piedras finas, que también salió de Guatemala acompañando a la esposa de un Ilustre ex Presidente. Expresamente para el General Carrera fueron mandados a hacer en Inglaterra un par de jarrones con alegorías y con las armas de la República: cada uno de ellos, en una plancha de oro, tenía grabada la dedicatoria de la Reina al Gobernante de Guatemala. Uno de ellos se rompió durante los terremotos de 1917, el otro se conserva en poder de una descendiente de Carrera.

Obras de arte, de mérito, y aún más raras, vinieron a Guatemala, entre otras, algunas porcelanas del Buen Retiro. Como se sabe la porcelana del Retiro es muy escasa y apreciada, pues la fábrica, fundada por Carlos III, a su llegada de Italia a España, trabajó casi únicamente para los Palacios Reales, y cuando principió a hacerlo para el público, los franceses la destruyeron. Pues bien, en Guatemala existían cuatro piezas de esta célebre porcelana, traídas por uno de los últimos Oidores, ascendiente de la familia Rubio Hidalgo. De estas sólo una se conserva, en mi poder, pues las otras las rompieron, supongo que por ignorar el mérito y valor de ellas.

A su regreso de España, después de haber representado a su Patria en las Cortes Gaditanas, trajo su ilustre Representante, una carta autógrafa de Santa Teresa de Jesús, dirigida a su confesor; carta que la Ciudad de Avila enviaba como obsequio a la de Guatemala. El Ayuntamiento se reunió en sesión solemne para recibir de manos de Larrazábal el presente, y comisionó al Marqués de Aycinena para mandar a hacer un marco de plata *"para conservar tan valiosa y preciosa reliquia"*, No sé cómo, ni por qué causa, pasó a poder de los Padres Jesuítas, los cuales la donaron más tarde al Convento de Santa Teresa. En el año de 1916, la ví, y admiré el trabajo de orfebrería; al poco tiempo fué llevada a Europa, e ignoro su paradero.

Algunas pinturas de mérito vinieron a Guatemala traídas de España; pero actualmente sólo se conserva el célebre cuadro de la Adoración de los Reyes Magos, que se admira en la Escuela de Cristo en la Antigua. No se sabe nada de él, únicamente que vino de Barcelona; pero es tal su belleza y maestría, que no se duda en atribuírlo a Murillo, o, por lo menos, a un pintor de la talla de éste.

El año de 1911 encontré en un desván, y casi destruído, el retrato de Fray Rodrigo de la Cruz, primer Prefecto General de la Orden de Belemitas, y en el mundo, don Rodrigo de Arias Maldonado y Velasco,

Marqués de Talamanca y Gobernador de Costa Rica. Esta pintura fué hecha en Italia, durante la larga estancia de Fray Rodrigo en Roma, a donde fué para solicitar de Inocencio XI la aprobación de la orden.

Este cuadro, además de ser una magnífica pintura, tiene el mérito de ser el único retrato que existe del Marqués de Talamanca, y el mismo que cita Salomé Gil en "Los Nazarenos". En el deseo de que no saliera de Centro América lo ofrecí al Gobierno de Guatemala; pero la respuesta fué negativa, lo mismo sucedió con el de Costa Rica, motivo por el cual lo cedí a don Ricardo Fernández Guardia, quien lo hizo restaurar en Lieja, y actualmente adorna uno de sus salones.

Una pléyade de pintores descolló durante los siglos XVII y XVIII, y podemos citar los nombres de Rosales, Roldán, Montanes, Zurbarán, Alonso Cano, Pontaza, Thomas de Merlo, Vicente España, Ramírez, Montúfar, Villalpando, y los miniaturistas Cabrera y Letona.

Poco nos queda actualmente, y aquí si puedo asegurar que casi todo destruído. De Rosales se conserva, en la Catedral, un descendimiento; de Zurbarán tres o cuatro telas en la Iglesia de Santo Domingo; y de Merlo algunos lienzos de gran tamaño en la Iglesia del Calvario.

Las pinturas en cobre de Merlo, que estaban en la Iglesia de Santa Rosa, fueron llevadas a Alemania, y los cuadros de Villalpando representando pasajes de la vida de San Francisco, y que se encontraban en la Sacristía del Templo del mismo nombre, se arruinaron completamente, durante los terremotos de 1917.

De la Iglesia del Calvario de la Antigua, fueron traídos a la de igual nombre, en la capital, los cuadros de Merlo: algunos quedan aún, pues los que no encontraron lugar, por ser este templo más pequeño que el de la antigua, fueron mandados a quemar.... En uno de ellos, se puede ver aún, ya medio borrada, la siguiente leyenda: *"Este lienzo, y los demás que le acompañan de la Sagrada Pasion; delineo, y pintó el Mro Thomas de Merlo; quien habiendo fallecido á 19 de Dbre. de 1739 dexó á su disipulo encomendada la última mano de los dos lienzos quedan en bosquexo, y se acabaron á 16 de febrero de 1790".*

En mi poder tengo el célebre cuadro que Villalpando, llamado el Príncipe de los pintores, pintó el año de 1718, un año después del terremoto de San Miguel. En él están representados los principales personajes de aquella época, en una de las naves del templo de San Francisco, cuando llenos de terror por el vaticinio de una mujer llamada Juana Ocaña, que anunció la destrucción de la ciúdad, acudieron a la iglesia en busca de los sacerdotes para confesarse.

En este cuadro se admiran más de veinte personajes, los principales de aquella época, con sus ricos trajes.

Mucho queda por decir; pero, como ustedes comprenden, es sumamente difícil averiguar lo que hay escondido, y más que todo, lo que ha salido o se ha destruído, pues los interesados tratan de ocultarlo. Ojalá, como dije al principio, que alguno de mis distinguidos compañeros, con más méritos y estudio, pueda hacer un trabajo digno de presentarse, y que haga olvidar las faltas de éste.

LA JURA DE FERNANDO VII

ENRIQUE MARTINEZ SOBRAL.

CAPITULO I

De cómo los buenos vecinos de esta noble y leal ciudad de Santiago de Goathemala, solían alegrarse y afligirse sin motivo justificado.

Don Fernando el Séptimo, monarca de España y de sus Indias, fué en verdad, uno de los peores tiranos que han existido y el hombre menos digno de todo lo que por él hizo la noble nación española.

Antes de que se conociera qué clase de bellaco era el tal don Fernando, dábasele el título de "Amado" y de "Deseado", quizás porque encarnaba para los españoles la idea de patria. Dicho sea en honor de la verdad, el napoleónico Pepe Botella, valía infinitamente más, como rey y como hombre, que el primeramente amadísimo y después aborrecidísimo y temidísimo Fernando.

A los americanos, la prisión de Fernando en Bayona nos vino como de perlas, porque dió motivo a que pulsáramos nuestras fuerzas y a que, por separarnos de la España napoleónica, nos separáramos también, inconscientemente, quizás, de la España borbónica, ya que, por conservar intacto el patrimonio del monarca ibérico, nos lo embolsáramos, cargando con el santo y la limosna como suele vulgarmente decirse.

Así la Providencia, según reza el refrán, hace por sendas torcidas las cosas derechas.

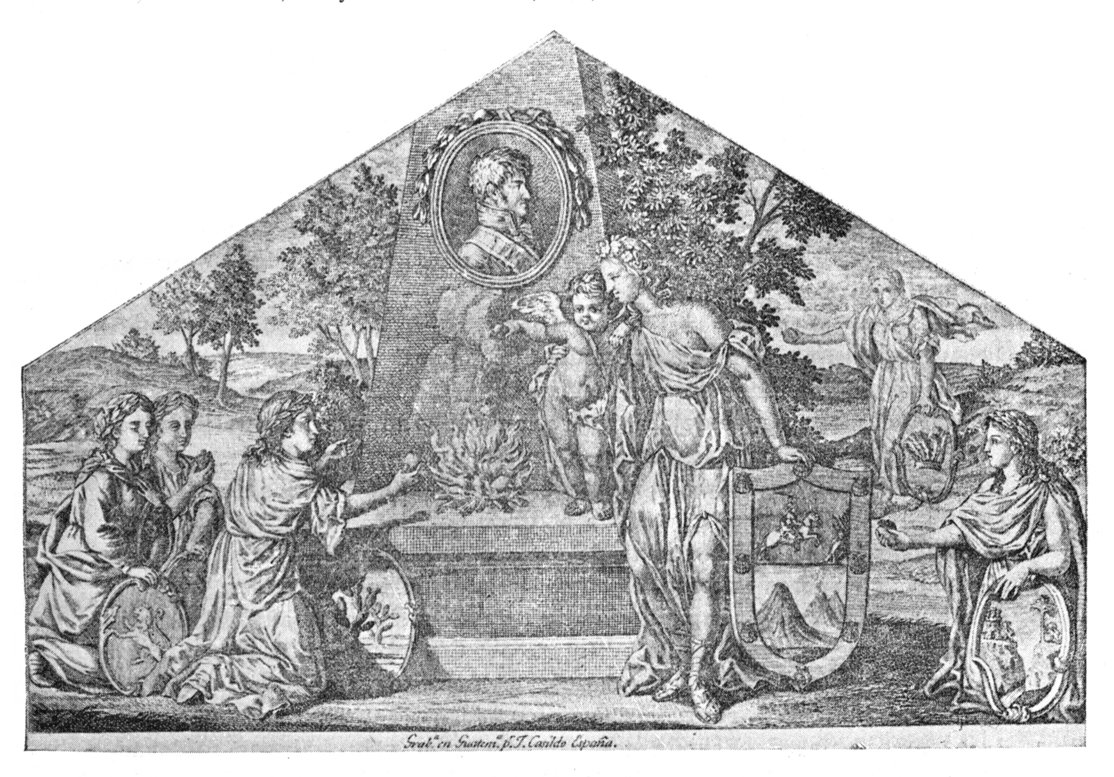
En Guatemala causó gran júbilo e inusitado contento la noticia de la abdicación de Carlos IV y de la sucesiva exaltación de Fernando VII, verificadas el 19 de marzo de 1808 en Aranjuez, y de las que no se tuvo aquí noticia sino hasta el 30 de junio del mismo año.

No sé qué razones tuvieran los buenos guatemaltecos para estar descontentos del Gobierno del señor don Carlos IV; ni menos sé qué le iba ni qué le venía a esta obscura y apartada colonia con la caída del Príncipe de la Paz, ni con los motines de Aranjuez. Lo cierto fué que, como si tales sucesos importaran nuestra dicha, los vecinos de esta ciudad, al tener noticia de ellos, se sintieron trasportados de alegría y determinaron festejarlos, como era moda, con fiestas y solemnidades de iglesia; y señalaran el domingo 3 de junio para la celebración de una solemne acción de gracias, que se verificó con la posibe pompa y general asistencia de toda clase de vecinos.

Todavía les duraba el gozo a aquellos nuestros pacíficos bisabuelos, cuando vino a ahogarlo una tremenda, inesperada y espantosa noticia. Y cata que ya tenía meses de fecha, pues no fué sino el día 14 de agosto que llegaron unos pliegos, conteniendo noticias de la cautividad y abdicación del amado Fernando VII, que, cobarde para defender sus reinos, se juzgaba y confesaba inepto para gobernarlos.

Para dar pública lectura a estos pliegos, el muy ilustre señor Presidente y Capitán General don Antonio González Mollinedo y Saravia, convocó a una junta presidida por él, que se verificó en el mismo día 14 en el salón del Real Palacio.

Concurrieron a esta junta el dicho Presidente; los prelados de las órdenes existentes; el Iltmo. Arzobispo; la Municipalidad; y, entre otros vecinos notables, los señores marqués de Aycinena, Antonio Batres, Bernardo Pavón, Mariano Angel Toledo, que era Rector de la Universidad; Tadeo Piñol y Muñoz, que desempeñaba las funciones de Coronel de Caballería; Alejandro Ramírez, etc., etc.



(Fig. Nº 1)

Este fotograbado, así como los demás que ilustran el presente artículo, son de un gran valor histórico, para justipreciar el grado de adelanto del arte de la ilustración tipográfica durante la colonia. Estos fotograbados, con varios más, ilustran el libro en que se dejó constancia a las generaciones futuras de la pompa con que se celebró la Jura del entonces Fernando "el Deseado".

Los grabadores fueron famosos en Guatemala. Entre nosotros este arte sólo tuvo rival en el de la escultura. Hubo grabadores desde los primeros años de la colonia, y el gran historiador de las imprentas en España y América. J. Toribio Medina, afirma en su "Historia de la Imprenta en Guatemala" que sólo México rivalizó con Guatemala en la excelencia de esta clase de trabajos entre todas las antiguas colonias españolas. Fué una legión gloriosa de grabadores, y a fines del siglo XIX los libros aparecían con un lujo y profusión de grabados de que hubo muy pocos ejemplos en América.

Dos de los libros exornados de tal manera fueron el dedicado al relato de las honras fúnebres verificadas a la memoria del ilustre monarca Carlos III y el de la Jura de Fernando VII. Cabe admirar en estos grabados, dados los escasos recursos de la época, el atrevimiento en la inventiva y la fuerza del tono. Los grabados eran hechos por Cabrera (célebre miniaturista también), Casildo España y sus numerosos discípulos. Eran grabados en "aguas fuertes" y las planchas originales se conservaban hasta hace poco tiempo en el Museo del Instituto Nacional de Varones de la capital, y, lo mismo que tantas otras reliquias históricas y trofeos de una intensa cultura ancestral se han perdido, quizá para siempre, gracias a nuestra proverbial incuria.

Uno de los objetos preferentes a que dedica su atención la Sociedad de Geografía e Historia, es el de preservar que corran la misma suerte, las pocas reliquias de arte y valiosos documentos históricos que aún nos quedan y el de trabajar por el recobro de aquellos cuyo paradero se ignora o que se han extraviado.

Dió cuenta el señor Presidente de los oficios recibidos y allí fué Troya.

La concurrencia se indignó por la prisión del Rey Fernando; unos lloraban, otros protestaban; otros, según un cronista, se llenaron de susto, de pavor y de agitación; todos, a lo que parece, temían que Buonaparte penetrara a la sala y los hiciera trizas; y, por último, con energía y valor en puridad heroicos, determinaron aquellos ilustres capitulares, desconocer la abdicación de Fernando VII y protestar en elevados términos contra su cautividad renovando el juramento de serle fieles en todo tiempo y de no admitir jamás, una dominación extranjera; acuerdo que en realidad honra a los que le tomaron, siendo sólo de sentirse que Buonaparte estuviera tan lejos de nosotros, que a haber estado más cerca, se guardara bien él de cautivar a Fernando y de andarse metiendo en bullas. ¡Buenos somos y hemos sido los guatemaltecos para aguantar a nadie, así se llame Napoleón Bonaparte!

Más, ya que no era posible empuñar las armas y acudir a libertar al gran Fernando, los atribulados habitantes determinaron mandar decir misas y celebrar funciones religiosas, para impetrar del cielo lo que no se podía fácilmente obtener de la tierra.

Duró algún tiempo la profunda tristeza de los chapines; pero como todo es pasajero en este mundo, comenzaron ellos a consolarse y, deseosos de divertirse de alguna manera, determinaron que no por estar cautivo el monarca, se dejara de proclamarlo y de jurarlo, para lo que se empezaron a tomar las necesarias providencias

Ocupándose estaba el muy noble Ayuntamiento en los preparativos de la jura, cuando el día 17 de octubre de 1808, se recibió un extraordinario que traía una gaceta de México, anunciando, dice un cronista, los más prósperos sucesos. El fundamento de tal noticia, se encontró en un impreso del Capitán General de Córdoba (España) don José Galluzo, que decía a la letra: "Impreso. Córdoba. El Excmo. Sr. don José Galluzo, Capitán General de este Exército y provincia, acaba de saber por una carta recibida en este correo, las noticias siguientes. Por cartas recibidas de Bayona, todas contestes se sabe haberse sublevado la Francia, ya cansada de tanta guerra. Napoleón declarado por los franceses enemigo de la Nación, mandado llamar por el Senado. Los reyes padres prisioneros. A Godoy, le quitaron la vida por orden del mismo Senado. Ntro. Héroe don Fernando VII Rey de España y Restaurador de Europa".

Ya ve el lector, que si ahora se miente donosamente por medio del cable, antes se mentía con mayor donosura por medio de la *Gazeta*. ¡Vamos, que Napoleón enemigo de la patria, Godoy asesinado, Fernando restaurando a Europa, eran grillas algo talluditas, más, mucho más que las que hoy se estilan!

Y estos buenos vecinos que tan fácilmente se entristecían hasta derramar lágrimas como se alegraban hasta cometer locuras, tomaron pie en el citado impreso de Córdoba, gacetilla, que se dice ahora, para darse el más grande y el más inusitado alegrón de que por aquellos tiempos se tenía memoria.

El día 17 se limitó la pública alegría a carreras desenfrenadas por las calles, desconcertado repique de campanas y tremenda profusión de cohetes.

El 18 continuaron las mismas manifestaciones; con el aumento de que todos los vecinos, desde el edificante fraile, hasta el finchado petimetre, se adornaron con la escarapela nacional; y, mientras unos traían pendiente del cuello el busto de Fernando, éstos adornaban sus sombreros con la cifra de su nombre, los artesanos, los grababan en sus obras y las damas se lo ponían donde mejor les cuadraba.

Por la noche, dice la crónica de que tomamos estos datos, "una turba de hombres desnudos, hambrientos y despreciados, se presentó paseando, entre vivas y algazara, el retrato de S. M., con una comparsa hija precisa de su propia miseria". Se alumbraban con una antorcha de ocote y metían ruido infernal con una concha de tortuga, dos vasijas de barro y un tronco hueco.

¡Bella música por cierto; y valiente manera de los lanas, de festejar la próxima, segura e innegable caída del tirano de Buonaparte, que mientras nosotros lo dábamos por tumbado, se afirmaba más sobre su trono resplandeciente de gloria!

Y no paró en esto el regocijo público. El día 19 hubo solemnísimo Tedeum en la Catedral, que entonces lo era el templo de Santa Rosa, por no haber sido concluída nuestra hermosa iglesia Metropolitana. Como no cupiera el pueblo en Santa Rosa, se repitió el Tedeum en San José. Hubo procesión de la Parroquia Vieja a San Francisco, precedida por el señor Presidente y personas notables; se dijeron sermones en San Francisco y en otros templos, predicados por los picos de oro de aquel entonces, los padres Doctor Fray Miguel de Jesús Lanuza, ex provincial de San Francisco; fray Mariano de Jesús Pérez y fray Mariano Rayón, Provincial de la Merced; por último, en la noche hubo generales luminarias, cohetes, toritos, castillos y palos ensebados; y los insignes tejedores del barrio de San Sebastián colmaron el júbilo sacando una lucidísima mojiganga.

Lo dicho: aquellos pacíficos señores solían alegrarse y afligirse sin tener para ello mayores motivos.

CAPITULO II

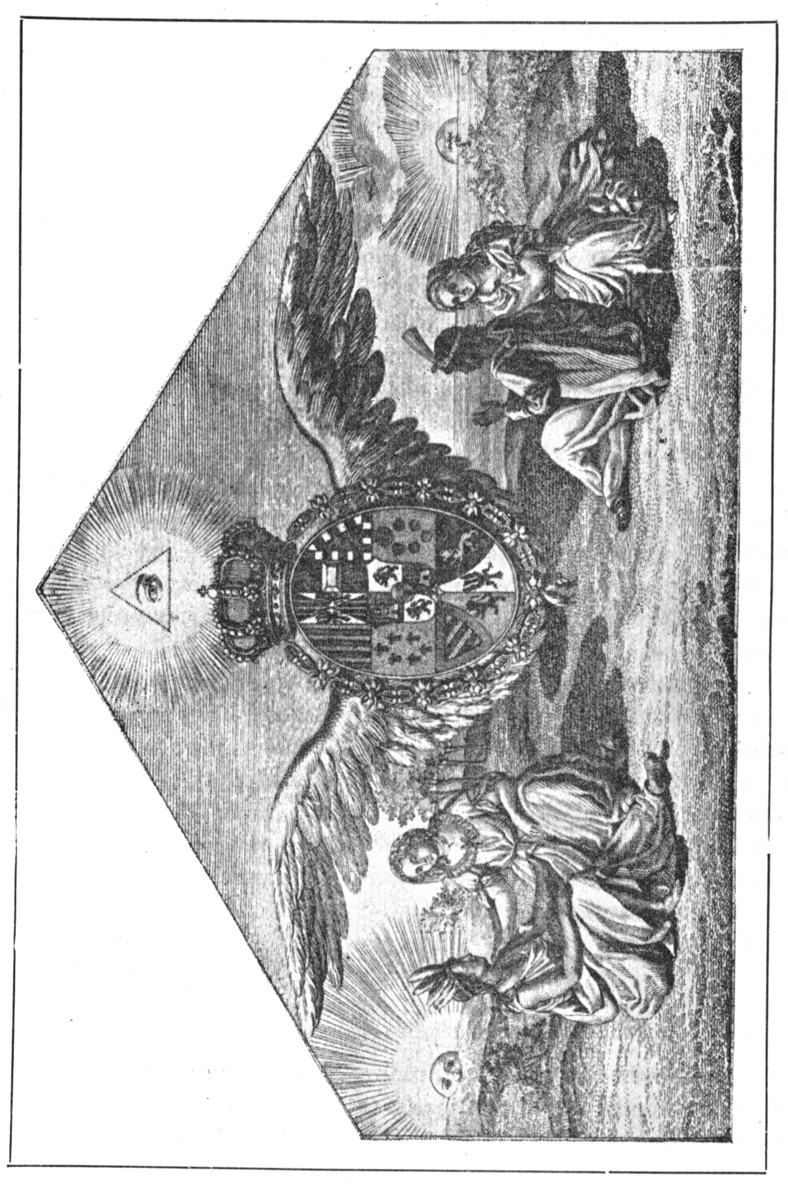
Donde se verán los preparativos que se hicieron para la jura.

A pesar de la cautividad del monarca, no se quiso dejar de jurarlo solemnemente, para darle así testimonio fehaciente de la fidelísima lealtad de estas provincias del Reyno de Goathemala.

Y con tanto mayor empeño se dispuso proceder a la ceremonia, cuanto que a la sazón se recibió la Real cédula de 10 de abril de 1808 en la que Fernando VII, aún no cautivo, ordenaba el levantamiento de pendones en su real nombre.

Púsose, pues, todo en movimiento. El Cabildo ofició al Real Consulado para que el comercio contribuyera a la solemnidad y se dirigió al señor marqués de Aycinena, invitándole para que decorara el portal

de la plaza mayor que correspondía a su título. Se convocó a los gremios de artesanos para que, en la medida de sus fuerzas, contribuyesen a la proyectada mojiganga. Concurrieron al Cabildo los maestros siguientes: sastres, Juan Valenzuela y Francisco Rivera; carpinteros, Diego Náxera y Agustín Guevara; plateros, Manuel Gálvez y León Lara; talabarteros,



(Fig. Nº 2)

Mariano Antonio y Melchor Martínez; zapateros, Mariano Mirón y Pedro Almengor; pintores, Luis Santa Cruz y Felipe Ríos; estatuarios, Gervasio Huertas y Martín Abarca; tejedores, José María Mendizábal y Fermín Bobadilla; coheteros, Francisco Martínez y José María de León; sombrereros, Marcial y José María Arias; albañiles, Manuel Antonio

Arroyo y Eduardo Quirós; tocineros, Pascual Baylón y José María Valdés; músicos, Vicente Sáenz y Francisco Aragón; panaderos, Manuel Quevedo y Román Barrientos; barberos, Basilio Carranza y Patricio Barrera y el peluquero Angel Porras. Fueron introducidos a la sala del Cabildo y el alcalde don Antonio de Juárros, les dirigió un breve y enérgico discurso excitándolos a tomar parte en la celebración próxima de la jura, a lo que aquellos gustosísimamente se ofrecieron.

Para conmemorar el acto de la Jura se batieron varias medallas. El muy noble Ayuntamiento las hizo de tres clases: dos de oro y plata para repartir a las corporaciones y particulares beneméritos con la inscripción: "A Fernando VII, Rey de España y de sus Indias" en el anverso, y "La M. N. y M. L. Ciudad de Guatemala.—Año de 1808" en el reverso; y una pequeña, de los tamaños de uno y dos reales, con el busto e inscripciones alusivas, con objeto de arrojarlas al pueblo el día de la jura.

A imitación de la Municipalidad, batieron medallas el Iltmo. Cabildo Eclesiástico, la Real y Pontificia Universidad, la Administración de Correos y el Real Consulado de Comercio. Todas estas medallas debían ser repartidas el día de la jura, para que los contemporáneos conservaran de ella gratísima y perpetua memoria.

Para la ceremonia misma improvisó un hermoso edificio en la plaza de armas, la que hubo de despejarse de gran parte de los "cajones", "sombras" y puestos de ventas, que constituían nuestro antiguo mercado y los cuales, provisionalmente, se trasladaron a la Plazuela del Sagrario, no lejos del sitio en donde se encuentra hoy nuestro grande, pero ya insuficiente mercado municipal.

Tal edificio fué colocado en la parte occidental de la plaza, frente a la puerta de la Audiencia, que es la misma que hoy abre paso a los Magistrados de la Corte Suprema de Justicia.

El edificio tenía forma de octágono irregular. Cuatro de sus caras eran mucho mayores que las otras, intermediarias. La forma general era como a manera de kiosco o de templete. Por dentro, formaba un salón donde había de verificarse la Jura.

Pero lo notable de esta máquina, cuya construcción se encargó al perito carpintero Agustín Guevara, eran las estatuas y pinturas que la cubrían y decoraban, que fueron debidas a los pintores Luis Santa Cruz, Mariano Pontaza, José Muñoz, Dionisio Contreras y Juan José Rosales que formaban, artistas de aquella atrasadísima época, una brillante escuela de pintura, como no la tenemos hoy ni quizá la tengamos en mucho tiempo, dado que el sentimiento de estética se ahuyenta cada día más de nosotros.

La escalera para subir al kiosco quedaba del lado Norte, mirando hacia la Municipalidad. La fachada tenía, hacia esta parte, varias pinturas alegóricas. En el zócalo se miraba un edificio en cuya entrada estaba la Historia en ademán de escribir sobre un libro que el Tiempo, representado por un viejo decrépito, sostenía en sus espaldas. Al rededor de la Historia estaban varias obras nacionales, como las crónicas de Vásquez, Remesal y Díaz del Castillo; los libros de Oviedo, de Padilla

y de Landívar ; los manuscritos de Blas Pineda y Polanco, Felipe Ruiz del Corral, Fr. Tomás del Valle, Gonzalo Alvarado, Calderón de la Barca y otros ingenios eminentes que a principios de este siglo ilustraban a la atrasada y obscura colonia guatemalteca. El historiador don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, ofrecía a la Historia un ejemplar de su gongorina "Recordación Florida". Este cuadro tenía las siguientes inscripciones:

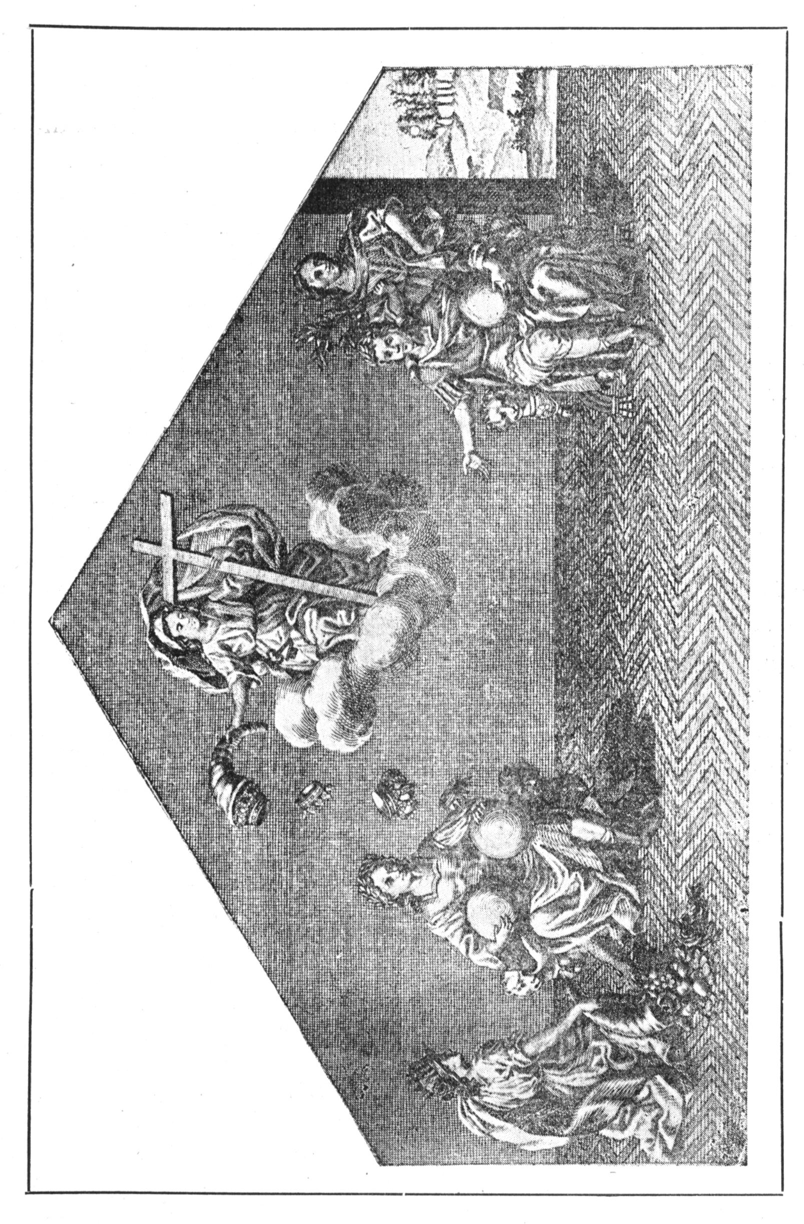
La fidelidad y ternura.
De la M. N. Y. M. L. C. de. Guatemala.
Erigio. Este. Monumento.
En. Medio. Del. Dolor.
A su amadó soberano.
El S. D. Fernando VII
Para. Perpetua Memoria.
De. Su. Augusta. Proclamacion.
En. que. alzo Pendones.
El Alferez. Rl. D. Antonio De Juarros.
El día 12 de Diciembre de 1808.
Año. 284. De. Su. Fundacion.

En el frontón ático (Fig. Nº 1) se pintó una pirámide truncada con el busto de Fernando. Ante esta pirámide había un altar dispuesto para el sacrificio. Guatemala rodeada de Chiapas, Nicaragua, Comayagua, San Salvador y Verapaz, todas simbolizadas por matronas, ofrecía dicho sacrificio, arrojando corazones en la pira. Este cuadro es de una belleza realmente notable. Sobre el frontón se elevaba un grupo escultórico que representaba a España tendiendo sus brazos a las dos Américas.

En el zócalo (Fig Nº 2) de la fachada que miraba al Occidente, es decir, al edificio de la Audiencia, se pintó el busto de Fernando en un óvalo formado de dos palmas y sostenido por una blanca paloma de cuyos pies muchos y muy brillantes rayos hacia la tierra partían. A Fernando le ofrecían presentes dos genios alados, en tanto que los rayos de la paloma herían a Napoleón Bonaparte que, medio desnudo, coronado de sierpes y rodeado de furias, en el suelo, con gran desesperación se retorcía. Otros rayos se ocupaban en derrumbar un edificio cuyas paredes tenían esta leyenda: "Posen, dbre. 2 1806". Este edificio no era otro que el hermoso Arco del Triunfo que todavía París ostenta con orgullo. En el ático de esta fachada occidental se representó la extensión y armonía del imperio español, por medio de un escudo de armas que en el aire sostenían dos grandes alas. Remataba el frontispicio con un retrato del Rey sostenido por un grupo de virtudes.

El zócalo de la parte Sur se ocupó con un cuadro en que se representaba un grande y bastante exacto mapa de Europa al que un águila formidable, tenía asido con el corvo pico y la garra izquierda, en ademán de alzar el vuelo con el mapa y todo. Varios reyes, vestidos a usanza de los de la baraja, disputaban su presa a Bonaparte, que no otro era el águila ladrona y atrevida. Este cuadro no tenía inscripción alguna. En

el ático estaba una bellísima alegoría que representaba a Castilla y Guatemala, aquella con su traje bordado de alcázares y ésta con su vestido de volcanes adornado, ambas con regias coronas en las sienes, uniendo sus manos cariñosamente. Ambas aparecían a la orilla de un mar tranquilo. Algo más lejos se veía a Hércules y a Cristóbal Colón aquel



(Fig. Nº 3)

derrumbando sus famosas columnas y éste trayéndolas en hombros hacia el punto donde estaban las matronas. Este episodio disminuyó mucho el mérito del cuadro El remate de este frente del edificio representaba a la paz, coronando a España y a Inglaterra, coaligadas a la sazón contra el Emperador de Francia. Inglaterra parece que por enton-

ces excitaba grande entusiasmo en Guatemala, por creerse que a ella debería España su independencia: de ahí que el artista la representara en sitio tan importante del edificio de la Jura y que el cronista de estos verdaderos sucesos se deshiciera en frases de alabanzas y de amor hacia la vieja Albión, cuyo cariño por la raza latina no ha sido nunca muy desinteresado, ni en aquellos antiguos ni en estos modernos tiempos.

A la parte de Oriente, se pintó al extremo del zócalo un tigre feroz que desgarraba el mapa de Francia Por detrás y por delante le acometían, de un lado la Justicia, con una espada y una balanza en la diestra y un escudo en la siniestra con esta inscripción: *Suum Quique,* y de otro el Valor vestido al modo de los antiguos griegos, armado con una lanza y defendido por un escudo que decía: Arte et Marte. Por los aires volaba una paloma (Fernando) conduciendo encadenada a una águila (Napoleón). A la izquierda estaba Francia representada por una matrona, cubriendo con negro manto cinco monumentos alusivos a las glorias napoleónicas. Las bases de estos monumentos decían: "Marengo, junio 14 de 1800". "Austerlitz, diciembre 2 de 1805". "Jena, octubre 13 de 1806". "Ulm, octubre 2 de 1807". "Friedland, mayo de 1807". En el ático estaban Augusto, Emperador Romano y Fernando VII, monarca español. (Fig. Nº 3). Aquel con un mundo y éste con dos en las manos. Sobre Fernando derramaba la Divina Providencia una cornucopia de coronas. Remataba este lado del edificio con un grupo alegórico del viaje de Fernando a Bayona. El Rey, vestido a la antigua, viajaba sobre la Fama, escoltado por el Honor y la Buena Fe.

En los lados pequeños del octágono, se unieron la posía y la pintura para solemnizar la gloria de Fernando.

Veíase ahí un hombre, en actitud de caer al mar, bajo un sol espléndido y de cuyo cuerpo caía gran cantidad de plumas; y abajo tenía esta silva:

Ycaro el atrevido, (Fig. Nº 4).
quiso subir a la más alta esfera
tan sólo sostenido
de alas de pluma que pegó con cera.

Y Godoy presumido
porque quiso "bolar" tan encumbrado,
ha caido derretido
al calor de Fernando Sol Amado.

Esta figura y verso, aludían a la caída del Príncipe de la Paz.

Otro cuadro representaba a Hércules venciendo al toro de Creta a quien sujetaba por los cuernos. (Fig. Nº 6). El poeta puso abajo:

Hércules valeroso
libró a Creta de un toro enfurecido
que horroroso,
hizo a todos temblar a su bramido.

Y Castaños glorioso
venció en Dupont al toro de la Francia
que venía furioso
a envestir del gran Betis la constancia.

El tercer cuadro representaba al mismo Hércules dando muerte a la hidra de Lerna; y decía así:



(Fig. Nº 4)

Allá en Lerna algún día (Fig. Nº 5).
mató la hidra feroz de diez cabezas
que quando una perdía
dos le brotaban de sus mismas piezas.

Y Palafox vencía
del Ebro en las orillas la Hidra fiera
que abortó la porfía
del tirano monstruoso de nuestra era.

El último cuadro representaba a Eolo encerrando a los vientos cautivos en una caverna.

El verso rezaba así:

Los vientos contenidos (Fig. Nº 7).
Eolo detuvo, mientras la hija amada
sacaba de sus nidos
los hijos que formaron turba alada.

Y los esclarecidos
Héroes de España, el Infantado y Teba,
para la empresa unidos,
uno forma el proyecto, otro la leva.

Es forzoso confesar que los malos poetas son ya viejos en nuestra tierra. A juzgar por estos versos la poesía de aquel tiempo quedaría en nuestra patria mal parada, si no fuera que un Goyena y un Córdova nos demuestran que no era lo mejor de entonces lo que escribía el cantor de Fernando.

Y continuaban las figuras alegóricas.

Una india, con arco y flecha en la mano, carcaj en la espalda y corona de plumas en la frente, a cuyo lado estaba un quetzal sobre un arbolillo, era Guatemala Kiché. Abajo tenía esta octava:

El antiguo "Tanub" reconocido
al "augusto que hoy jura" soberano
(¡En una de fregar cayó caldera!)
se postra ante Fernando convertido
del Kiché primitivo en castellano;
y con siete coronas que ha tenido
ciñe la frente del monarca hispano;
que cuando su nación le dió los reyes
habló su lengua obedeció sus leyes.

Seguía Guatemala Cachiquel, vestida a la romana, con una águila a sus pies. He aquí la correspondiente octava:

El reino Cachiquel engrandecido
de Jiutemal a Sinacám ha dado
diez testas coronadas que han servido
de escabel a tus pies, Fernando amado.

Pero hoy más que nunca sometido,
con veinte y ocho coronas esmaltado,
os viene a presentar los corazones
de veinte y dos perínclitas naciones.

Venía a continuación Guatemala Austriaca, con una cruz en la mano, corona de laurel y una estrella en la frente. A sus pies descansaba un becerro. La octava era ésta:



(Fig. Nº 5)

Por ti Monarca Augusto he renunciado
La fe y la libertad de mis mayores,
Yo me ofrecí gustosa a tu reynado
sin guerra, sin conquista, sin horrores.
Puse a tus pies, Fernando idolatrado,
diez y siete guirnaldas de mil flores,
¿Quién podrá separar a Guatemala
si en constancia y lealtad nadie le iguala?

La última figura representaba a Guatemala Borbónica, vestida con una túnica flordelisada; con una áncora en la mano izquierda y una espada en la derecha. A sus pies el artista representó un perro con una llave en la boca. Y el poeta escribió:

Guatemala, Señor, hoy os presenta
aquel amor antiguo y generoso
con que el nombre Borbón vió siempre atenta
desde que alumbró a Hesperia el "animoso":
aquel por quien tu sangre nos alienta
y a quien jamás rendí amor dudoso
pues desde que hay Borbón en las Castillas
Guatemala le dobla ambas rodillas.

Si las silvas eran malitas, no puede negarse que las octavas eran un poco peores. Queden para muestra de la poesía de aquel tiempo; y anótense con letras de oro, principalmente, aquellos dos versos que dicen:

"Al augusto que hoy jura soberano";
y "a quien jamás rendí amor dudoso";

y vamos adelante.

Frente al portal de la Municipalidad se puso un tablado para la concurrencia: lo adornaban los retratos del Adelantado y Capitán General don Pedro de Alvarado y Mesia y Contreras, cuya efigie se colocó en el salón municipal en tiempo del Alcalde don Juan Miguel Rubio y Genmir y el del santo Obispo don Francisco Marroquín, cuya memoria será siempre venerada por los amantes de la ilustración del pueblo.

Para la solemnidad de la Jura, se enlosaron el portal y el patio de la Municipalidad y se puso ladrillo en el corredor de su edificio.

Y no se crea que porque tales obras emprendía, era entonces el Ayuntamiento de Guatemala más rico que ahora. Todo lo contrario: la pobreza fué siempre compañera fiel de nuestra Municipalidad, de tal suerte que, si el Presidente no le acuerda un subsidio y si los concejales no la ayudan con sus propios peculios, las fiestas de la Jura no habrían pasado de la clase de proyecto.

CAPITULO III

La Jura.

Concluídos los preparativos para la solemne e importante ceremonia, se dispuso que ésta se verificara el lunes 12 de diciembre de 1808.

Enorme era la concurrencia que desde la madrugada del domingo 11 llenaba la Plaza de Armas.

Y a propósito de nuestra Plaza de Armas, bueno es consignar que, según el cronista de quien tomo estos datos, ella era a la sazón una de las mayores de la monarquía española. Su extensión es de 193 varas de

Oeste a Este por 165 de Sur a Norte. Cumple también añadir, que, si bien hoy día se encuentra muy hermoseada con su bonito jardín, su estatua de Colón, el hermoso templo metropolitano y—más que todo—con las bellas que diariamente la visitan, todavía la deslucen muchísimo los enanos y nada elegantes portales que de tres lados la rodean, no



(Fig. Nº 6)

siendo quizás el menos malo, por su aspecto y por su poco aseo, el municipal que se ha conservado casi idéntico desde los tiempos del Alcalde Juarros y Lacunza, hasta los presentes en que es Alcalde don Agustín Gómez Carrillo, erudito historiador y distinguido literato, muy señor mío y mi dueño.

Digo, pues—y perdónese la digresión—que el domingo 11 de diciembre, a eso de la madrugada, invadió nuestra plaza mayor gran cantidad de gente, atraída por la novedad de los aparatos fabricados para la Jura, al rededor de los cuales formaba apretadísimo cerco. El retrato del Rey habíase colocado desde la víspera en sitio visible; y un escuadrón de las milicias de la ciudad, al mando del Doctor don José de Aycinena, Coronel del Ejército, le hacía la guardia. La vista del tierno centro de los amores del pueblo (así llamaban al bellaco Fernando en aquel entonces) provocó grande entusiasmo en la multitud.

El retrato de Fernando había sido pintado por don Juan José Rosales, quien lo copió de uno de Antonio Carnicero, pintor español.

Todo el día lo pasó el pueblo en la plaza, donde no faltaban las tradicionales ventas de agua loja, horchata, barquillos y caramelos, inseparables compañeros del pueblo guatemalteco en todas sus inocentes y simplísimas distracciones. Por la noche hubo luminarias en toda la ciudad; se dió o se ejecutó, como diríamos hoy, un concierto en el portal municipal, dirigido por el hábil maestro Vicente Sáenz. A eso de las ocho de la noche empezaron los fuegos artificiales, diversión honesta y sencilla que en todos tiempos ha hecho las delicias de los chapines, quienes con sus ¡ha... ! prolongados, sus gritos y silbidos, demuestran cuánto y cuánto les gustan los castillos, los toritos, los escupidores, las palmas, las bombas y otros chismes de cohetería que desde inmemorial época se queman en nuestras funciones cívicas y religiosas.

Amaneció por último, el deseado día doce, en que los impacientes ojos de los hijos de la capital del reino habían de ser testigos de la fausta ceremonia; y llegó por fin la hora en que Guatemala, la muy noble e muy leal cibdad de Santiago de los Caballeros de Goathemala, había de dar indubitable prueba de su lealtad al cautivo Monarca.

Hechas las salvas, henchidos por el viento los clarines y sonadas a rebato las campanas con que se saludó la feliz aurora de aquel memorable día, el Capitán General González Mollinedo y Saravia, pasó revista a las fuerzas que, elegantemente uniformadas, en formación correcta, se colocaron en la plaza.

Pasada esta revista se esperaron las cuatro de la tarde, hora en que la Plaza Mayor presentó un vistosísimo espectáculo.

Llena estaba ella del pueblo y de muchos provincianos que expresamente habían venido a presenciar la Jura.

Bullía la multitud abigarrada, llena de variadísimos colores, compuesta de gente de toda especie, desde el anciano contemporáneo de las ruinas de Santa Marta hasta la pequeñuela que aún no se daba completa cuenta de lo que estaba pasando; desde el indio que embobado contemplaba el edificio de la Jura, sin saber ni por asomo qué era lo que se tenía entre manos, hasta el soldado que apenas podía ya con el peso de su arma. Veíanse allí rebozos, chales, listones, cabelleras hermosas, ojos negros y decidores, sombreros de petate, gorras de soldados, chambergos de castor, en fin, un verdadero derroche de colores y de tipos

populares que hoy apenas se conservan medio borrados por la acción destructora del tiempo. Leíase en todos los rostros enrojecidos por la fuerza del sol, sudorosos por el calor, la impaciencia más viva, y mientras llegaba la hora, entreteníase el pueblo en las ventas ambulantes, con sus salados y picarescos dichos.



(Fig. Nº 7)

En la azotea de los portales estaba la aristocracia, bajo bien aderezado toldo; y entre la aristocracia lujosa y elegante, se distinguían las damas; y entre las damas era la mejor, por su traje y hermosura, Su Señoría doña Micaela Colarte, esposa del Capitán General y Presidente del Reino.

De pronto un rumor prolongado, al que siguió el más profundo silencio, demostró que se daba principio a la ceremonia y así era, en efecto, pues del Cabildo salían el Alférez Real, el Muy Noble Ayuntamiento y muchas personas de la nobleza, precedidos de heraldos y maceros lujosamente ataviados que se colocaron en los ángulos del edificio preparado para la Jura. El Alférez Real, con el estandarte del Rey en sus manos y acompañado de los capitulares, llegóse al edificio y allí proclamó al Señor don Fernando VII Rey de España y de sus Indias, y alzó pendones en su nombre, vociferando: "Guatemala, oíd, escuchad! Guatemala por nuestro Católico Monarca, el Señor don Fernando VII, que Dios guarde, Rey de España y de sus Indias!", fórmula que repitió en los cuatro ángulos de la plaza, en medio del estrépito de las campanas echadas al vuelo y de las salvas de artillería. Incontinenti se repartieron al pueblo las monedas de plata mandadas acuñar para la Jura y los Reyes de Armas dieron fe y testimonio de la proclamación.

Acto continuo se ordenó la cabalgata.

Abrían el paseo las mazas, seguían los capitulares y la nobleza; después el real pendón entre los Alcaldes 2º y Provincial, y por último, cerraba la marcha un escuadrón de caballería, al mando del Coronel don Tadeo Piñol. Esta procesión tomó por la 6ª Avenida Sur, que entonces se llamaba Calle Real, hasta la casa de don Miguel Asturias que es la misma en que hoy habita la familia de Aguirre; cruzó hacia el Carmen y Santo Domingo; luego dobló para el Norte, por la Calle de la Merced y por último, al Oeste, hacia los muros de la Concepción, llegando después al Cabildo en donde fué depositado el pendón. Toda la carrera estaba profusamente adornada con flámulas, gallardetes, cortinas y arcos y el suelo estaba regado de pino. Entre tanto sonaban las campanas y continuaban las salvas de artillería.

Una vez la comitiva en el Cabildo, se sirvió un espléndido refresco en el salón de sesiones del Ayuntamiento.

Hízose luego lugar a las orquestas que llenaron los aires con sus acentos armoniosos y verificándose después los fuegos artificiales imprescindibles.

No concluyó bien aquel día de regocijo y de fiestas. Pasada la media noche, por causa de algún descuido o por algún cohete de los muchos que se quemaron en los mismos fuegos, se incendió uno de los "cajones" mercantiles de la Plaza de Armas. No estaban entonces en moda las compañías de seguros contra incendios. No obstante, éste fué terrible y amenazó no dejar en pie uno solo de los cajones que habían quedado en la plaza, a la que comunicaban siniestro aspecto las llamas que en terribles lenguas de fuego subían a lo alto. Debióse al celo y actividad del Capitán don Miguel José Manrique y Barrutia, del Teniente don Tadeo Piñol, de los Miembros del Ayuntamiento y aún del propio Capitán General González Mollinedo y Saravia, el que pudiera a costa de gran trabajo, sofocarse aquel incendio.

El día siguiente, martes 13 de diciembre, estaba destinado a dar gracias a Dios por la exaltación de Fernando.

Inmensa concurrencia llenó desde temprano el beaterio de Santa Rosa y aún el atrio y las calles adyacentes. La nave del pequeño templo estaba llena de lo más distinguido de la ciudad: el Presidente de la Real Audiencia; los RR. Prelados; el Muy Noble Ayuntamiento; el real Consulado; las sagradas Religiones; la Universidad; los Jefes Militares; las damas de la aristocracia, todo, en resolución, lo más granado de la colonia; hasta los maestros cabezas de gremios, se habían reunido allí con el objeto de entonar solemnísimo Tedeum, por vía de acción de gracias. Ofició de Pontifical el Iltmo. Señor Arzobispo, Doctor don Rafael de la Vara de la Madrid, y pasadas la misa y la procesión, pronunció una notable oración el señor Arcediano Doctor don Isidro Sicilia y Montoya.

La lluvia que intempestivamente cayó por la tarde del trece, impidió el paseo del carro triunfal, señalado para este día; mas no los fuegos artificiales que se quemaron con general contentamiento.

En la tarde del 14 se verificó el paseo de un carro triunfal con la estatua de Fernando esculpida por el maestro Martín Abarca.

Abrían la marcha cincuenta hombres vestidos a la encamisada, con todo lujo y esplendor, caballeros en fogosos bridones y divididos en dos filas. Comandaba este escuadrón el maestro Marcos Gálvez, quien llevaba un estandarte con las iniciales del real nombre. En medio del escuadrón marchaba una buena orquesta. Seguía después un carro tirado por tres parejas tordillas y en el cual venían varias doncellas, cantando estancias que para el efecto compuso el maestro Vicente Sáenz, a quien también por este lado soplaba la musa. Venía a continuación el Muy Noble Ayuntamiento con la nobleza y vecindario, y luego el carro triunfal, tirado por 16 jóvenes de la aristocracia, uniformados de casaca de raso azul, vuelta, solapa y collarín encarnado con botón de oro, chaleco y pantalón de blanco perla; sombrero de copa alta, con preciosas cucardas color de rosa, y botín. Al cuello llevaban medallones con el busto del Rey, orlado de perlas y diamantes.

Prolongáronse las fiestas varios días más, después de la ceremonia, con gran contentamiento y regocijo de toda suerte de vecinos.

No escasearon las loas y autos sacramentales en graves asuntos religiosos inspirados; puestos en escena en teatrillos que se improvisaron en la plaza y en los cuales jugaba siempre importantísimo papel el diablo; ni faltaron los fuegos artificiales de vistosos aparatos hechos; las cabalgatas y mojigangas de encamisados lujosamente vestidos, caballeros en jacos brillantemente parapetados; las misas y Tedeums solemnísimos en todas las iglesias de la capital del reino; los sermones de famosos padres predicadores, tan llenos de sagrada elocuencia como de

latinajos eruditos; los repiques de campanas echadas continuamente al vuelo, cual si el júbilo las hubiera enloquecido; el estruendo de la artillería que llenaba los aires, el pavoroso ruido de los cohetes y, en resolución, todo aquello que podía demostrar de manera evidente el gran gozo con que los republicanos (así se decía entonces) celebraron el advenimiento de Fernando.

CAPITULO IV

Donde el autor concluye con una moraleja de Pero Grullo.

El año 1808 se cometió la ingenua ridiculez de jurar a un monarca caído, el Señor don Fernando Séptimo, en medio del ruido de las salvas y del esplendor de los fuegos artificiales.

En 1821, se juró la independencia: luego la anexión al Imperio Mexicano y en seguida se volvió a jurar la Independencia absoluta.

Después se juró la Federación; luego la ruptura del pacto federal.... ¡Con que fíen ustedes en los juramentos del pueblo!

RESUMEN DE LO EFECTUADO POR LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA DESDE SU FUNDACION

(Extracto de las actas.)

SESION PRELIMINAR.—15 de mayo de 1923

Se acuerda por los concurrentes, la creación de la *Sociedad* que se denominará *de Geografía e Historia.*

* * *

Se nombra una comisión para formular los Estatutos, compuesta por los señores Licenciado don Adrián Recinos, Licenciado don Virgilio Rodríguez Beteta e Ingeniero don Fernando Cruz.

* * *

Se procede a la elección de Directiva, quedando ésta constituída así: *Presidente,* Licenciado don Antonio Batres Jáuregui; *Vicepresidente,* Ingeniero don Félix Castellanos B.; *Primer Vocal,* Licenciado don Salvador Falla; *Segundo Vocal,* Licenciado don Adrián Recinos; *Tercer Vocal,* Licenciado don J. Antonio Villacorta C; *Tesorero,* Doctor don José Matos; *Primer Secretario,* don Rafael E. Monroy; *Segundo Secretario,* don Carlos Wyld Ospina.

* * *

Se dispone celebrar la inauguración de la Sociedad, con una sesión pública solemne y se nombra una comisión de socios para organizarla.

* * *

Además de las personas mencionadas, concurrieron a formar la Sociedad en esta primera reunión, los señores Generales don Pedro Zamora Castellanos y don J. Víctor Mejía; Ingeniero don Juan Arzú Batres, Licenciado don José Rodríguez Cerna, Ingeniero don Lisandro Sandoval, Profesor don Flavio Guillén, Licenciados don Rafael Montúfar y don Ernesto Rivas, y don José Castañeda.

SESION ORDINARIA.—21 de mayo de 1923

Se aprueba el programa general de la Sesión pública solemne y se fija para celebrarla el día 25 de este mes, nombrándose comisiones para atender a las autoridades, público, etc. Se admiten como socios, a los señores Ingeniero don Lisandro Sandoval, Doctor don Fernando Iglesias y don Francisco Fernández Hall.

PRIMERA SESION PUBLICA.—25 de mayo de 1923

Es celebrada en el Palacio del Centenario con asistencia del señor Presidente de la República y numeroso público. Diserta el socio Rodríguez Beteta sobre los fines de la Sociedad.

Es recibido como socio, el Licenciado Enrique Martínez Sobral, Tesorero de la Sociedad de Geografía y Estadística de México, quien diserta sobre la importancia de la Geografía y la Historia en el progreso y porvenir de la humanidad.

Da una conferencia con proyecciones luminosas el señor Morley sobre las últimas exploraciones e investigaciones llevadas a cabo en las Ruinas Mayas del Petén.

SESION ORDINARIA.—14 de febrero de 1924

Es leída una comunicación del poeta Soto Hall, sobre el futuro Congreso de Buenos Aires. Se acuerda gestionar ante el Gobierno de Guatemala el envío de obras históricas y geográficas, mapas, etc. al certamen que va a efectuarse en Buenos Aires con motivo de ese Congreso.

Es electo el socio Fernández Hall, Secretario de la Sociedad, en virtud de renuncia presentada por el socio señor Monroy.

Se aceptó como socios, a los señores Licenciados don Rafael Piñol y don José A. Beteta.

SESION PUBLICA.—9 de marzo de 1924

Lee su discurso de recepción, el nuevo socio, señor Ingeniero don Claudio Urrutia, sobre *Curiosidades Geográficas del territorio de Guatemala,* siéndole contestado por el socio, General don J. Víctor Mejía. Hace una disertación sobre música regional peruana el Doctor don Antonio Encinas.

La Sociedad confiere el título de Socios de Honor, por sus notables trabajos científicos referentes a Arqueología, Geografía y Lingüística de Guatemala, a los señores Karl Sapper, Sylvanus G. Morley y William Gates.

El señor Morley da una conferencia ilustrada con proyecciones cinematográficas sobre el resultado de sus últimas excursiones y exploraciones en Yucatán y Petén.

Es leído el acuerdo del Gobierno pensionando por vida con la suma de $3,000 mensuales al Artista Nacional don Jesús Castillo, que se ocupa en componer una ópera regional.

SESION ORDINARIA.—11 de mayo de 1924

Se informa que la Directiva ha resuelto en sentido favorable la solicitud hecha al Gobierno por la Carnegie Institution, de Washington, para efectuar exploraciones arqueológicas en el Petén, solicitud pasada en Consulta por el Gobierno a la Sociedad.

* * *

Se acuerda que sea nombrado el señor Soto Hall, representante de la Sociedad en el Congreso Geográfico de Buenos Aires y excitar a los socios para que envíen obras inéditas al Certamen que va a verificarse conjuntamente con el Congreso.

* * *

Quedó acordado invitar al Gobierno para que de manera oficial, sea conmemorado el IV Centenario de la fundación de la primitiva capital de Guatemala.

* * *

A solicitud del Licenciado Montúfar, se acuerda solicitar de la Asamblea Nacional, una pensión mensual para atender los gastos de la Sociedad, debiendo quedar bajo la dirección e inspección de ella, los museos y, si posible es, también los archivos y bibliotecas oficiales.

* * *

Se nombran las diversas comisiones que han de organizar los festivales del IV Centenario de la fundación de Guatemala.

* * *

Se admiten como socios, el señor Licenciado don Mariano Zeceña y al señor Doctor don Ezequiel Soza.

* * *

Se manda consignar en el acta, el aprecio con que la Sociedad ve los trabajos de investigación histórica con tanta acuciosidad llevados a cabo por el socio don Víctor Miguel Díaz.

* * *

El Licenciado Villacorta C., ofrece el local del nuevo edificio de la Jefatura Política, para la celebración de las futuras sesiones y se acuerda celebrarlas ahí, dándole las gracias por su valiosa oferta.

Se acuerda que una comisión compuesta de los socios Montúfar y Villacorta C., ponga sus gestiones ante el Gobierno, como han sido iniciadas desde el comienzo de la Sociedad, procurando que se le conceda a ésta un local provisional mientras tiene el suyo propio, y se ponga bajo su supervigilancia la organización del Museo Nacional y la reorganización de la Biblioteca y Archivos Nacionales.

SESION ORDINARIA.—8 de junio de 1924

Se acuerda consignar un voto de gracias de la Sociedad, a la Asamblea Nacional por haber ésta fijado en el presupuesto, una suma destinada a los gastos mensuales de la Sociedad.

* * *

Se ordena comenzar a cobrar las cuotas mensuales a los socios.

* * *

El socio Licenciado Villacorta C., da cuenta de sus trabajos de formación de una monografía completa del departamento de Guatemala.

SESION ORDINARIA.—6 de julio de 1924

Leyó la señora doña Lily de Jongh Osborne, su discurso de recepción que versa sobre la civilización de los antiguos mayas. Dió lectura al suyo la socia doña Natalia Górriz v. de Morales, en que trata de las orquídeas y su relación con las primitivas tradiciones indígenas de Guatemala. Se acordó que ambos trabajos sean publicados en "Los Anales" de la Sociedad.

* * *

Fueron admitidos como nuevos socios, el señor Licenciado Alejandro Arenales, señorita Ana R. Espinosa, don Mariano Pacheco Herrarte y don Fernando Juárez Muñoz.

Se aprobó en general el proyecto de festivales organizados por la Sociedad para el próximo Centenario de la fundación de la ciudad de Guatemala, formulado por el Licenciado don Virgilio Rodríguez Beteta.

* * *

Se acordó investigar muy cuidadosamente, cuál fué la verdadera casa en que nació en la Antigua el poeta Landívar, para fijar en ella la lápida conmemorativa. Fué electa la nueva Junta Directiva quedando constituída así: *Presidente,* señor Licenciado don Antonio Batres Jáuregui; *Vicepresidente,* Licenciado don Virgilio Rodríguez Beteta; *Primer Vocal,* Licenciado don Salvador Falla; *Segundo Vocal,* Licenciado don Rafael Montúfar; *Tercer Vocal,* Licenciado don J. Antonio Villacorta C., *Tesorero,* Licenciado don José Matos; *Primer Secretario,* don Francisco Fernández Hall; *Segundo Secretario,* don Mariano Pacheco Herrarte.

SESION ORDINARIA.—13 de julio de 1924

El socio Juárez Muñoz, da cuenta de sus gestiones para averiguar cuál fué la casa en la Antigua Guatemala, donde nació el poeta Landívar.

* * *

Se acuerda nombrar una comisión para que continúe investigando este asunto y que la fijación de la placa en honor de Landívar, se haga con el carácter de provisional.

* * *

Se aprueba el programa definitivo de los festejos del próximo 25 de julio, con motivo de la conmemoración del IV Centenario de la fundación de Guatemala.

* * *

Se autoriza al Comité respectivo, para que haga las erogaciones necesarias por cuenta de la Sociedad, para esos festivales.

* * *

Se manifestó estar listos ya los varios tomos de la parte inédita de la obra de Fuentes y Guzmán, "Recordación Florida" que se encontraba en el Archivo de la Municipalidad. Estos tomos han sido paleografiados por los socios señores Cruz y Recinos y estarán concluídos el 25 de julio, a fin de que se gestione su publicación.

SESION PUBLICA SOLEMNE CON MOTIVO DE LA CELEBRACION DEL IV CENTENARIO DE LA FUNDACION DE GUATEMALA

25 de julio de 1924

Se da lectura a la Exposición de Motivos en que la Sociedad da cuenta de sus gestiones para la celebración del Centenario.

* * *

Diserta el socio Licenciado Enrique Martínez Sobral, acerca del acontecimiento conmemorado.

* * *

El Excelentísimo señor Ministro de Francia, impone las Palmas Académicas al socio señor don Jesús Castillo, autor de la ópera "Quiché Vinac". Varios pasajes nacionales de dicha ópera fueron representados por la primera vez en Guatemala, por valiosos elementos artísticos.

* * *

Durante los días 27 y 28 de julio tiene lugar la Excursión automovilística a los lugares donde ha estado la ciudad de Guatemala y los demás actos y festejos, acordados en celebración del IV Centenario de la Ciudad, y el detalle de todos los cuales aparece en el número 2º de "Los Anales".

SESION ORDINARIA.—10 de agosto de 1924

Se manda pasar a estudio de una Comisión especial, el asunto de si afecta a Guatemala la declaración hecha por el Gobierno Mexicano sobre nacionalización del río Usumacinta en la frontera mexicana.

* * *

Se nombran las siguientes comisiones permanentes: de PUBLICACIONES: Licenciado don Antonio Batres Jáuregui; de GEOGRAFIA Y LEVANTAMIENTO DE PLANOS: Ingeniero don Claudio Urrutia; de HISTORIA UNIVERSAL: señora doña Natalia Górriz v. de Morales; de HISTORIA DE CENTRO AMERICA: Licenciado don Salvador Falla, Licenciado don J. Antonio Villacorta C. y Licenciado don Mariano Zeceña; de ARQUEOLOGIA: Ingeniero don Fernando Cruz; de CIENCIAS NATURALES Y OBSERVACIONES METEOROLOGICAS: señor don Mariano Pacheco Herrarte; de HACIENDA: don Francisco Fernández Hall. Todas estas personas, nombraron los socios con que han de integrar sus respectivas comisiones.

* * *

Fué presentada la moción en el sentido de que se vayan restaurando los edificios aún no del todo arruinados en la Antigua, y destinándolos a escuelas, colegios y museos a que en el futuro la ciudad se transforme, como todas sus condiciones de clima, salubridad, quietud y bellezas naturales lo indican, en el Centro o Ciudad Universitaria de Centro América. La moción fué presentada por los socios Martínez Sobral y Rodríguez Beteta.

CUARTA SESION PUBLICA EN CONMEMORACION DE LA INDEPENDENCIA 14 de septiembre de 1924

Se dió lectura al saludo de la Sociedad a la Patria, en el aniversario de su emancipación política. Leyó la señorita Ana R. Espinosa, un extenso estudio acerca de la instrucción de la mujer en los tiempos coloniales.

El Licenciado Villacorta, por encargo del Presidente de la Sociedad, dió lectura al discurso de contestación escrito por el señor Batres Jáuregui.

La Banda Marcial ejecutó, en los intervalos un magnífico concierto de música clásica.

SESION ORDINARIA.—7 de octubre de 1924

Se acordó que la Sociedad conmemore el aniversario del Descubrimiento de América, colocando una corona de flores en el monumento de Colón, en la Plaza de Armas y haciendo uso de la palabra en tal momento, uno de los socios, que aludirá de manera especial al Congreso de Historia de América que ese día se inauguraba en Buenos Aires, República Argentina.

* * *

Se acordó que la próxima sesión pública que celebre la sociedad, sea organizada por los socios Licenciado Villacorta C., Generales Mejía y Zamora Castellanos y señora de Jongh Osborne.

* * *

Fué leído por el Presidente, señor Batres Jaurégui, un trabajo biográfico sobre el Doctor Mariano Gálvez, en que se esclarece el dato de quiénes fueron los padres del ilustre patricio.

* * *

A moción del socio Rodríguez Beteta, quedó acordado que la Sociedad lleve a cabo un homenaje público a la memoria del ilustre Jefe del Estado de Guatemala en la Federación Centroamericana, Doctor Mariano Gálvez. Que al efecto, se gestione en el sentido de traer de México sus restos, y que ya sea que esto se consiga o que no, en todo caso, se lleve a cabo la tributación, que se procurará revista las proporciones de un homenaje de la nación entera. Se distribuirán entre los socios las diver-

sas materias principales sobre que versó la actuación gubernativa del Doctor Gálvez, a fin de publicar esos trabajos en conjunto, ya en un folleto o en un número especial de "Los Anales".

* * *

Respecto a la moción pendiente, del Licenciado Montúfar, se acordó que la Sociedad haga una excitativa a todos sus socios a fin de que dirijan al señor Montúfar las observaciones que crean del caso para la reimpresión que proyecta de la obra "Reseña Histórica de Centro América" del ilustre publicista e historiador, Doctor don Lorenzo Montúfar.

SESION ORDINARIA.— 9 de noviembre de 1924

Se acuerda un voto de gracias al socio Doctor Matos por la manera tan detallada y minuciosa con que ha llevado las cuentas como Tesorero de la Sociedad. Las cuentas fueron aprobadas después de oír el dictamen de la Comisión de Hacienda y se acordó que un extracto, fuera publicado en uno de los números próximos.

* * *

Son aceptados como socios los señores Doctor don Manuel I. Arriola, don Carlos F. Novella, don Nicolás Reyes O., don Gustavo Novella, don Santiago Barberena y don Carlos L. Luna.

* * *

Se encomienda al cuidado de la formación del número III de Los Anales de la Sociedad, al socio, Ingeniero don Fernando Cruz, quien designará los otros compañeros que deban ayudarle. Se acordó que en lo sucesivo cada número de "Los Anales" correrá a cargo de dos o tres de los socios.

* * *

Se comisiona a los socios Licenciados Montúfar y Villacorta C., para que repitan ante el Gobierno, sus gestiones a fin de que el año próximo se enpiece la publicación gradual de las obras históricas inéditas de más mérito que se conservan en nuestros archivos. Asimismo repetirán sus gestiones para que se conceda a la Sociedad, la supervigilancia de los archivos coloniales, Federal, etc., y de la Biblioteca Nacional. En una palabra, para que la Sociedad sea el centro director y organizador de los archivos, Museo y demás centros de conservación de los documentos históricos del país.

* * *

Se acordó comisionar, como jefe de la Sección de Estadística, al socio señor Juárez Muñoz, la investigación de si hay error o no en el número de analfabetos de la República que trae el Censo General, ya que dicho número parece exagerado al propio señor Juárez Muñoz.

* * *

Se acordó oficiar a *The National Geography Society*, de Washington, en el sentido de hacerle observar que hay error en el último mapa que ha publicado haciendo figurar al Río Motagua como límite entre Guatemala y Honduras.

* * *

Se acordó que en lo sucesivo se celebre sesión cada primer domingo de mes sin falta alguna y que la Directiva tenga una sesión previa a esa general.

SESION ORDINARIA.—7 de diciembre de 1924

Se acordó dar las gracias a don Máximo Soto Hall por haber representado a la Sociedad ante el Congreso de Historia de América, de Buenos Aires en forma que redunda no sólo en prestigio de la Sociedad de Geografía e Historia, sino de Guatemala.

* * *

El señor Ingeniero don Claudio Urrutia emitió un informe sobre la cuenca y lugares que atraviesa el Río Usumacinta, haciendo ver que es un afluente de poca consideración y que se encuentra en territorio exclusivamente mexicano.

* * *

Dió lectura el señor Doctor don Fernando Iglesias, a su discurso de recepción que versó sobre las antigüedades artísticas de Guatemala, y sobre la necesidad de proveer a su conservación.

* * *

Se nombró una comisión compuesta de los socios Iglesias, Villacorta C. y Barberena, para trabajar en la formación del catálogo definitivo de las obras de arte que se hayan perdido y de las que aun se conservan en Guatemala.

* * *

Se nombró una comisión compuesta de los socios Montúfar, Villacorta C. y Barberena para que, al acceder el Gobierno a la solicitud de comenzar la publicación de las obras históricas de más valor, por el Popol Vuh y el Manuscrito Cachiquel, dirijan y paliografíen dichas obras.

* * *

Se dió cuenta de haber recibido la Sociedad, la obra voluminosa que dejó escrita el brillante maestro e historiador don Valero Pujol sobre Historia Universal.

Quedaron nombrados los socios Villacorta C., y Montúfar para que abran dictamen sobre la obra, y propongan lo que crean conveniente para su publicación.

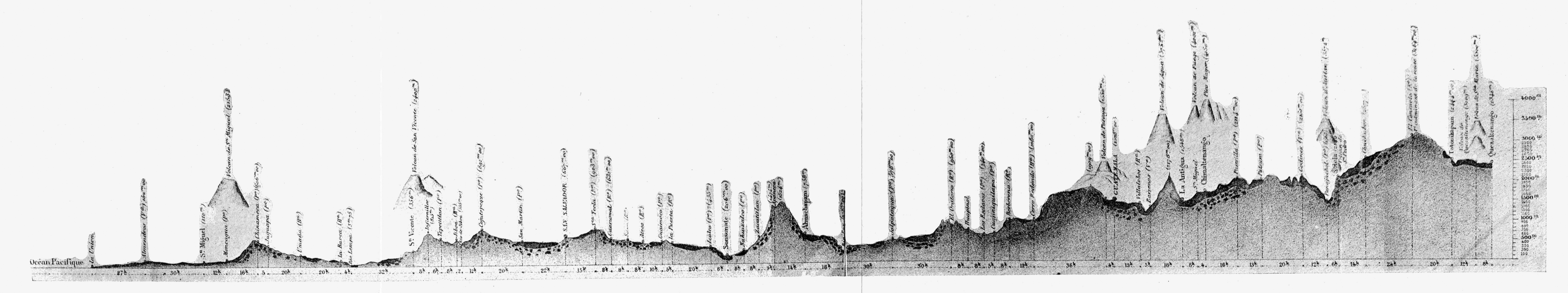


Figura Nº 1—Corte longitudinal del Puerto de La Unión (El Salvador), hasta Quezaltenango (Guatemala).

Volcan de Tacana | Volcan de Tajomulco | Volcan de Santa Maria | Volcan de Quezaltenango | Cerro de Zuñil | Volcan de San Pedro | Volcans de Atitlan | Volcan de Fuego | Volcan de Acatenango | San José | Volcan de Agua | Volcan de Pacaya

Figura Nº 2—Vista general de la costa de Guatemala, desde la rada del Pacífico, frente al Puerto de San José.

¿CUAL DE LAS TRES FECHAS SERA LA VERDADERA.....?

Apenas hace un siglo que en nuestros anales políticos fué consignada la generosa iniciativa del patricio benemérito Doctor don Simeón Cañas, de grata recordación, y ya la bruma de la duda envuelve en su manto de tinieblas, la gloriosa fecha en que fueran manumitidos los esclavos de Centro América. Homero mitológico o Colón disputado, tienen su razón de ser. El tiempo lejano es propicio para los grandes eruditos. Pero sus brillantes disquisiciones no han podido fijar si efectivamente existió el enorme poeta griego, o si el descubridor del Nuevo Mundo fué genovés o nació en Pontevedra de Galicia.

El Diputado federal por Chimaltenango no pertenece a lejanos tiempos. Su gesto soberano parece verse todavía en la Asamblea Nacional Constituyente, inspirando la suspirada libertad de los esclavos. Su elocuencia es sublime, sabiendo conquistarse la voluntad de los próceres que declararían la libertad reclamada por él.

"Vengo arrastrándome, dice, y si estuviera agonizando, agonizando viniera, por hacer una proposición benéfica a la humanidad desvalida." "Con toda la energía con que debe un Diputado promover los asuntos interesantes a la patria, pido, que ante todas cosas y en la sesión del día, se declaren ciudadanos libres nuestros hermanos esclavos; dejando salvo el derecho de propiedad que legalmente prueben los poseedores de los que hayan comprado, y quedando para la inmediata discusión, la creación del fondo para indemnizar a los propietarios."

"Todos saben que nuestros hermanos han sido violentamente despojados del inestimable don de su libertad, que gimen en la servidumbre, suspirando por una mano benéfica que rompa la argolla de su esclavitud. Nada, pues, será más glorioso para esta augusta Asamblea, más grato a la Nación, ni más provechoso a nuestros hermanos, que la pronta declaración de su libertad, la cual es tan notoria y justa que sin discusión y por general aclamación debe decretarse."

"La Nación toda se ha declarado libre, lo deben ser también los individuos que la componen. Este será el Decreto que eternizará la memoria de la Asamblea en los corazones de esos infelices que, de generación en generación bendecirán a sus libertadores."

"Mas para que no se piense que intento agraviar a ningún poseedor, desde luego, aunque me hallo pobre y andrajoso, porque no me pagan en las cajas ni mis créditos, ni las dietas, cedo con gusto cuanto por uno y otro título me deben estas cajas matrices, para dar principio al fondo de indemnización."

El ilustre historiador nicaragüense señor **Gámez**, al referirse a la Declaración solemne de que los esclavos existentes en cualquier punto de Centro América, fueran libres desde el 28 de abril de 1824, manifiesta consignarlo a conciencia como un dato histórico que no se puede revocar a duda; y al hacer mención de los propósitos del inmortal Diputado federalista, afirma que fué un digno émulo de Montesinos y Las Casas.

Está vivo, pues, el recuerdo de aquella gloriosa acción, porque las páginas de nuestra historia la conservan con fervorosa devoción. Fué de gran extrañeza para los que veneramos esos recuerdos patrios, lo que dijera un cotidiano importante de esta localidad el 13 de mayo del corriente año. "El Imparcial" encabeza una esquelita de "Juan J. Jonhg", con este epígrafe: "Siempre los extraños saben más de lo nuestro que nosotros mismos"; y luego da traslado a sus lectores del descubrimiento hecho por S. J. Haeckins en su libro escrito el año de 1832, de que la declaración en favor de los esclavos de Centro América, se verificó el 17 de abril de 1823.

Y la cita de esa autoridad ha sido a propósito del Decreto número 1305 que publica "El Guatemalteco" de 7 de mayo del corriente año, rememorando el Decreto de manumisión de los esclavos. Para este diario es el 6 de mayo de 1824, la fecha histórica aludida.

Tenemos, pues, sobre el tapete tres fechas discordantes para el mismo acontecimiento histórico. Mr. Haeckins señala el 17 de abril de 1823; mientras el historiadr Gámez nos refiere que fué el 23 de abril de 1824. Sin embargo, para "El Guatemalteco" fué el 6 de mayo de 1824.

¿Cuál de las tres fechas será la verdadera?

Somos de opinión que ni Mr. Haeckins ni "El Guatemalteco" están en lo cierto; y que el historiador nicaragüense está con la verdad histórica, porque en su obra se descubre el estudio concienzudo y hasta familiar de ese importante suceso. "Cuéntase, dice, que el 31 de diciembre de 1823, el virtuoso anciano, que se hallaba postrado en cama, se hizo conducir al salón de sesiones" para pronunciar las elocuentes palabras que hemos transcrito y que tan hondamente influenciaron el espíritu generoso de la Asamblea Nacional Constituyente. Nos revela ese historiador, que supo hacer su estudio en familia, que no sólo registró los archivos de esta República, que se inspiró al calor de las interesantes referencias anedócticas de sus contemporáneos, cuando el vendaval de la política de su país lo arrojó a las playas guatemaltecas.

La proposición del notable Diputado federalista, fué secundada ardientemente por sus eminentes colegas don José Francisco Barrundia y Doctor don Mariano Gálvez, y perduró de tal manera ese entusiasmo, que Gámez agrega, que al ser ratificado el notable Decreto por el Ejecutivo Nacional, lo verificó con estas hermosas palabras: "Ese Decreto merece las tablas en bronce"; y luego los miembros del Ejecutivo Nacional, fueron los primeros en dar el ejemplo de manumitir gratuitamente a sus esclavos.

Entendemos como un deber patrio, resolver nuestras dudas en el seno de la familia, sin atenernos a lo que digan los extraños que se precien de saber más de lo nuestro que nosotros mismos. Entendemos como un deber sagrado, enseñar la historia que resista el examen de la crítica, que sea el trasunto fiel de los acontecimientos pasados. Ahora que la respetable "Sociedad de Geografía e Historia" de Guatemala ha empezado a espigar con brillo ¿pudiera tomar a su cargo el esclarecimiento de ese punto histórico?

JESUS HERNANDEZ SOMOZA

Guatemala, septiembre de 1924.

(De "El Foro Guatemalteco")

* * *

Sobre el particular publicaremos la respuesta en nuestro próximo número.

VARIEDADES

NUEVOS SOCIOS.—Como lo verán nuestros lectores por la lista que figura en las primeras páginas, el número de socios de la Sociedad de Geografía e Historia se ha limitado en los últimos meses. Conforme los Estatutos el ingreso debe solicitarse por el ingresado, respaldando su solicitud con la firma de dos socios. La Junta Directiva abre dictamen acerca de la solicitud y en vista de este dictamen la Junta General determina sobre la aceptación o no. Nuestros nuevos consocios son los señores Doctor don Manuel Y. Arriola, Ingenieros don Gustavo y don Carlos Novella, don Carlos L. Luna, don Nicolás Reyes O. y don Santiago Barberena. Todos ellos han prestado a la Sociedad importantísimos servicios o se distinguen por sus especiales conocimientos en algunas de las materias que son objeto de los trabajos de la Sociedad, y todos ellos han comenzado a cooperar eficazmente y con el entusiasmo referido en nuestros trabajos.

EL NUEVO SOCIO DOCTOR DON FRANCISCO ASTURIAS.—En la sesión del 1º de febrero y con los requisitos exigidos por los Estatutos fué aceptado como socio el Doctor don Francisco Asturias, residente en La Reforma, San Marcos, y persona que en diversas épocas ha emprendido y publicado estudios concienzudos y verdaderamente notables sobre asuntos de historia patria. La Sociedad considera una magnífica adquisición la del señor Asturias, y como un estímulo público a las labores de los socios creemos del caso insertar a continuación algunos párrafos de la carta con que el señor Asturias dirigió su solicitud de ingreso a la Sociedad. Dicen así:

"Permanecer indiferente a los abnegados esfuerzos que los Miembros de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala hacen por conseguir el engrandecimiento y cultura de nuestra Patria, sería desconocer las obligaciones más elementales de todo buen patriota, y deseando contribuír con mi modesta cooperación a la persecución de dichos fines, a la Honorable Junta Directiva, atentamente ruego, se sirva aceptarme como Socio Activo.

A la vez suplico a la Mesa Directiva que al considerar mi solicitud no tome en cuenta mis escasas aptitudes, sino el amor sincero que profeso a mi Patria: Guatemala.

Confiado en que la Honorable Junta Directiva me concederá el honor que hoy le pido, etc."

CANJES.—Damos las gracias más expresivas a todos los señores Directores de diarios, semanarios y revistas que se han servido favorecernos enviándonos en canje sus publicaciones.

Al mismo tiempo hemos empezado a recibir de diversas partes del mundo revistas y publicaciones con los cuales se ha empezado a formar la Biblioteca de esta Sociedad.

IMPORTANTES ESTUDIOS MAYAS.—Nuestro consocio el Doctor Morley, que tan valiosa contribución nos ha prestado, desarrollando dos conferencias en las dos primeras sesiones públicas de la Sociedad, prosigue en su infatigable tarea de emprender nuevos estudios de la antigua civilización Maya sobre el terreno mismo, y dar a conocer los resultados que alcanza al mundo por medio de revistas científicas de renombre mundial. En el Número de enero del célebre Magazine de la Sociedad de Geografía de Washington, acaba de publicar un bellísimo trabajo, exornado con fotograbados acerca de sus últimos viajes al Petén y Yucatán.

El ilustrado Doctor don Atilio Peccorini también ha dado recientemente una serie de conferencias sobre la civilización Maya en San Salvador, aportando nuevos e interesantes datos especialmente en lo que se refiere a las ruinas de Copán, Honduras. En un lujoso folleto, que figura ya en nuestra biblioteca han sido recogidas estas interesantes conferencias, debidas al estudioso y ya experto "mayista" señor Peccorini.

VOCES DE ESTIMULO.—De todas partes de la República, y de fuera de ella (en especial procedentes de centros científicos de Europa, Norte y Sud-América) se han recibido en la Secretaría, comunicaciones en que se alientan y estimulan nuestros trabajos. A este respecto mención especial debemos hacer de la cooperación que nos han prestado para difundir más nuestra revista los Excelentísimos señores don Wilhelm von Kulmann; don Florentín Souza, don Fernando Iglesias (consocio también nuestro) y don Jerónimo Ramírez, representantes diplomáticos de Alemania, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua, respectivamente.

No por una pueril vanidad sino por ineludible costumbre periodística, al mismo tiempo que por necesario estímulo a todas aquellas personas que cooperan con nosotros, debemos referirnos a las siguientes comunicaciones.

Entre otros respetables centros científicos del extranjero, la Unión Pan Americana de Washington nos dice en carta de 21 de noviembre:

"Muy grato nos sería poder continuar recibiendo sus interesantísima revista e incluirla en la colección de las publicaciones que con regularidad llegan a la Biblioteca de La Unión Pan Americana. Esta institución publica una revista intitulada "Boletín de la Unión Pan Americana", la cual podríamos remitir a usted a manera de canje. En caso de que nuestra oferta mereciere su aprobación le agradeceríamos enviar su periódico a la siguiente dirección, etc."

Análogamente nos escriben el Director de la Biblioteca de la Universidad de Missouri, C°., y el Director de la famosa "New York State Library" acompañándonos listas de las publicaciones que ellos editan y de los libros de que ellos pueden disponer, en compensación.

El *Turin Club* de Milán, Italia, que ha ensanchado últimamente su revista en una edición mensual dedicada a la América Latina, nos sugiere organizar nuestras mutuas relaciones en tal forma que Gua-

temala sea ampliamente conocida en Italia por medio de los trabajos de la Sociedad de Geografía e Historia, publicados en dicha edición Latino-Americana.

Nuestro entusiasta consocio, Profesor don Jesús Castillo, que colabora con nosotros en la parte que se refiere a reconstrucción de música indígena primitiva, nos escribe lo siguiente:

"Sé que la dignísima e ilustre Sociedad de Geografía e Historia va en aumento no sólo en cuanto al número de socios, sino también en lo que respecta a importancia efectiva. Creo que no hay en el país ni en toda Centro América una Sociedad que honre tanto a la Patria".

El Licenciado don J. Francisco Mena nos dice al recibir los números primero y segundo de "Los Anales".

"Mis humildes felicitaciones por la empresa titánica que ustedes han emprendido y que tantos bienes habrá de traernos; y cuando digo titánica no sólo quiero referirme al esfuerzo intelectual que supone el estudio de estas cosas sino al esfuerzo material de laborar en una tierra donde crece muy fecundamente la grama de la intransigencia y las pasioncillas...."

No cansaremos más la atención de nuestros lectores con estos extractos que, repetimos, se hacen por una necesidad de propaganda periodística bien ajena a los móviles pequeños a que responde el adagio aquel de "la alabanza en boca propia...." Pero a la serie de dificultades con que trabajos como los que esta Sociedad tiene en mira se enfrentan, tenemos que oponer de vez en cuando una voz de estímulo para nuestros consocios y favorecedores que sabrán apreciar con alteza de criterio la razón de las anteriores transcripciones.

VOTO DE AGRADECIMIENTO.—Por una involuntaria omisión al correr de la corrección de pruebas no se incluyó en el número anterior la lista de las Casas de Banca y Empresas que contribuyeron con su óbolo material a la celebración de las fiestas del IV Centenario de la ciudad de Guatemala. A todas ellas se les puso en su oportunidad una comunicación, agradeciéndoles debidamente su ayuda; pero, al igual que lo hicimos con todas las demás personas que en una u otra forma contribuyeron al éxito de esa celebración, tenemos ahora el gusto de dar sus nombres. Son las siguientes: Banco Colombiano, Banco Internacional, Banco Agrícola Hipotecario, Banco Americano, Banco de Guatemala, Banco de Occidente, Commercial Bank, Gerencia de los Ferrocarriles Internacionales de C. A., Nottebohm Hnos., Herrera & Cº, Rosenthal e Hijos, Ibargüen Hnos., Grace & Cº, Schwartz & Cº y Castillo Hnos.

ANUNCIOS.—A fin de procurarle vida financiera propia e independiente a esta Revista, hemos iniciado desde hoy, la publicación de anuncios al principio y fin del texto, como se acotumbra en las revistas análogas de todo el mundo. Dada la vasta circulación del periódico, que llega ya a todos los países de América y Europa, no dudamos que casas anunciadoras respetables de Centro América, Hispano-América, Estados Unidos y Europa verán con interés esta nueva oportunidad que se les

ofrece para la propaganda de sus productos. Debemos comenzar por hacer público nuestro agradecimiento a las empresas que se han servido iniciar nuestra sección de anuncios y que son: la EMPRESA GUATEMALTECA DE ELECTRICIDAD, el PALACE HOTEL, los FERROCARRILES INTERNACIONALES DE CENTRO AMERICA, la UNITED FRUIT Cº, SCHLUBACH SAPPER & Cº y ALL AMERICA CABLES y la UNITED PRESS ASSOCIATIONS, de Nueva York.

A partir de este número nuestros agentes dentro y fuera de Centro América emprenderán su campaña para conseguir nuevos anuncios que han de servir, por una parte para asegurar en lo futuro la vida de esta Revista que persigue exclusivamente fines culturales de bien público, y por otro, como medio práctico y eficaz de propaganda comercial para los anunciadores.

SUSCRIPCIONES.—La suscripción a los *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia* cuesta 2 dólares al año y por ahora la Revista aparecerá solamente cuatro veces al año. Esperamos que a partir del año entrante y con el número de suscriptores siempre en aumento, podrá aparecer bimensualmente, sin que por ello se altere el precio de la suscripción para las personas que se hubieren suscrito durante el presente año.

EL PRESENTE NUMERO alcanza los trabajos de la Sociedad hasta el primero de febrero de 1925. Las resoluciones adoptadas en la sesión de ese día y subsiguiente, aparecerán en el próximo número.

SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

NOMINA DE LOS MIEMBROS

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente................Sr. Licenciado don Antonio Batres Jáuregui
Vicepresidente............Sr. Licenciado don Virgilio Rodríguez Beteta
Primer Vocal.............Sr. Licenciado don Salvador Falla
Segundo Vocal....... ....Sr. Licenciado don Rafael Montúfar
Tercer Vocal............ .Sr. Licenciado don J. Antonio Villacorta C.
Tesorero ....Sr. Licenciado don José Matos
Primer Secretario.........Sr. don Francisco Fernández Hall
Segundo Secretario....... Sr. don Mariano Pacheco Herrarte

SOCIOS HONORARIOS:

Sr. Doctor don Karl Sapper
Sr. Doctor don Sylvanus G. Morley
Sr. Profesor don Willam Gates

SOCIOS ACTIVOS:

Sra. doña Lily de Jongh Osborne
Sra. doña Natalia Górriz v. de Morales
Señorita Ana R. Espinosa
Sr. Ingeniero don Félix Castellanos B.
Sr. don Carlos Wyld Ospina
Sr. don Rafael E. Monroy
Sr. Licenciado don Adrián Recinos
Sr. don Víctor Miguel Díaz
Sr. General don Víctor J. Mejía
Sr General don Pedro Zamora Castellanos
Sr. Doctor don Fernando Iglesias
Sr. Ingeniero don Fernando Cruz
Sr. Licenciado don José Rodríguez Cerna
Sr. don Rafael Arévalo Martínez
Sr. Licenciado don Alejandro Arenales
Sr. Licenciado don Mariano Zeceña
Sr. Licenciado don Enrique Martínez Sobral
Sr. Licenciado don José A. Beteta
Sr. Doctor don Ezequiel Soza
Sr. Ingeniero don Lisandro Sandoval
Sr Ingeniero don Claudio Urrutia
Sr. Licenciado don Rafael Piñol
Sr. Licenciado don Ernesto Rivas
Sr. don Flavio Guillén
Sr. don Fernando Juárez Muñoz
Sr. Doctor don Manuel Y. Arriola
Sr. don Carlos L. Luna
Sr. don Carlos F. Novella
Sr. don Santiago Barberena
Sr. don Nicolás Reyes O.
Sr. don Gustavo Novella
Sr. Profesor don Jesús Castillo

SOCIO FALLECIDO:

Sr. Ingeniero don Juan Arzú Batres